HARLEQUIN

JAZMIN

LOS MAS BELLOS ROMANCES DEL MUNDO



Sólo una mujer

Susan Napier

Solo una mujer
Susan Napier

Todo en Emma decía que debía ser madre, y como los niños la adoraban, eso ayudaba a reforzar su imagen. Pero en la vida real, Emma era una eficiente abogada y estaba a punto de ser promovida. Le complació ser invitada con los otros aspirantes al puesto a la isla de descanso de Sir Clive... hasta que supo que la familia, estaría presente, *incluidos los niños.* ¡Y Frazer Conway, el medio hermano de Clive, dejó claro que quería a Emma como madre y profesional. El que él tuviera un hijo, sólo hacía más difíciles las cosas...

CAPITULO 1

¿NIÑOS?

—Y bebés. Puñados de ellos, por todos lados. Emmaline Rainer miró, horrorizada, a su eficiente secretario.

—¡No puede ser! Se supone que será un fin de semana de trabajo, una oportunidad para lograr los votos que necesitamos para la aprobación de...

—Todo lo que dijo Sir Clive, fue que pondría a prueba a todos los candidatos, lo cual es muy ambiguo —la corrigió Marc Fletcher. Es obvio que lo que pretende es saber si eres aceptada por toda la familia. Después de todo, es una empresa familiar y su brazo derecho tiene que ser aprobado por todos. Tienen acciones que les dan derecho a voto...

—¿Por qué no lo dijo desde el principio? —protestó Emma—. ¡He trabajado día y noche en esas proyecciones para tenerlas a tiempo! —asió con fuerza el asa de su portafolio de piel y sintió tan húmeda su mano, que casi se le resbala—. Quería exponérselo todo antes que la comadreja de Edward se dé cuenta de lo que he estado haciendo y haga algo en su beneficio. Estoy un paso adelante de los demás y ahora resulta que no tengo la oportunidad de demostrarlo. ¡No puede hacerme esto!

—Como presidente de la compañía, puede hacer lo que le venga en gana —le hizo ver Marc con sequedad—. Y lo hace frecuentemente. Aún así, puedes tener la oportunidad de exponerle tus ideas...

—¿Con niños tirándome de la falda? Oh. sí, eso causará una gran impresión —lo interrumpió Emma con sarcasmo.

Aquella era una imagen que trataba de sacarse de la mente durante la mayoría de los veintiséis años que tenía de edad, ¡a imagen de la madre naturaleza, de una mujer que pertenecía a la cocina, a los dormitorios o al cuidado de los niños, y no a la rudeza del mundo de los negocios. No era que quisiera ser hombre, nada más alejado de la verdad, pero resentía el hecho de que la femineidad evidente de su figura voluptuosa y de su cabello rubio fuera usada para denigrar su inteligencia. "Caderas para parir hijos", ¿cuántas veces se lo dijeron, tanto a manera de insulto, como de cumplido sus colegas masculinos en los negocios? No era su culpa ser pequeña de estatura, ni tampoco que los trajes que usaba se amoldaran sobre las generosas curvas de sus senos y caderas. Tampoco era su culpa que los niños sintieran tanta atracción hacia ella, como las abejas por la miel. ¡Pero eso no significaba que quisiera dedicar su vida a criar niños! Sir Clive Conway estudiaba la posibilidad de que ocupara el puesto de directora ejecutiva... pero eso era gracias a que ella tuvo mucho cuidado para

proyectar la imagen correcta: una mujer completa, asexual y dedicada a su trabajo.

—¡Quizá pueda fingir estar enferma! —y en realidad así se sentía... tenía una molesta sensación en el estómago que le decía que aquel fin de semana se convertiría en un desastre para su carrera. Marc miró por la terminal aérea de Auckland. —Creo que es demasiado tarde —le dijo Marc—. A menos que puedas pensar en algo fácil, como un ataque cardíaco, por ejemplo. Pero, ¿quién querría promover a alguien con un corazón débil? Emma lo miró, frustrada.

—Por qué no me lo *dijiste* antes? Pude haber pensado en algo.

—Porque no lo sabía. Me acabo de enterar por la Ácida Addie. Se supone que es otra de las pequeñas maniobras del viejo para saber cómo reaccionas ante situaciones inesperadas.

Adeline Marsh era la secretaria de Sir Clive y antes, lo fue de su padre. Nunca se atrevió alguien a pronunciar la palabra "retiro" en su presencia, aunque corría el rumor de que Adeline era incluso más vieja que su jefe.

—¿Cómo demonios lograste que te lo dijera? —le preguntó Emma.

—Oh, usé mi encanto juvenil —respondió Marc con modestia y, a pesar de sus preocupaciones, Emma sonrió. Marc era un año mayor que ella y, definitivamente, no era un niño. Sin ser guapo, era innegable que resultaba muy masculino—. De hecho, no tuve que esforzarme —confesó Marc—. Escuché, por casualidad, que ordenaba una carga extra que irá en el avión con nosotros, incluyendo productos alimenticios para bebés. —¡Creo que voy a enfermarme! —aseguró Emma recordando los largos años de estudio y esfuerzo. Maldición, la biología no la vencería ahora, ¡no cuando estaba tan cerca de llegar a la meta!

—¿Qué sucede, Em? Estás verde. ¿Tienes miedo de volar?

—Gracias por tu generosa preocupación, Edward, pero no es volar lo que me descompone —Emma se había vuelto para responder al hombre alto y de facciones enjutas que se detuvo a su lado con su esposa del brazo.

—¿No? ¿Entonces, quizá, alguna tensión premenstrual? —Edward Cleaver le dedicó una sonrisa burlona—. Todos sabemos que las mujeres tienen esas altas y bajas emocionales. ¿Por qué no dejas que Marc vaya solo? Un secretario listo puede ser de gran ayuda cuando te encuentras en un bache, en especial si ese secretario está mejor calificado que tú... apuesto a que sin Marc, estarías perdida... —se alejó satisfecho por su sugerencia, nada sutil.

—Uno de estos días voy a despedir a ese hombre —dijo Emma entre dientes.

—Si no te despide primero él —murmuró Marc, recordándole que Edward era su más cercano competidor para obtener la promoción.

—¿Cómo puede un hombre tan nocivo haber ido tan lejos sin la ayuda de alguien? ¡Nunca podré entenderlo! —los ojos amielados de Emma parecían querer asesinarlo por la espalda.

—Sólo es nocivo para ti, para el resto de nosotros sólo es un hombre insustancial. No dejes que te atormente, Emma, eso es justo lo que él quiere. Y, después de todo, sólo decía la verdad... tengo un grado académico superior al tuyo, y soy el que hace todo el trabajo. Tú sólo estás como objeto decorativo.

—Tienes suerte de que confíe en ti, chico —rió Emma—. Si de verdad pensara que andas tras mi puesto, te habría partido por las rodillas.

Lo decía en serio, pero Marc se limitó a hacer un gesto. Era un hombre ambicioso y no lo mantenía en secreto, pero no jugaba sucio. Jugaba tanto como trabajaba, pero no estaba dispuesto a sacrificar sus intereses para dedicarse por completo a una posición ejecutiva como lo exigía una empresa tan grande. Y tampoco estaba dispuesto a aceptar las reglas estrictas del juego de la promoción. Cuando Emma lo contrató, tres años atrás, le dijo a ella que era un asistente nato, y que su objetivo era apoyar el ascenso de otros. Como retribución al salario que recibiría, le ofrecía lealtad total, su genio para obtener información restringida y su olfato para detectar problemas.

Lo había probado una y otra vez, y Emma nunca se arrepintió de su decisión de aumentarle el salario por encima del propio, durante los seis meses anteriores a que obtuviera la suficiente autonomía en la división legal de ConCorp, en reconocimiento a su labor. Durante el reinado de Marc en la oficina exterior, ella se convirtió en una contendiente por el poder y sabía que sin la brillante organización de Marc, le habría sido difícil conseguido. Era tanto en beneficio de Marc, como en el suyo, que Emma quería aquella promoción. Le había prometido un jugoso bono si lo lograba. Un bono que sería suficiente para comprarse el Porsche con el que soñaba.

—Emma —Charles Scott, el otro aspirante a la promoción, le dedicó un saludo indiferente con la cabeza mientras pasaba a su lado. Debía tener alrededor de cuarenta años, era un conservador y no veía a Emma como una amenaza personal, sino como una molestia en la cómoda atmósfera del "club masculino" que prevalecía en los despachos ejecutivos. Su esposa, Mary, quien ofreció a Emma una sonrisa descolorida, era la clase de mujer que Charles admiraba: "la mujercita", Emma lo había escuchado referirse a su esposa con aquellas palabras... tranquila, leal y sumisa.

Emma seguía esperando un milagro. Era viernes trece, ¿o no? Quizá cada helicóptero, avión y trasbordador de la ciudad estarían fuera de servicio, o, de repente, un huracán amenazaría en el horizonte.

No hubo tanta suerte. La tarde era preciosa. El equipaje era subido al helicóptero alquilado y, ya en sus asientos, se ajustaron el cinturón de seguridad. Las aspas empezaron a girar cuando llegaron los dos últimos pasajeros. Jasper Teal y una jovencita. Jasper era la carta fuerte en el equipo, un pensador liberal como Emma. Para empezar, era un año menor que ella y aparecía con demasiada frecuencia en las columnas de sociales de los diarios como para ser considerado con seriedad en una empresa tan conservadora como ConCorp. Tenía una amplia variedad de ideas brillantes, pero en opinión de Emma, tenía un espíritu demasiado libre como para trabajar en equipo con Sir Clive... o con Steven Conway, el hijo de Sir Clive, quien era entrenado para la sucesión a la corona de ConCorp. Emma sospechaba que Sir Clive sólo añadió a Jasper al selecto grupo, para hacerlos sentir más en competencia. Le gustaba tener en ascuas a sus ejecutivos.

Jasper dijo algo que ella no pudo escuchar debido al ruido de las hélices... dudó que estuviera ofreciendo disculpas por su retraso; le gustaba demasiado jugar al rebelde como para lamentar haber hecho esperar a los demás. Jasper se dio cuenta de la mirada desaprobadora de Emma y le sonrió, levantando el dedo pulgar, en señal de triunfo, mientras le susurraba algo al oído a su acompañante. La chica rió entre dientes. Era pequeña y atractiva; Emma sólo deseó que fuera menos inocente de lo que parecía. Si no, estaba en peligro.

La isla Tiki, propiedad de la familia Conway, era una de las joyas del Golfo Hauraki de Auckland. De sólo unos kilómetros cuadrados de extensión, era un refugio fresco y tranquilo a tan sólo veinte minutos de vuelo desde la ciudad... y hora y media por barco. Como era propiedad privada, tenía muy poco desarrollo. Emma había estado varias veces allí para asistir a conferencias por negocios pero conocía a pocos de los familiares de sir Clive. Los Conway eran muy unidos y eso les permitía mantener un control rígido sobre la lucrativa empresa familiar, y Sir Clive no alimentaba una relación estrecha entre su familia y los empleados, a menos que éstos tuvieran un cierto nivel.

La pista de aterrizaje del helicóptero estaba más allá del muro blanco que rodeaba la construcción principal. Un hombre, agachado para protegerse de las hélices, dirigía al piloto. El equipaje fue bajado por un montacargas. Los ocho pasajeros salieron de la enorme cabina y siguieron al hombre con el montacargas hacia una puerta lateral.

Tras una fuente, estaba una puerta abierta que conducía a la mansión principal y revelaba un puñado de gente lista para dar la bienvenida a los huéspedes. Uno de ellos era Dorothy, Lady Conway, la esposa de Sir Clive, pero la mayoría de los demás parecían ser niños.

—¿Habrá otra entrada? —Emma tiró de la manga de Marc.

Este trató de observar entre la cortina de agua de la fuente.

—Estoy seguro de que la hay, pero, ¿no te parece que les resultaría raro?

—Podemos decir que nos perdimos. O que no pudimos resistir la tentación de dar un paseo por los jardines. Vamos, Marc, aún no estoy lista para enfrentarme a ellos—le dijo retirándose—. Sir Clive no es un hombre al que le gusten las ceremonias, mira... ni siquiera está aquí para recibirnos. Puede ser que nadie note nuestra ausencia un buen rato...

—Sólo estás posponiendo lo inevitable, Emma —le hizo ver Marc con lógica—, tendrás que encontrarte con los niños tarde o temprano.

—Sí... bueno... Emma odiaba aquel pánico tan poco característico en ella. Tenía una reputación de mujer firme y decidida, creció en su carrera gracias a no dejar nada al azar, a estar siempre preparada para lo peor. Y ahora hacía lo contrario. Marc estaba sorprendido—. Si puedo ser presentada a ellos uno a uno y no en masa, podré ser más natural. Tendrás que cuidarme la espalda, Marc...

—¿Quieres que detenga los disparos? ¿Que inmovilice a los pequeños bandidos? —sonrió. Había visto el efecto que su jefa causaba en los niños y eso lo hacia solidario con su dilema, pero también le divertía.

—Lo que me suceda a mí te sucederá a ti —le advirtió mientras caminaban entre los viñedos—. Aquí tienes muchos intereses que debes proteger, Marc, a menos que pienses renunciar a tu trabajo.

—Allá vamos—dijo con simpatía mientras llegaban a una piscina.

—¡Lo sabía! —anunció Emma, triunfante, señalando una serie de puertas de cristal que daban paso a la parte posterior de la mansión—. Una invitación abierta para que hagamos una entrada discreta.

Marc le impidió seguir adelante colocándole un brazo enfrente.

—Espera —fingió mirar a su alrededor y empezó a cruzar la vereda empedrada—. ¡Todo libre, jefa! —bromeó en un susurro.

—Hay ocasiones, Marc, en que no aprecio tu sentido del humor —le dijo Emma caminando detrás de él.

—¿Quieres que te dirija a algún lugar en especial o a donde el destino nos lleve? —siguió bromeando él en voz baja.

Emma escuchó un sonido extraño que la hizo perder el equilibrio. Se recuperó y sintió ruborizarse de vergüenza. Marc la tomó por el codo. Había sido su tonta frivolidad la que hizo que se comportaran como criminales de tercera clase. Ahora parecía una mujercita tonta que ni siquiera podía controlar su cuerpo. Dio un paso en falso tratando de liberar su codo y quedó justo a la orilla de la alberca. Esta vez Marc no intentó tocarla y Emma se vio forzada a agitar los brazos para recuperar el equilibrio dejando caer el portafolio en el proceso. Por fortuna no cayó al agua.

El hombre que provocó el sobresalto estaba de pie, inmóvil. A

Emma no le agradó que hubiese presenciado el incidente, ni que proyectara esa imagen de dominarlo todo. Era un hombre alto y muy bronceado, usaba el cabello rubio oscuro cortado de una manera desigual que combinaba con la tendencia de todo su aspecto. Los ojos azules se estrechaban para defenderse de los rayos del sol que reflejaba el agua de la piscina y un vello café claro sobre su mandíbula demostraba que no se había afeitado. Usaba una chaqueta blanca de lino, con las mangas hacia arriba, y no llevaba camisa. La parte descubierta de su pecho apenas mostraba vello, pero no cabía duda de su masculinidad. Las líneas de experiencia alrededor de sus ojos y su boca fuerte, hacían suponer que pronto dejaría la década de los treinta años de edad. Un cliente rudo, pensó Emma con disgusto.

—Estábamos paseando por los jardines… —empezó a decir ella con precaución, decidiendo que, primero, tendría que descubrir quién era antes de revelar su instinto agresivo. Mostraba todos los atributos de un hombre de seguridad, pero el estilo de su uniforme no estaba de acuerdo con los gustos de Sir Clive.

—Si son reporteros fisgoneando sin autorización, debo advertirles que Sir Clive me ha autorizado a sacarlos de la isla —la interrumpió con rudeza mientras miraba la cámara fotográfica que colgaba del hombro de Marc. Sus ojos parecían ahora de zafiro—. Gente como ustedes desprestigian a los de su profesión.

Así que *era* un hombre de seguridad. Bien, eso explicaba su rudeza.

—Por supuesto que no somos periodistas —lo cortó Emma con firmeza—. Somos invitados.

Las cejas rubio oscuro se levantaron, escépticas. Emma sintió que la sangre se le calentaba. No estaba acostumbrada a que pusieran en duda sus palabras.

—Vinimos en el helicóptero, con los otros —añadió ella.

—¿Con los otros? —miró alrededor del área de la piscina.

—Entraron por la puerta principal —le explicó con lentitud como si hablara con un retrasado mental. Quizá su cabeza estuviera llena de músculo, como el resto de su anatomía.

El hombre no se perturbó con su evidente condescendencia, al contrario, mostró una decisión propia de un bull terrier al preguntar:

—¿Y decidieron entrar por atrás? ¿Por algún motivo en particular?

—Quizá porque soy tímida —le espetó Emma con sarcasmo. Eso lo colocaría en su lugar, pero en vez de eso, su rostro mostró lo intrigado que estaba. La chica notó sarcasmo en su mirada. Tendría que intentar algo más—. Soy Emma Rainer, encargada del departamento legal de ConCorp…

Buscó, pero no encontró, algún síntoma de respeto en aquella expresión. O era un excelente jugador de póquer, o de plano era estúpido. Y ahora violaba una de sus reglas clásicas al permitirse

revelar su identidad antes de exigir conocer la de él. No tenía alternativa, debía continuar.

—Él es mi secretario, Marc Fletcher.

Esto sí obtuvo una reacción. El hombre le dedicó a Marc una mirada analítica antes de regresarla hacia la tensa expresión de Emma y murmurar, en un tono de burla impertinente:

—Por supuesto.

No era la primera vez que alguien insinuaba que ella y Marc eran algo más que jefa y empleado, pero en aquel hombre, resultaba aun más ofensivo de lo normal. Decidió que la única manera de salir de aquella situación era cambiar la jugada.

—¿Puedo preguntar qué derecho tiene a interrogar a los invitados de Sir Clive?

—El derecho de la curiosidad. Deben admitir que parecen sospechosos.

El entrenamiento legal de Emma le aconsejó admitirlo y le dedicó la mirada de advertencia que tan buenos resultados le daba en la oficina.

—Sólo quería pasear —Marc se encogió de hombros echándose la culpa. Emma pudo haber apreciado el esfuerzo si no hubiese notado la sonrisa divertida del desconocido.

—Oh, ¿y suelen pasear juntos? No sabía que los departamentos legales fueran tan divertidos —la voz que antes fue tan fría e incisiva, ahora era como un ronroneo lento y dulce.

Marc rió entre dientes pero Emma sintió que su rabia crecía.

—Mire, ¿pertenece usted al cuerpo de seguridad, o no? —le exigió saber—. Si no, no hay ninguna razón para que permitamos que siga insultándonos. Por lo que parece, *usted* es el que está tomándose atribuciones no autorizadas. Ya nos hemos identificado. ¿Quién es usted?

—Bien, *podría* ser miembro de la familia y estar protegiendo lo mío —, la chispa de reto burlón de sus ojos no logró que Emma le creyera.

—No parece ser el tipo de hombre que proteja a nadie ni a nada — espetó ella. En especial a las del sexo femenino, pensó. Él debió haberle leído el pensamiento porque su burla se incrementó,

Aquel hombre no se parecía en nada a la imagen mental que Emma se había formado respecto a los parientes hombres de Sir Clive. Además, parecía estadounidense No había ningún estadounidense en la familia de su jefe. No, el hombre era sólo un empleado de algún tipo.

—Aparte de quién sea usted, no parece hacer su trabajo. Molesta a los invitados mientras una legión de ladrones...

—Quizá pueda ofrecerse como voluntaria a realizar mi trabajo —le dijo y ella confirmó su posición de empleado—. ¿Te gustaría

despedirme, dulzura? —preguntó con un tono indecentemente erótico —. ¿Despedirme larga y lentamente? ¿Haciendo que los dos lo disfrutemos?

Emma estaba fuera de sus casillas. Se reía de ella. Estaba tentada a reportar su insubordinación ante Sir Olive para quitarle esa expresión prepotente. Pero no, ¡no permitiría que la obligara a bajar a su nivel! Retendría lo que le quedaba de su dignidad.

Emma tomó el portafolio que Marc había recogido y caminó de regreso tras dedicarle una mirada rabiosa. Creyó haber escuchado una risita, pero se negó a volverse para mirarlo. Nunca echaba una mirada a sus errores, aprendía de ellos y crecía como persona. Y, por lo menos, escapó sin revelar su miedo a los niños. Eso sí le habría dado algo de que reírse.

—¿Crees que fue una actitud sabia antagonizarlo de esa manera? —le murmuró Marc mientras entraban en la mansión—. Después de todo, nunca nos dijo quién es...

—Fue él quien nos agredió —respondió Emma siguiendo el sonido de las voces que provenían de alguna habitación—. Si resulta que es amigo de la familia o algo así, fingiremos que fue un divertido mal entendido. Ya tenemos suficiente de qué preocuparnos, Marc, no hay necesidad de añadir problemas imaginarios.

—Tengo la extraña sensación de que lo conozco.

—Don Johnson —dijo Emma tratando de descubrir si había alguna voz infantil entre las de adulto que salían de la habitación contigua.

—¿Quién?

—Tu sabes. El de la serie de televisión estadounidense. El se parece a Don Johnson. Un Don Johnson muy estropeado —lo ultimo lo dijo por pura maldad.

—No sabía que veías programas como ese, Emma, pensaba que tus instintos feministas te hacían ir en contra del sexo y la violencia... —dijo Marc con inocencia.

Emma le dedicó una mirada de pocos amigos.

—Lo veo ocasionalmente. La televisión no me atrae mucho, no tengo tiempo —era normal que llevara trabajo a casa todas las noches y Marc, más que nadie, sabía que era cierto. Sin embargo, su ayudante ignoraba que tenía el vicio secreto de ver televisión a altas horas de la noche. Después de un día pesado de trabajo, le encantaba subir a la cama con un vaso de leche y golosinas, y mirar las películas viejas mientras insultaba el encanto inadecuado y estereotipado de las viejas series televisivas que proyectaban por tercera o cuarta ocasión. Le resultaba relajante poder ventilar sus frustraciones de la vida real sin el temor a ser descubierta.

—Mmm, bien, pues ese, en definitiva, no era Don Johnson —Marc regresó al problema—. No se parece a nadie famoso, fue algo más que

una *impresión.* Sabes que nunca olvido un rostro, estoy seguro de que lo conozco, hay algo en él. Cuando lo descubra, te lo diré…

—Hazlo —pidió Emma al entrar a la habitación llena de gente.

—¡Ah, ahí están! Emma. estábamos preguntándonos dónde habrías ido. ¿Olvidaste tu portafolio en el helicóptero? Deborah está mostrándoles a todos sus habitaciones. Ven, ven. Las presentaciones tendrán que esperar…

Sir Clive estaba de excelente humor; le dio una excelente explicación a su ausencia y, además, no había ningún niño a la vista.

¡La situación mejoraba!

CAPITULO 2

HOLA.

Emma miró al pequeño que detuvo su triciclo en el vestíbulo mientras ella abría la puerta de su habitación. Sabía que su buena suerte tendría que desaparecer en cualquier momento. La cena del día anterior resultó fácil porque todos los niños fueron enviados a la cama antes que llamaran a cenar a los adultos.

—Hola —le respondió ella con frialdad.

—Yo soy J-James. Tengo c-cinco años.

—¿De verdad? —inyectó a su voz una cantidad letal de aburrimiento, dudosa entre volver a entrar en su habitación o seguir adelante. James tomó con buen humor su silencio y empezó una animada charla. Ella ya sabía quién era James: uno de los nietos de Conway. Lady Conway le habló de todos los pequeños la noche anterior. La dama malinterpretó la conmoción con la que Emma recibió la noticia de que eran seis; *seis* pequeños Conway merodeando libres por la casa. Bueno, no Conway por completo, le explicó la señora.

—No tenemos muchos nietos con el apellido Conway —comentó a Emma durante el café cuando los hombres, siguiendo la tradición, se retiraron a fumar—. Fueron cuatro hermanos y cuatro hermanas de los dos matrimonios de su padres, pero sólo sobrevivieron dos de los hombres... Clive y su hermano Frazer.

Emma levantó una ceja y la dama continuó:

—No te sorprendas de no conocer a Frazer, él nunca ha tenido nada que ver con ConCorp, ha vivido muchos años en el otro Continente. Frazer era ingeniero hasta hace algunos meses... pero supongo que no estarás interesada en la generación Conway... —dejó a Emma con la impresión de que el hermano de Sir Clive se había retirado de su profesión.

"Los Conway tienen esa desafortunada propensión... hacia la arrogancia masculina... —Lady Conway había sonreído demostrando un sentido del humor tan cálido como el resto de su persona—. Decía, esa propensión a tener más descendientes femeninos que masculinos. ¿Sabías que Clive y yo tenemos cuatro nietas, dos nietos, siete sobrinas y un sobrino, siete sobrinas nietas y un sobrino nieto? ¡Y sólo *uno* de todos ellos lleva el apellido Conway! Por eso Clive siempre está urgiendo a Steven y a Sheena a que tengan hijos. Miriam y Julie le han dado cada una un nieto, pero no es suficiente. Oh, no, Clive quiere un chico *Conway*. Sospecho, querida Emma, que si no tuviera la edad que tengo, ¡Clive me urgiría a darle más hijos!

Emma empezó a caminar por el vestíbulo. Se había quedado descansando deliberadamente más tiempo en la cama aquella mañana, ya que sabía que los niños eran alimentados temprano. Pero parecía que no se quedó en la cama el tiempo suficiente. Mientras caminaba, escuchó el abominable sonido del triciclo dando una rápida vuelta en U tras ella y pronto estuvo a su lado.

—¿Saldrás a jugar?

—No —Emma mantuvo la vista el frente, no quería encontrarse con aquellos enormes ojos café llenos de reproche.

—Yo quiero j-jugar —hizo una pausa, expectante—. Te pareces al sol.

—¿De verdad? —supuso que se trataba de un cumplido por su vestido de algodón amarillo, pero se negó a sentirse complacida—. ¿No sería mejor que fueras a buscar a tus amigos? —le aconsejó.

—¿Tienes algún niño p-pequeño?

—No —para los niños no era suficiente hablar con ella. Por alguna razón, siempre se mostraban interesados por los detalles de su vida privada—. No. No tengo niños ni niñas —respondió con firmeza. Había llegado al final del vestíbulo.

—Yo podría ser tu n-niñito mientras estás aquí. Así no estarás sola.

—No estoy sola.

—Mi mamá está sola cuando no tiene a nadie con quien j-jugar. ¿Tienes papi?

—¡No! —supo que se refería a sí tenía marido. Para un niño de su edad, todos los hombres de importancia eran papas. Quitó la mano de la puerta. Sabía que si la traspasaba, con toda seguridad James la seguiría con sus preguntas. Todos excepto Emma, se habrían sentido conmovidos con su infantil intento de acercarse. Cambió de opinión.

Se volvió y empezó a caminar de regreso por donde había venido. Unos pasos después, se detuvo. Frente a ella ahora estaban tres triciclos más dando vueltas por el vestíbulo. Tres niñas pequeñas la veían con interés.

Emma miró por encima del hombro. James le dedicó una sonrisa amistosa, perdonándola por su brusquedad. Dio otro paso. Como si fuera una señal silenciosa, los cuatro triciclos empezaron a acercarse lentamente. Era ridículo tener miedo a unos niños inofensivos, pero, de repente. Emma sintió claustrofobia. Dio unos pasos hacia un lado y entró en la habitación más cercana. Se apoyó contra la puerta cerrada, el corazón le latía alocado. Podía escuchar risitas, después murmullos, más risitas.

—Emma, ¿que demonios haces?

La chica dio un salto, como si alguien le hubiese disparado. Era Marc, saliendo del cuarto de baño, con el torso desnudo, sosteniendo una navaja y con crema de afeitar en la barbilla. Gracias a Dios eligió

aquella habitación, pensó con alivio. ¿Cómo demonios habría podido darle una explicación a alguien más?

—¡Allá afuera hay niños! Me estaban esperando cuando salí de mi habitación. Te lo dije, Marc, tienen una especie de radar interior.

—¡Por Dios, Emma, sólo son niños! —para horror de la chica, Marc abrió la puerta—. ¡Hola, niños!

Los cuatro desmontaron de sus triciclos. Sus ojos, notablemente parecidos, iban de Marc a Emma,

—¿El es tu p-papi? —preguntó James, fascinado.

—Ya te lo dije, no tengo papi. Y ahora, ¿por qué no se marchan?

—¿Por qué no está vestido tu papi? —preguntó una de las duendecillas de cabello oscuro.

—Porque van a la c-cama, Amy, por eso —respondió James con toda la seguridad de! mundo—, ¿Por eso es que no quieres j-jugar? Mi p-papi no usa ropa cuando está en la cama con mi m-mami, y ella tampoco.

—¡Señora, juega! —exigió la más pequeña de las niñas,

—Marc, deshazte de ellos —suplicó Emma.

La más pequeña dio una patada en el suelo.

—¡Juega! —y esta vez fue una orden dada con toda la decisión de sus tres años.

—Hey, vamos, chicos, Emma tiene cosas que hacer. Es mejor que vayan a jugar solos —la voz de Marc era la súplica que parece afligir a todos los solteros cuando tienen que enfrentarse a niños extraños.

—Ella no es un chico, es Lizzie, mi prima —aclaró Amy, molesta ante la ignorancia de Marc—. James sí es chico —Emma miró por vez primera a la cuarta integrante del grupo, que se conformaba con verla.

—Lo que sea. ¿Por qué no van a buscar a mamá? —insistió Marc.

—¡Yo quiero a *esa*! —insistió Lizzie señalando a Emma con un dedo.

—Emma —confirmó James con la cabeza. Emma tragó saliva. Ahora los niños sabían su nombre y nada podría detenerlos, lo sabía por amarga experiencia.

—Cierra la puerta, Marc, ¡no permitas que te atrapen! Sólo perderías, los niños pueden ser increíblemente obcecados. No se irán si les das motivo.

—No seas tonta, se aburrirán y se marcharán en unos minutos —respondió Marc dedicándole a los niños un guiño y cerró la puerta frente a sus caras. Emma se aseguró de cerrarla con llave. Marc se vio obligado a cambiar de opinión cuando los llamados a la puerta y las voces insistían en llamarlos cuando él terminó de afeitarse. Aún no se ponía la camisa cuando salió del baño y vio a Emma que abría la ventana y trataba de escapar por ella.

—¿Qué demonios haces?

—Escapar —respondió—. Puedes enfrentar a los niños, si quieres, pero, por Dios, no les digas dónde he ido.

—¡Emma...! —en ese momento sonó el teléfono sobre la mesita de noche y Marc se apresuró a contestar.

La ventana era de aluminio, se abría hacia afuera. Emma perdió el equilibrio justo encima del jardín, sus caderas fueron asidas de repente por un par de manos tibias. Automáticamente se tensó y empezó a dar puntapiés hacia atrás, pero, sin ningún esfuerzo, esas manos la depositaron sobre el suelo. Se volvió, rabiosa y se encontró con un rostro bronceado y familiar.

—¿Estás explorando otra vez?

—No es de tu incumbencia —le espetó con firmeza. Corno él no se presentó durante la cena de la noche anterior, sus temores habían desaparecido. Ella tenía razón y Marc estaba equivocado. El hombre no era de la familia, ni invitado de los Conway. Y como seguía sosteniéndola, le dijo cortante—: ¿Te importaría dejarme ir?

—Sí me importaría, y mucho —pero retiró las manos y dio un paso atrás. Usaba unos indecentes pantaloncillos azules y una camiseta negra cortada por los hombros. Para su sorpresa las líneas de tensión que notó en su rostro la tarde anterior, habían desaparecido. Lucía increíblemente en forma. Para mayor horror de Emma, no pudo dejar de apreciar la simetría de su cuerpo. Sus brazos y piernas, más bronceados que su rostro y cubiertos de un vello rubio oscuro, eran gruesos y fuertes. Había una delgada capa de sudor sobre su cuerpo. Su olor era muy masculino. Esa mañana estaba recién afeitado y sus ojos azules eran tan vividos como los recordaba.

—¿Te gusta lo que ves, dulzura?

Era cierto, y eso la enfureció.

—Yo no soy tu dulzura...

—Tu cabello decolorado es como la miel, esa miel que se siente como seda en la lengua...

—Mi cabello no está decolorado.

—Y también tus ojos son como la miel, de un color dorado con algunos destellos oscuros... —su voz era gruesa y sedosa, hipnotizante —. ¿Qué hacías escapando por una ventana que no es la tuya?

—¿Cómo sabes que no es la mía? —se sobresaltó ante el abrupto cambio de voz.

—Porque sé que la tuya esta más allá. Sé más acerca de ti de lo que tú crees, Emmaline Rainer.

—Pues no lo sabías ayer —era una un buen intento de su parte, pero estaba decidida a no dejarse intimidar ante el nombre que siempre trataba de esconder.

—Antes de conocerte, no me interesaba saber de ti.

—¿Y por qué ahora sí?

—Dulzura, hazle caso a tus instintos de mujer, ellos te dirán por qué —inclinó su cuerpo hacia adelante, rozándole el pecho, y la besó. No intentó abrirle los labios, o usar su lengua, o tocarla de otra forma. De hecho, el beso fue de lo más casto y poco sensual posible. Entonces, ¿por qué la hizo sentirse mareada?

El levantó el rostro, la miró y ella se confundió aún más. Sus ojos eran mucho más inocentes que su boca. Ese hombre sabía lo que hacía. Emma retiró la mirada negándole la posibilidad de tener la seguridad de lo que veía y entonces recibió otra conmoción. Los pantaloncillos de correr, que se ajustaban sobre su cuerpo, dieron muestra inequívoca de la dureza bajo la seda azul. El beso pudo haber sido casto, pero sus pensamientos, ¡no!

Emma se quedó sin habla. Su primer impulso fue decir algo como: "¿Cómo te atreves?", Pero él se habría sentido obligado a responderle. Después consideró darle una bofetada, pero eso le daría más importancia de la que merecía. Decidió que lo más rudo sería ignorarlo.

—¿Por dónde llego a la piscina? —habría sabido llegar si hubiese tomado el camino normal, pero después de saltar por la ventana estaba desorientada.

—¿Quieres que te lleve?

—No, gracias. Sólo indícame el camino y puedes... dedicarte a tus propios asuntos.

—Pensé que ya estaba dedicándome a ellos —le murmuró provocativo—. ¿Alguna vez te han dicho que eres hermosa cuando te enojas? Estaba a punto de dejarlo, cuando Marc asomó la cabeza por la ventana.

—Emma, ¿quieres que te ayude...? ¡Oh!, hola, señor...

El hombre no se molestó en dar su nombre, se dedicó a mirar a Marc mientras éste se ponía la camisa. Emma no podía creer lo que veía: su secretario se ruborizaba ante el salvaje escrutinio de que era objeto. Emma empezó a sentir que compartía su vergüenza. Ella, que nunca se ruborizaba, podía sentir el calor de su rostro. Los ojos zafiros volvieron a ella con violencia, observando su rubor.

—Parece que alguien se equivocó al asignar las habitaciones —dijo él con cinismo—. ¿No sería más conveniente que tuvieran habitaciones juntas? Lady Dorothy se horrorizaría al pensar que sus invitados tienen que usar las ventanas para visitarse... estoy seguro de que ella no objetará si te transfiero a una *suite*...

—*Yo* lo objetaría —dijo Emma con rabia, su rubor había desaparecido con rapidez ante la idea de que el pequeño incidente fuera del dominio público. Lady Dorothy era franca y generosa, una mujer agradable y una anfitriona tolerante, pero Emma sabía que tenía puntos de vista diferentes acerca del relajamiento de la

moralidad moderna. Sus hijas, Miriam y Julie, le confiaron la noche anterior que incluso ahora, su madre esperaba que ellas se adhirieran a ciertos estándares de comportamiento que les inculcó desde la niñez. Sir Clive, también, era puritano, lo cual era el motivo de que prefiriera que sus altos ejecutivos estuviesen casados. Un punto menos para Emma, que no tenía un amigo constante desde aquella rata hipócrita de Phillip, que casi la hizo cometer el peor error de su vida.

—¿Por qué? ¿Te gustan los juegos? ¿Encuentras alguna satisfacción en mantener un romance a escondidas?

Emma maldijo antes de responder.

—¡No tengo ningún... romance!

—Cuida tu boca, dulzura. No me gustan las mujeres que maldicen.

—Bien. Eso nos da empate. ¡A mi no me gusta que bultos sudorosos me manoseen!

Marc casi cae de la ventana.

—¿Qué? Emma, ¿quieres decir que él...? Hey, Emma, ¿estás bien?

—Tranquilízate, niño bonito, no le he puesto una mano encima. ¿O sí, Emma? —con las manos sobre la cadera, la retó con una sonrisa cínica.

No, ni una mano. Se lo quedó mirando. No podía acusarlo de ese beso sin admitir su propia complicidad. Marc no entendía por qué no le espetó algunas palabras muy bien elegidas.

—¿Emma? —insistió Marc percibiendo la tensión.

—Fue sólo una expresión —respondió ella al fin—. ¿Vienes o no Marc? Tengo hambre.

—Era Trudy quien llamaba. Telefoneó para recordarnos que... Oh, creo que debo usar una salida más conveniente —parecía alegrarse de escapar de lo que veía por la ventana—. Espera un minuto.

Marc desapareció y Emma escuchó un coro de preguntas infantiles que se filtraban a través de la ventana cuando él abrió su puerta.

—Discúlpame —dijo Emma de mala gana.

—Casi no importa, Emma —le respondió con suavidad. Se hizo a un lado para dejarla pasar pero en el último segundo se lo impidió con una mano que casi toca sus pechos—. Casi —le reiteró—. No disculpo la mentira y tampoco la hipocresía. Recuérdalo la próxima vez que nos veamos.

—Haré mi mejor esfuerzo para olvidar todo lo que a ti se refiera.

—Te será más difícil de lo que imaginas —su boca se curvó, divertida—. Nos veremos, dulzura —Se alejó corriendo.

Emma cerró los ojos. Más que difícil... imposible... volvió a abrirlos. Estaba horrorizada. Nunca fantaseaba con los hombres... a menos que se tratara de hombres que estaban fuera de su alcance. De esa manera no tenía que enfrentar las terribles consecuencias de que sus hormonas la hicieran perder el control. Y allí estaba ella ahora,

fantaseando con un hombre que, era obvio, estaba a su alcance, un hombre que le desagradaba. Era degradante. Estaba dentro de ella. Emma no era una pedante, pero no podía negar el hecho de que nunca podría tener una relación pública con alguien como... ¿Cómo se llamaba?

Perdió el apetito. Apenas probó el suculento *buffet* dispuesto sobre enormes mesas colocadas a la sombra. Mesas pequeñas, cubiertas con manteles blancos, estaban dispuestas bajo sombrillas. La mayoría de los demás ya estaban desayunando cuando Emma y Marc llegaron. Se dio cuenta que Edward había decidido sentarse, junto con su esposa, a la mesa ocupada por Sir Clive, mientras Charles y Mary hablaban animados con Steven. A los treinta y cinco años de edad, era una versión más joven de su padre, pero en opinión de Emma, no tenía su olfato para los negocios. Era meticuloso, más que oportuno, en lo que a inversiones se refería. Era indudable que la empresa estaría segura en sus manos, pero carecía de la conducta agresiva que le imprimió su padre.

Su esposa, Sheena, había sido modelo y Emma estaría muy contenta de no volver a conversar con ella durante ese fin de semana. Sheena era una hermosa pelirroja, pero su belleza sólo se localizaba sobre la piel. Durante la cena de la noche anterior, mostró quizá sin querer, una amargura y un descontento a través de la expresión de su rostro. Parecía que algunas personas nunca estarían satisfechas con lo que tenían. Steven era un hombre guapo y honesto, y trataba a su esposa con más tolerancia de la que Emma pensaba que se merecía.

Jasper coqueteaba alegremente con Miriam y Julie mientras sus maridos, Michael y Chester, ambos exitosos hombres de negocios por derecho propio, lo veían divertidos. No molestaba a Jasper el que las dos mujeres fuesen probablemente quince años mayores que él y era obvio que ese hecho tampoco molestaba a nadie más. Tal vez todos se daban cuenta de que los coqueteos de Jasper era inofensivos... hasta Lady Conway había disfrutado de su ración de adulación hábil. Algunas veces Emma tenía que hacer un esfuerzo para recordarse que bajo esa fachada de *playboy* había un cerebro astuto de gran peso. Un día, si él no estuviese limitado por su propia debilidad, Jasper sería un formidable aliado en los negocios... o un oponente. Trudy era el único tronco flotante, y la forma en que le dio la bienvenida a Marc cuando él y Emma aparecieron, fue un indicativo de que la llamada telefónica fue por algo más que cortesía. Emma picó los alimentos y escuchó, entretenida, el primer intento de dos personas tratando de no parecer demasiado interesadas una en la otra. Trudy parecía más joven que los veinte años de edad que tenía, pero si había trabajado para Jasper durante algunas semanas y no se había enamorado de él, como sucedió con la mayoría de sus secretarias, entonces no era la mujercita

vulnerable que parecía.

Emma estaba tan entretenida con el romance que empezaba a construirse, que no se dio cuenta de que los niños se acercaban hasta que fue demasiado tarde. En realidad, difícilmente podrían ser considerados niños. Las dos chicas y el chico se presentaron como los nietos de la hermana de Sir Clive, Joan. Estaban al inicio de su adolescencia y Emma tuvo la sensación de que debía relajarse un poco, ya que aun la más delicada insinuación hacia los adolescentes acerca de que no eran bienvenidos, normalmente era suficiente para ofender su dignidad.

Sin querer involucrarse, permitió que su juvenil buen humor dominara la conversación mientras redescubría su apetito y actuaba como arbitro de sus opiniones poco formadas.

De repente, el chico se puso de pie de un salto, entusiasmado.

—¡Es el tío abuelo Frazer!

De espaldas al recién llegado, Emma observó el entusiasmo de los adolescentes. Frazer Conway debía ser un viejo encantador, concluyó, al notar su reacción. Los adolescentes trataban a Sir Clive con un respeto y afecto que en nada se parecía a la bienvenida tan cálida que ahora manifestaban.

—Pensé que vivía en Estados Unidos —dijo Emma llevándose un pastelillo a la boca.

—Oh, sí, allá vive, pero llegó ayer —dijo una de las chicas casi sin aliento—. La abuela Dorothy no nos ha permitido verlo porque dice que estaba cansado del vuelo y quería dormir. Pero a mí no me parece cansado. ¿No es magnífico tener un tío abuelo como Frazer? —su mirada adquirió tal luminosidad, que Emma se volvió para mirar aquella maravilla tan publicitada por sus sobrinos nietos.

Emma abrió la boca y permaneció con ella así durante varios segundos. ¡No podía ser!

—¿Él es Frazer Conway? ¿Él? —no podía creerlo—. ¿El hermano de Sir Clive? —No, por supuesto que no. No podía ser que pertenecieran a la misma generación. Además, no podía creerlo porque no era capaz de enfrentar la realidad de haber hecho el tonto con él.

—¡Sí, ese, el viejo! —la chica rió al notar la sorpresa de Emma. Por lo visto era una reacción muy común—. ¡Te dije que era magnífico!

Las adolescentes que acompañaban a Emma saltaban sobre sus sillas impacientes de que las formalidades terminaran y que el tío fuese a saludarlas, pero éste iba de grupo en grupo como si se tratara de una celebridad saludando a sus fanáticos. Incluso los hombres parecían responder ansiosos a su saludo.

—Ella es Emma Rainer —anunció Lady Conway al fin cuando Frazer abrazó a sus dos sobrinas nietas reduciéndolas a risitas con sus

halagos y promesas de regalos en su maleta—. Emma, él es mi cuñado, Frazer.

Lady Conway miraba expectante a Emma, como si esperara que empezaran los aplausos. Emma estaba a punto de gritar. Pero en vez de hacerlo, se levantó, evitando los vividos ojos azules, y le tendió la mano con poco entusiasmo.

Lady Conway se recuperó pronto de la pausa que se produjo. —Tal vez estés preguntándote por qué la diferencia de edades… como todos los demás. Pobre Frazer, es toda una prueba para él ser más joven que sus sobrinos. Pero su madre se casó con el padre de Clive el mismo año en que Clive y yo nos casamos… ella era mucho más joven que Thomas, por supuesto… y Frazer nació el mismo año que Julie. Miriam y Julie solían molestarlo mucho, ¿verdad, Frazer?

—Y siguen haciéndolo —dijo Frazer con tal calidez en la voz que Emma pensó haberlo malinterpretado. Quizá el cansancio del viaje lo afectaba el día anterior, y temprano por la mañana. Aún no estrechaba la mano que Emma le ofrecía y lo miró para averiguar por qué. Sus ojos estaban alertas, retadores, analíticos…

—Hola otra vez, Emma —le dijo con toda deliberación antes de estrecharle la mano. Se la sostuvo con tanta firmeza, que a ella le fue imposible retirarla de inmediato. Se midieron con la mirada.

—¿Ya se conocen? —preguntó Lady Conway, sorprendida—. ¿En dónde? ¿Por qué no me lo dijiste, Frazer? No sabía que hubieras ido a Estados Unidos, Emma.

—Oh, nos conocemos desde hace muy poco —aclaró Frazer y Emma tuvo serias dificultades para mantener su expresión de serenidad. ¿Era él el tipo de hombre que disfrutaba besando a las mujeres y después hacerlo público? Podía destruir su credibilidad y ambos lo sabían. Emma se tensó y él pudo notarlo en la mano que aún no soltaba. Frazer disfrutaba de ese momento de poder y del aun mayor que tendría después—. Nos conocimos ayer. Paseaba por aquí ayer cuando me encontré con Emma justo en este lugar…

—Me acusó de estar invadiendo propiedad privada —anotó Emma con frialdad, recuperando el control y dándose cuenta de que si le seguía el juego, le permitiría poner sus propias reglas—. Fuimos muy rudos uno con el otro.

—Tú fuiste ruda. Yo sólo estaba… Intrigado —murmuró Frazer provocativo. Emma entrecerró los párpados como si estuviera tomando una decisión profesional. ¡Al demonio con lo que pensara Lady Conway! Apretó los dedos sobre la mano de Frazer y él respondió con una muestra igual de fuerza y entonces ella le clavó las uñas en los nudillos. El se encogió, sorprendido por la inesperada femineidad del ataque y ella retiró la mano escondiéndola tras su espalda.

—No más intrigado que yo, ya que no tuviste la delicadeza de presentarte —le hizo ver Emma.

—No quise avergonzarte —la observó con expresión entre bondadosa y burlona.

—Oh, querido —Lady Conway veía a uno y otra ruborizada. Pero sólo por un momento. Después, recuperó la compostura y sus ojos volvieron a brillar—. Bueno, tienen el resto del fin de semana para resolver cualquier mal entendido. Sólo recuerda, Emma, que Frazer no era ayer él mismo. Tuvo un vuelo muy pesado, ¿no es así, querido? No pudo conseguir billete de primera clase, y le tocó viajar al lado de una madre con dos niños malcriados y un bebé. Pobre Frazer, no pudo ni cerrar los ojos...

¿Pobre Frazer? Cuando Emma volaba, nunca lo hacía en primera clase, pero, claro, un Conway no tenía que preocuparse de sus finanzas. Debió ser una conmoción terrible él tener que compartir los rigores de los viajeros comunes y corrientes. Emma mostró su antipatía a través de su dorada y congelada mirada.

—¿No te pasa, Emma, que algunos días nada te sale bien? —le preguntó él con inocencia, sus ojos azules a punto de reventar de risa —. ¿Días en los que tu suerte parece haber saltado... por la ventana?

Fue rescatada del peligro por Sir Clive, quien fue a dar unos golpecitos en la espalda de su hermano.

—Así que ya has conocido al bebé de la familia, Emma. ¿ Qué opinas de él?

—Es una pregunta muy difícil, Clive, —interrumpió Frazer—. ¿Qué esperas que te responda la pobre chica? ¿Que soy un sueño convertido en realidad?

Era una pesadilla y Emma lo miró, encendida.

—Estoy segura de que su hermano es un hombre muy fino —mintió con suavidad, pero entre dientes—. Aunque se equivoque al llamarme "chica". Hace años que me liberé de esa etiqueta particularmente subestimarte —excepto para Edward. Los dos hombres, seguro, serían excelentes amigos.

—Quiso ser un halago, no un insulto —apuntó Frazer con la misma suavidad.

—No considero muy halagador ser llamada inmadura —anotó Emma con seriedad—. Como tampoco a ti te gustaría que, a tu edad, te llamaran "chico".

—Tengo la esperanza de haber mantenido algunos elementos infantiles en mi carácter para balancearme a mí mismo como hombre. La inocencia de la niñez es una parte muy preciada en la vida de todos, una parte necesaria, si es que queremos convertirnos en adultos felices. De hecho, esa cualidad de inocencia y confianza puede hacer mucho para mantener a raya el cinismo y la intolerancia que trae

consigo la llamada madurez.

Con unas palabras, se las arregló para hacer lucir a Emma como una mujer mezquina, cansada y sin humor. No volvería a subestimarlo. Ese hombre podía poner a cualquiera a la sombra con una mano en la cintura.

—¿Estás aquí de visita? —le preguntó ella cambiando el tema, sin dar la menor señal de su rabia.

Él inclinó la cabeza, en señal de admiración por su fría habilidad para liberarse del asunto molesto y fue Sir Clive quien respondió:

—Oh, no, Frazer ha vuelto a Nueva Zelanda para quedarse. Estará con nosotros hasta que encuentre un lugar donde vivir. Es probable que lo veas muy a menudo, Emma —se rió de algún chiste privado. La joven esperó que no fuera a sus costillas. Sir Clive no era tonto. Debió darse cuenta que había algo extraño entre su hermano y ella. Emma logró seguir la conversación durante los siguientes minutos con monosílabos corteses mientras Lady Conway y Sir Clive la conducían y Frazer lograba parecer modesto ante su brillante carrera como ingeniero y después como asesor. Podía ser brillante en la profesión que eligió, y endemoniadamente guapo, pero eso no lo hacía *agradable,* pensó Emma suspirando para sus adentros cuando Sir Clive finalmente pretendió llevarse a su hermano.

Frazer, en tono burlón, se acercó a ella para decirle, antes de irse:

—No estés tan malhumorada, dulzura, no te va. Esa boca no se hizo para hacer pucheros —su tono le dijo para lo que creía que estaba hecha y Emma se abrumó al recordar la reacción a su beso.

—¿Qué? ¿Qué dijiste? —Sir Clive podría estar envejeciendo, pero su sentido del oído era excelente.

—Estaba diciéndole a Emma lo fresca y hermosa que luce.

—¿Qué? —Sir Clive frunció el ceño, pensativo, mirando a Emma y ella deseó haber resistido el impulso de haberse vestido así aquella mañana. Debió haber elegido un tono neutro. El ceño fruncido de Clive se relajó—. Oh, sí, sí. Emma siempre luce así.

Emma no tuvo más que sonreír. Era un halago más a su inteligencia que a su apariencia, lo cual era exactamente lo que ella quería.

—Bueno, ya deja en paz a Emma, Frazer, tengo otros planes para ella —dijo Sir Clive para deleite de la joven.

—Yo también —murmuró Frazer permitiendo que su hermano se lo llevara y el comentario críptico hizo que Emma perdiera el placer que le provocaron las palabras de Sir Clive.

Su estado de ánimo no pasó desapercibido para Edward quien la miraba por el rabillo del ojo mientras la servidumbre retiraba los platos.

—¿Qué sucede, Emma? ¿A qué vino ese tipo Frazer…?

—Es un familiar. Y creo que sigue considerando esta casa como su hogar...

—No juegues conmigo, Emma —la cortó Edward, impaciente—. Sabes a qué me refiero. ¿Cuál es su posición en todo esto? ¿Por qué demonios el viejo actúa repentinamente tan extraño? ¿No te has dado cuenta que no ha cruzado con Steven más de dos palabras en toda la mañana?

Emma no lo había notado. Tenía demasiados problemas propios como para preocuparse por los de Steven, pero no estaba dispuesta a seguirle el juego a Edward.

—¿Estás sugiriendo que debemos unir recursos, Edward?

—¡Entonces sabes algo!

—Sé tan poco como tú —dijo Emma a sabiendas que no le creería. Edward era demasiado buen jugador como para no sospechar que alguien siempre quería llevar un juego doble.

Sin embargo, tenía razón. Algo estaba sucediendo, pensó Emma un poco después mientras regresaba a su habitación. Estaba tan preocupada, que olvidó lo inconveniente que resultó su salida, y cayó en manos de la patrulla infantil. Una de ellos, Jessie, la de la adoración silenciosa, estaba llorando, James había "accidentalmente a propósito" atropellado a un pajarito que ella estaba observando, para "ver qué sucedía". Ocurrió lo inevitable y James, arrepentido, recogió los restos para darle un funeral apropiado, pero para Jessie no era suficiente.

Lloró tan fuerte, que cuando James le dio un pequeño golpe para hacerla callar, la niña salió corriendo para decírselo a su madre, pero, en su carrera, tropezó con un macetero y lo hizo caer rompiéndose en mil pedazos. Calculando su oportunidad, James sugirió llevarla con "esa Emma" en lugar de ir a buscar a Julie, ya que la madre de Jessie podría "en verdad enojarse" por haber roto uno de los setos del abuelo.

Emma podía tener un corazón duro cuando era necesario, pero no era una bruja tan egoísta como para despachar a la llorosa Jessie sin decirle una palabra amable. Le lavó la herida con un algodón, y se lo besó recordando un artículo que leyó que aseguraba que, para los niños, resultaba de mayor alivio un beso, que un medicamento. Un beso amoroso, decía, estimulaba el cerebro para producir una sustancia química que quita el dolor. Era un razonamiento científico, no el instinto maternal, lo que le hizo besarla y abrazarla hasta que la niña le sonrió.

Entonces, por supuesto, tuvo que inspeccionar los restos del pajarillo y ante las lágrimas de Lizzie y Amy tuvo que recurrir al estuche de sus pendientes para que sirviera como ataúd. Tras las palabras adecuadas, se llevaron a cabo los funerales, todo a cambio de que la dejaran sola el resto del día. Además ella se echaría la culpa de

haber roto el macetero porque a los "grandes se les perdona todo por ser grandes".

Emma pensó que era un trato justo. Sólo esperaba que cierta persona fuera tan cooperativa y se mantuviera lejos de ella.

CAPITULO 3

SINTIÉNDOSE culpable, Emma miró alrededor del comedor vacío y tomó la tarjeta colocada a un lado del plato que tema a su derecha.

Frazer Conway.

Con rapidez, la cambió por la que tenía el nombre de Marc y que se encontraba dos espacios más allá, a un lado de Christine Cleaver.

Entonces frunció el ceño. Aun así estaría demasiado cerca. Tomó de nuevo la tarjeta de Frazer y la colocó al otro lado de la mesa. Oh, Jasper... estaría mejor, por lo menos, resultaría más seguro. Pondría a Frazer a un lado de Sheena, que era todo lo que él se merecía, y más... pero eso colocaría a Trudy al otro lado de él, y Emma se había dado cuenta que Marc no compartía el interés que mostraba la chica por el Conway recién llegado. Cambió a Christine por Trudy, así la primera estaría al lado de su marido y no tendría que mover a Edward.

Cuando terminó su acelerada redistribución, sólo los lugares de Sir Clive y de Lady Conway, cada uno en las cabeceras permanecían sin tocar. El corazón de Emma latía violento y las manos le sudaban mientras iba a reunirse con los demás en la sala para tomar los aperitivos.

El primer aperitivo, ingerido con rapidez, la tranquilizó un poco y fue en ese momento cuando se percató de que Edward la miraba con insistencia. ¡Todo lo que ella necesitaba en ese momento era que Edward sugiriera que era una alcohólica!

—¿Anda algo mal, Emma? Pareces estar un poco... alterada.

Estaba siendo asaltada por todos los flancos.

—Me preguntaba qué será lo que trama Edward —le respondió a Charles con sinceridad—. Marc me dijo que él y Sir Clive se encontraron hace una hora en la biblioteca para una conversación privada...

El rostro de Charles mostró una expresión de extrañeza.

—¿Quieres decir que Clive aún no habla contigo? Oh, querida... él y yo tuvimos una sesión esta tarde y tengo entendido que verá a Jasper por la mañana. ¿Y tú aún no recibes un citatorio? Bueno... supongo que Clive lleva algún sistema. Si en este caso las damas no son primero que los caballeros, quizá vaya por orden de *importancia.*

Si Edward no hubiese mantenido sus ojos de águila sobre ella. Emma habría bebido otro aperitivo. ¿Desde cuándo Charles lo llamaba "Clive", sin colocar primero el "Sir"? Se preguntó si Edward también empezaba a tutear al viejo. ¡Vaya día!

Julie Masters le preguntó dónde compró su vestido.

—Me lo hizo mi madre —le confesó Emma con orgullo mientras

miraba el modelo que realzaba su figura.

—¡Debe ser una modista estupenda! —la envidió Julie—. Miriam y yo somos un fracaso con la aguja.

¡Podían permitírselo! Y ahora también Emma, pero sabía que a su madre le gustaba sentirse útil.

—Sí, lo es. Me lo hizo en un abrir y cerrar de ojos. Elegí el modelo de una revista de modas y mi madre lo confeccionó.

Siguió una plática inocua acerca de ropa, durante la cual Emma se percató de la llegada retardada de Frazer y se aseguró de mantenerse alejada de él. Mientras les pedían que pasaran al comedor, la dama la tomó por sorpresa al decirle de repente:

—A propósito, si los niños vuelven a molestarte, no dudes en ordenarles que desaparezcan de tu vista —le sonrió—. Percibo que existe un secreto que nadie quiere confiarme, pero Lizzie y James no dejan de hablar maravillas de ti. ¿Qué demonios hiciste para tener tanta popularidad en tan poco tiempo?

—Me gustaría saberlo —murmuró Emma. ¡De ser así, podría evitarlo!

Mientras los demás tomaban sus lugares a la mesa. Emma sintió las mieles del triunfo, Trudy encontró su lugar y se sentó a la izquierda de Steve. La silla a su derecha fue separada por Marc a quien Emma se volvió para dedicarle una sonrisa.

—Emma —Frazer Conway la saludó con un movimiento de cabeza mientras se sentaba.

—¡No puedes sentarte allí! —le dijo, satisfecha—. Revisa las tarjetas —apuntó con un dedo el pequeño rectángulo que tenía frente a él. Frazer tomó la tarjeta y la estudió. Después, le dio la vuelta y permitió que ella leyera el nombre anotado: *Frazer Conway.*

—¡Cambiaste las tarjetas! —lo acusó furiosa.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo… —se detuvo—. Porque las miré hace rato —continuó con debilidad—. Se supone que Marc estaría sentado a mi lado.

—Emma, Emma… —la amonestó con suavidad—. No sólo las miraste, sino que hiciste una trampa y me cambiaste por tu amante, ¿no es así?

—No es mi amante —le dijo entre dientes—. ¿Que te hace pensar que *tú* debías sentarte aquí?

—Porque entré aquí antes que tú lo hicieras y me aseguré de que así fuera. Ya te dije lo que pienso de las mentiras, Emma.

—¡Eres…! —estrechó los ojos que echaban chispas de rabia—. No me des clases de honestidad… fingiste ser un guardia de seguridad…

—Yo no fingí, tú lo supusiste. Tengo la impresión de que me estás usando para desahogar tus frustraciones. Te he estado observando

todo el día, Emma, y he notado que, siempre estás mirando por encima de tu hombro. Eres más filosa que cualquiera de los pequeños ejecutivos de Clive, aunque yo diría que no por buenas razones. Pareces ir un paso adelante de ellos a pesar de la desventaja de ser mujer.

—Es como si trataras de esconder algo —continuó—, y si no es una relación ilícita con Fletcher, ¿de qué se trata? ¿No habrás tenido la oportunidad de involucrarte en un pequeño fraude?

—¡No, claro que no! y ya que nada tienes que ver con ConCorp, te agradecería que guardaras para ti tus peligrosas especulaciones.

—Pero sí tengo que ver… después de todo, soy accionista. Tengo muchos intereses en ConCorp… y cada vez crecen más —Emma se lo quedó mirando—. Y ahora, sonríele a Dot antes de que sume dos más dos y se imagine que conspiramos para cambiar la distribución en la mesa.

Emma miró hacia la cabecera y se sintió culpable al notar que su anfitriona fruncía el ceño al percatarse de los lugares que ocupaban sus invitados. Emma no pudo retirar la vista a tiempo para no encontrarse con los ojos de Lady Conway y fingió una sonrisa. A su lado, escuchó que Frazer se reía en voz baja y su cuñada lo miraba pensativa. Regresó la mirada hacia Emma y sonrió, conspiradora.

—Mira lo que has hecho —dijo Emma con reproche—. Has hecho que ella piense que algo está pasando entre nosotros.

—Y así es.

—No de mi parte —le respondió volviéndose hacia Steven e iniciando con él una conversación que se prolongó hasta el primer platillo.

Emma sacó el tema de ConCorp a colación y, para su desmayo, Steven pareció inquietarse y se volvió hacia Mary Scott, sentada al otro lado.

Frazer volvió a intervenir.

—¿De nuevo malhumorada, Emma? —le murmuró él supuestamente concentrado en su sopa.

—Nunca estoy malhumorada —levantó la barbilla, desafiante—. Es demasiado improductivo.

—¿Todo lo que haces debe ser productivo? —preguntó con curiosidad—. Debe ser muy aburrido. ¿Qué haces para divertirte?

—¿Divertirme? —repitió Emma como si no hubiese escuchado nada.

—Sí, tú sabes, para relajarte después de un día agotador.

Pensó en los programas de televisión y en los restos de golosinas sobre su cama. Oh, sí, a Frazer le parecería divertido. Pensó en hornear, otro de sus vicios secretos. *Deja que un hombre descubra que eres excelente cocinera y te tendrá encadenada a la cocina, aunque tengas*

el cerebro de Albert Einstein—. Escucho música, leo… —trató de pensar en algo más igualmente inocuo, pero falló.

—Y, ¿qué haces para excitarte? —le murmuró.

—Obtengo suficiente excitación en mi trabajo —le espetó.

Él hizo una mueca.

—¿Qué te excita más, *sobre* tu escritorio o *tras* él? —como Emma se atragantó con el vino, añadió con suavidad—: Es decir, ¿en el trabajo en sí o en el poder que implica?

Para su vergüenza, escupió involuntariamente el vino y todos los ojos se volvieron hacia ella mientras Edward no dejó escapar la oportunidad de decirle:

—¿Bebiendo otra vez demasiado rápido, Emma? Debes tener cuidado, una mujer pequeña no tiene la misma tolerancia al alcohol que un hombre. Unas copas apresuradas antes de la cena, otras de vino durante ella… y se te subirá antes que te des cuenta.

—Siempre llevo la cuenta —le hizo ver con suavidad—, pero para contar *las calorías, no* el contenido alcohólico. Me gusta llevar una dieta bien balanceada. Es obvio que no te das cuenta, Edward, pero el alcohol engorda mucho —con una rápida mirada al creciente vientre que Edward tanto se esforzaba por controlar, remató sus palabras. La carcajada de Sir Clive, la motivó a continuar con dulzura—: Una gran tolerancia puede ser más negativa que positiva, ya que no te das cuenta del daño que le haces a tu organismo. Podrías pensar que sólo aumentas de peso, pero también estás matando tus células cerebrales. Por eso es que creo en la moderación, ya se trate de una pequeña como yo o… mucho mayor… —gordura y muerte cerebral… un insulto sutil, ¡no estaba mal!

—Muy bien hecho —le dijo Frazer admirando su respuesta—. ¿Naciste con un aguijón en la cola, o desarrollaste esa lengua venenosa en la facultad de derecho?

—No lo necesité en la universidad. Los hombres y las mujeres compiten en igualdad de circunstancias intelectuales. Parece que es fuera de la universidad, en el mundo real, donde los hombres descubren sus raíces misóginas. Se supone que sólo por ser mujer, debo comportarme con suavidad y permitir que me dominen fácilmente… —su expresión mostró la molestia que sentía ante su actitud.

—Hay algunos hombres que encuentran atractivo el polo opuesto —comentó Frazer y Emma lo miró, suspicaz. No creía que él fuera uno de esos, no cuando se sumaba el total de sus enervantes comentario.

—Sucede que no creo que ninguno de los dos sexos deba dominar una relación. No veo por qué no pueden desarrollarse en un campo de respeto mutuo. Y estoy hablando de relaciones de *trabajo* —añadió, tensa, asegurándose de dejar claro que aquella no era una

conversación íntima.

—Oh, por supuesto. Estoy totalmente de acuerdo —le murmuró con fingida suavidad, mientras el brillo de sus ojos le decía que no le creía—. Dime, ¿eres hija única? ¿O la mayor?

—No, ninguna de las dos —negó, complacida de que se hubiese equivocado. Insinuaba que su fortaleza era resultado de un accidente de nacimiento más que de una voluntad consciente—. Tengo dos hermanos mayores, ambos granjeros, y dos hermanas menores.

—Nunca habría pensado que vienes de una familia numerosa. No tienes la...

—¿Calidez? —era frecuente que la gente la acusara de ser fría sólo porque era precavida. Pero aprendió que era mejor ser demasiado cautelosa que confiada, que si no dejabas claro desde el principio lo que esperabas de las cosas, entonces la gente se inclinaba a poner sobre ella sus propias e irrazonables expectativas.

—Oh, no dudo de tu calidez, Emma. De hecho, ya te he visto varias veces llena de fuego —le dedicó una leve y rápida sonrisa—. Lo que iba a decir era calidad *gregaria,* porque eso sucede cuando se nace en familias grandes. Parece que siempre estás a la defensiva con la gente. Me he dado cuenta, también, que los niños te ponen tensa y no puedes disimularlo. Te vi con Nick, Mattie y Clare durante el desayuno, tres chicos encantadores, sin embargo, permitiste que ellos hablaran como si no supieras qué responder. ¿No te gustan los niños, Emma?

Si hubiera detectado la menor señal de reprobación en su pregunta, Emma habría mentido, pero como su tono era intenso y no implicaba ningún reto, se encogió de hombros y admitió:

—Me gustan lo suficiente. Es sólo que prefiero no desordenar mi vida con ellos.

Él la observaba con detenimiento, leyendo cada uno de sus gestos.

—Puedo entender por qué, tomando en cuenta tus ambiciones. Pero el que no quieras niños propios, no significa que debas sentirte amenazada con los de los demás.

El estómago de Emma empezó a encogerse. El se acercaba demasiado,

—¿Qué es esto? ¿Un perfil psicológico? ¿Estás haciendo algún trabajo bajo el agua para tu hermano? ¿Intentas descubrir algún defecto de carácter devastador que pueda afectar mi habilidad en el trabajo?

—No veo la relación —murmuró Frazer—. Es interesante que te pongas tan nerviosa, en lo que a trabajo se refiere, cuando menciono a los niños y permanezcas tan tranquila cuando menciono la palabra fraude, lo cual podría resultar una amenaza mucho más seria a tu integridad...

—¿Dijiste fraude? —Charles se inclinó sobre la mesa.

—Sólo discutimos una relación hipotética, Charles —lo tranquilizó Emma. Y ante la tos que pretendía apagar la risa que creyó escuchar a su lado, le dio un puntapié a Frazer bajo la mesa. La tos se convirtió en jadeo cuando Frazer dejó caer la servilleta. Mientras se inclinaba para recogerla, Emma sitió una caricia en la pantorrilla y después en la rodilla, un área muy sensible de su cuerpo. La chica se encogió y sus ojos se encontraron con los de Sheena, muy conocedores, al otro lado de la mesa. La sonrisa de Sheena lo dijo todo, pero en lugar de hacer el comentario malicioso que Emma esperaba, la mujer ¡le hizo un guiño!

Cuando Emma se fue a la cama, sentía que la cabeza le daba vueltas. Después de aquel vergonzoso primer vaso de vino, se negó a que volvieran a llenárselo, sin embargo, se sentía como si estuviese tomada. Sheena se mostró amable, Steven nervioso, Sir Clive demasiado jovial y Lady Conway cautelosa. ¿Qué sucedía? De la familia, sólo Miriam Michael, Julie y Chester parecían estar tranquilos en la extraña atmósfera de la cena. Y Frazer, por supuesto, que no había dejado de llamar su atención. Esos cinco eran los que no estaban directamente involucrados con ConCorp. ¿Habría un secreto que ella desconocía? Quizá Sir Clive le diera una pista a la mañana siguiente. Finalmente había sido invitada a una "charla en privado" con él antes de la comida. Tendría tiempo suficiente durante la mañana para preparar sus propuestas.

O lo habría tenido, de no haber sido por la serie de visitantes nocturnos que tuvo.

El primer llamado a su puerta se presentó instantes después de haber apagado a luz. Estaba tendida en la cama tratando de relajarse, cuando escuchó que llamaban.

Frazer Conway.

No podía imaginar a nadie más en la isla que tuviera el atrevimiento, para no mencionar la arrogancia, de llamar a su puerta y esperar ser recibido. Tenía que ser él. Volvió a llamar y Emma se preguntó cuánto tiempo se llevaría su impresionante ego para darse cuenta de que no iba a abrir. Lo imaginó de pie tras la puerta, con su confianza sensual, un aspecto que Emma creía que no le fallaba muy a menudo. ¿Qué haría Frazer? ¿Encontrar a alguien más? ¿Ir a llamar a la puerta de Trudy? Emma se sentó, pero se obligó a volver a acostarse.

El llamado suave se convirtió en urgente, Emma se tensó. Recordó su actitud poco conservadora. Probablemente no le importaría despertar a todos antes de entrar en su habitación. Quizá a él no le importaba, pero a Emma sí. A Edward le encantaría y confirmaría la opinión de Charles de que las mujeres eran emocionalmente inquietas.

Se puso la bata, encendió la lámpara, aspiró profundo y abrió la

puerta con una expresión tan fría, como desdeñosa. ¡Nadie!

—¿Podemos entrar?

Bajó la vista y se avergonzó. No era Frazer. ¿Por qué demonios imaginó que era él? ¡Su ego debía estar más inflado que el de Frazer!

—¿Qué quieres, Amy? —preguntó, inquieta.

—¿Podemos entrar? -Pensé que habíamos acordado...

—Es una "emergencia" —le respondió con mucha importancia—. A Jessie le duele el dedo del pie —empujó a su acompañante hacia el interior—. ¿No es así, Jessie? —dio un empujón a su prima.

Jessie se sacó el pulgar de la boca y suspiró, dolorida. Todos miraron el esparadrapo en su dedo del pie.

—Le duele tanto, que no puede dormir. ¿Podemos entrar? Repitió Amy levantando los ojos en un intento de mostrarse angustiada—. Si tu papi está aquí, estaremos calladas, ¿verdad, Jess?

Con el pulgar de nuevo en la boca, Jessie aceptó con la cabeza.

—Por supuesto que no está aquí. Y Marc no es mi papi, él trabaja para mí —se apresuró a aclarar, abriendo la puerta para que pudieran ver su cama. Con rapidez, Amy se escurrió dentro, jalando el camisón de algodón de Jessie. De mala gana, Emma cerró la puerta.

—¿Te quemaste con el sol? Tienes la cara roja. Mi mamá me pone crema cuando me quemo —le aconsejó Amy.

Emma se llevó las manos hacia sus ardientes mejillas intentando que despareciera la humillación que ella misma se inflingió.

—Es sólo que tengo calor. ¿No es tarde para que ustedes dos anden merodeando por la casa? ¿Por qué no llevas a Jessie con su madre!

—A la tía Julie se le hinchan los ojos cuando tiene que levantarse en la noche. ¿Puedo tomar un vaso de agua? —sin esperar respuesta Ammy fue rápido hacia el cuarto de baño para servírselo ella misma Sin quitar sus enormes ojos de Emma, Jessie, subió a la cama. Se acomodo las almohadas y se tapó con las sábanas. El pulgar seguía firme mente en su lugar. Dentro de la boca.

Amy salió del baño y se acostó a un lado de Jessie.

—Quizá si nos cuentas un cuento nos dé sueño —le dijo.

—Bueno, pero uno corto —concedió Emma, sabiendo que si no hacía, ella no podría dormir.

Por supuesto, un cuento corto se convirtió en uno muy largo, ya que el intelecto de Emma exigía cierto reto en todo lo que hacía. Amy estaba en trance y Jessie se sacó el pulgar de la boca mientras seguían, maravilladas, la extraordinaria aventura que les narraba Emma.

Estaba a mitad del cuento, cuando hubo otro llamado a la puerta Esta vez no se permitió ninguna desilusión. Le bastó mirar a Amy para confirmar su sospecha.

—Me pregunto quién podrá ser.

—El monstruo —dijo Amy tapándose la cabeza con la sábana.

No tuvieron que esperar. Emma no había cerrado la puerta con llave *y* ésta se abrió de pronto. Allí estaba Lizzie apuntándole, triunfante

—¡Emma! —miró a su alrededor, como buscando papis y después hizo un movimiento de cabeza vigorosa hacia James y hacia los otros dos niños que se agruparon bajo el marco de la puerta. George y Teri, hermano y hermana de Amy, supuso Emma sin esfuerzo. Parecía qué todos los nietos de Lady Dorothy serían sus huéspedes.

—¡Shhh! —murmuró Jessica.

—Emma nos está contando un cuento. Súbanse a la cama y escuchen —les ordenó Amy—.

George, de nueve, y Teri de ocho, eran más reprimidos que sus familiares más jóvenes, pero al fin subieron a la cama. Emma se dio cuenta que James llevaba una caja.

—¿Qué traes allí, James?

—Es s-sólo por si t-tenemos hambre —le respondió abriéndola para mostrar su contenido.

—Yo ya tengo hambre —dijo Amy tomando una galleta de chocolate.

—No, en mi cama no —dijo Emma intentando recuperar el control de la situación.

—Todavía no es media noche —sentenció George mirando su reloj de robot—. No podemos hacer la fiesta de media noche hasta que no sea media noche.

—Pues finjamos que ya es medianoche —sugirió Teri, inspirada.

Al final, Emma extendió una manta sobre el suelo, a un lado de la ventana y todos se colocaron sobre ella, deleitándose con un impresionante menú robado de la cocina. Era evidente que el incidente fue planeado de antemano.

Emma reanudó el cuento. Disfrutaba tanto las reacciones de los pequeños, que perdió el sentido del tiempo y se horrorizó cuando, se dio cuenta que era la una de la mañana. Hubo protestas y llantos cuando les anunció que la fiesta terminaba. Los colocó en fila, por estatura, y estaba a punto de hacerlos marchar de regreso a sus habitaciones, cuando hubo otro llamado a la puerta.

Los niños se helaron.

—¡Apuesto a que es el Horroroso Horacio! —murmuró George entre dientes pronunciando el nombre del villano del cuento..

Lizzie emitió un pequeño sonido de terror que fue silenciado por la mano poco bondadosa de Amy que le colocó sobre la boca.

—No, probablemente sea mami —dijo, práctica—. Chispas, se enojará por todo lo que James robó de la cocina.

—T-tú t-también ayudaste —la acusó James.

—¡Silencio, todos! —ordenó Emma—. Primero déjenme ver quién

es.

—Por favor, no nos acuses —le pidió Teri—. Se supone que no debemos venir por la noche a esta parte de la casa. Es una de las reglas de la abuela.

Todos contuvieron el aliento y eso convenció a Emma que las reglas de la abuela eran desobedecidas con frecuencia.

—Veamos quién es —Emma no tenía la intención mentirle a sus preocupadas madres. Los niños se escondieron detrás de la cama.

—Sólo soy yo —suaves y dulces, las palabras de Frazer le robaron la respiración Emma se ruborizó cuando sus ojos acariciaron su delgada bata—. Vi tu luz encendida por la rendija de la puerta —le dijo él sin dejar de disfrutar la vista que tenía enfrente mientras apoyaba un hombro contra la pared—. ¿No puedes dormir?

Con el cuerpo, Emma impidió que mirara el interior de la habitación.

—Por lo visto, tú ni siquiera lo has intentado —señaló ella al percatarse que aún estaba vestido.

—Steven y yo nos quedamos para... hablar. Después pensé que sería bueno venir a darte las buenas noches. Tú no me las diste, Emma... estuviste tratando de evitarme...

Sus ojos azules ya no eran vividos, sino filosos y a la vez suaves, y un poco fuera de foco.

—¡Estás ebrio!

—Poco más que un poco. A decir verdad, mucho. Pero no tanto como Steven. ¿Te dije lo hermosa que lucías esta noche? Pero ahora me gustas más, así, recién salida de la cama. Tu cabello no se ve tan claro cuando te cae así, sobre los hombros. Me gustaría meter la cabeza entre tu cabello, me gustaría verlo extendido sobre mi almohada... o mejor aún, sobre mi piel...

Muy consciente de los impresionables oídos que estaban atentos tras la cama. Emma lo cortó de inmediato.

—Tengo mejores cosas que hacer que estar parada aquí, a la mitad de la noche, escuchando las necedades de un borracho. Te sugiero que vayas a la cama y duermas la mona. ¿Serías tan amable de marcharte?

—Qué mujer tan cruel eres. Steven tenía razón...

—¿Razón de qué? —se arrepintió de haberlo preguntado, pero su interés había sido despertado. Eso sólo daría a Frazer la excusa necesaria para quedarse más tiempo.

—De que, dándote un centímetro, tienes el potencial para castrar a todo el equipo de directores...

—¿Steven dijo eso? — Emma se irguió. Siempre había pensado que la simpatía y respeto que sentía por Steven era recíprocos. ¿Por qué habría de darle importancia a una conversación de borrachos? ¿Significaría aquel comentario que Steven no apoyaba su promoción?

A pesar de las copas de más, Frazer comprendió que cometió un

—Sólo dije *potencial,* dulzura. Pero no te conoce como yo a ti. No sabe cómo eres por dentro. No sabe que eres suave, dulce, femenina...

Por segunda vez en veinticuatro horas, su beso la tomó por sorpresa. Este fue mucho menos inocente que el primero. Mientras se inclinaba hacia ella, trastabilló un poco y colocó su mano libre sobre el pecho de Emma para recuperar el equilibrio. Los dedos de Frazer se apretaron sobre su seno e hizo un sonido áspero de placer al sentirlo.

—¿Te había dicho cuánto te amo, dulzura? Sé que te amaré...

Emma escuchó las ahogadas risitas que venían de la habitación. Frazer separó sus labios de los de ella.

—¿Qué fue eso? —ronroneó él perezoso.

—Nada —la voz de Emma falló al primer intento, apartó la mano de Frazer y volvió a intentarlo—. Nada.

Frazer miró su rostro ruborizado, su cerebro empezaba, lentamente, a hacer las conexiones precisas.

—¿Hay alguien aquí, contigo? ¿Es por eso que no me dejas entrar? —preguntó con cuidadosa precisión.

—¡Por supuesto que no! —no quería enfrentar a los niños con él, tomando en cuenta su estado—. Estás imaginándote cosas. Son todas esas células cerebrales que has aniquilado. Lo próximo que verás serán elefantes rosas.

Su burla habría funcionado a no ser que hubo otro murmullo tras ella. El cuerpo de Frazer se tensó peligroso.

-¿Es Fletcher? ¿Estás con él?

La mano húmeda de Emma se apretó sobre la perilla de la puerta mientras iba cerrándola poco a poco.

—Vete, Frazer. Hablaremos de eso por la mañana.

—Quiero hablarlo ahora.

—Pues yo no. No te pertenezco, Frazer. No tengo que responderte.

Él sonrió, sardónico, y ella tuvo que contenerse. Pero la hostilidad seguía allí, latente.

—¿Crees que no? Disfruta la ilusión mientras puedes, dulzura, porque no durará mucho —levantó la voz—. ¿Escuchaste eso, Fletcher? Tus días están contados, amigo. Esta será tu última noche, así que disfrútala —su voz volvió a caer en esa previa suavidad líquida —. Desde mañana, Emma, todas tus noches sin sueño serán debidas a mí...

Lo había dicho a manera de promesa, y mucho después de que Emma hubiese despedido a los chiquillos, se preguntó por qué Frazer se habría sentido tan seguro.

A la hora de la comida, el domingo, ya no se lo preguntaba, ¡estaba totalmente aturdida!

Su entrevista con Sir Clive resultó bien. Parecía estar muy

impresionado con sus ideas; la invitó a llamarlo Clive; habló de "sangre fresca" y "cambios" de una manera tal que le hizo creer que su futuro era promisorio.

La comida dominical fue servida en los jardines donde Lady Conway cultivaba sus preciadas orquídeas, Steven usaba gafas oscuras, y Emma se sorprendió al verlo. Frazer, luciendo decididamente andrajoso, estuvo evitándola, lo cual la alegró.

Después de que comieron. Sir Clive se puso de pie, sonrió a todos y dejó caer la bomba.

Steven, anunció, que no había sido feliz en ConCorp pero permaneció en la empresa por lealtad. Ahora consideraba que era tiempo de retirarse y abrazar su sueño privado... establecerse como fabricante de muebles finos hechos a mano.

—Naturalmente, es una decepción que mi único hijo no comparta mis ideales por la compañía que lleva el nombre y el honor de la familia, pero acepto que cada hombre debe llevar la vida que desea. Sin embargo, hay otro miembro de la familia que está dispuesto a asumir el liderazgo. Me refiero, por supuesto, a mi hermano, Frazer, que ha renunciado a un consorcio internacional para venir a casa y hacerse cargo de las responsabilidades de Steven con ConCorp... y también de las mías.

¡Frazer Conway sería el nuevo presidente de ConCorp!

El conocimiento cayó como un gran peso en la conciencia perturbada de Emma.

El borracho de la noche anterior se convertía en su jefe.

Y era evidente que el nuevo jefe diría quién sería el ejecutivo en jefe de ConCorp.

¡Y esa persona, obviamente, no sería Emma Rainer!

CAPITULO 4

FRAZER observó a la mujer que entraba en el restaurante y se acercaba al *maitre.* Ella se volvió mientras sonreía por algo que le dijo el hombre. La sonrisa envió un sobresalto a su relajado cuerpo. Sonreía muy rara vez en la oficina. El gesto quitaba el aliento. Eclipsaba a la mujer de negocios haciéndola sencilla y femenina. Cuando sus labios se curvaban, todos sus rasgos se volvían suaves, redondeados, incitantes, sus enormes ojos color miel brillaban.

Su boca era tal vez desproporcionada para su rostro pequeño, la razón del mote que le pusieron en ConCorp: la "Trampa Bucal". Pero cuando sonreía, podría desbaratar egos como si se tratara de cascarones, y su lengua podía añadir el calor suficiente para convertir los restos en ignominiosas cenizas.

Ahora caminaba entre las mesas con la seguridad que emanaba la fuerza de su pequeña estructura. Venus cuando sonríe, pero Juno cuando camina... la combinación se metió en la mente de Frazer. Cuando lo localizó él ya estaba preparado para su reacción. Los restos de su sonrisa se congelaron en su rostro, su cuerpo se irguió, pero su paso no se alteró. Él admiró su negativa de darle el menor signo de victoria, por muy pequeña que fuera. Él había estado entrando y saliendo de la oficina del presidente de ConCorp durante la última semana, consultando con Clive y Steve, reuniéndose con los gerentes de varios departamentos, pero cada vez que intentó hablar con Emma, ella se las arregló para tener otra reunión urgente. Ambos sabían que ella estaba huyéndole, hasta ahora. Ese día era el primero que lograba acorralarla. Frazer estaba seguro de que ella se resistiría, antes de aceptar lo inevitable. La dama era demasiado orgullosa para darse por vencida sin pelear, pero demasiado ambiciosa como para no actuar con cortesía cuando era necesario.

La respiración de Emma se aceleraba al acercarse a la mesa, tratando de mantener la mirada en el rostro de Sir Clive aunque estuviera plenamente consciente de la presencia, tan inesperada como desagradable, del otro hombre a la mesa. El sólo ver un asomo de Frazer Conway por el edificio de ConCorp era suficiente para que los nervios se le tensaran. Cuando Marc le informó que tenía una cita para comer con Sir Clive en el restaurante cercano a las oficinas, se alegró. ¿Por fin una decisión? Tras el conmocionante fin de semana no se había dicho una palabra sobre quién sería el promovido. Steven le había confiado el motivo mientras se disculpaba por la necesidad de mantenerlo en secreto aunque, él la había mencionado ante su padre como la mejor elección para ocupar el puesto.

Parecía que durante aquel fin de semana no se había decidido el asunto de la sucesión. Frazer no regresó a Nueva Zelanda para hacerse cargo, sino que fue a establecer una asesoría en ingeniería. De hecho, durante meses se resistió a las súplicas de Sir Clive de hacerse cargo de los negocios de la familia. Pero, decidido o no, Steven le había prometido a Sheena que renunciaría, y no estaba dispuesto a aceptar más demoras. Fue sólo la noche del sábado, después de la cena, reveló Steven, que Frazer, de repente y sin explicaciones, cambió de opinión.

—Sólo Dios sabe que fue lo que lo hizo cambiar —le confió Steven a Emma—. Frazer es un hueso duro de roer. No es lo que podría llamarse convencional en sus pensamientos y siempre ha disfrutado de la ingeniería... de hecho, sale a *hacer* las cosas más que sólo planearlas y encargar su ejecución a otros. Pero yo no iba a permitir que la oportunidad se me escurriera entre los dedos —Steven hizo un guiño antes de continuar—: Por suerte pude atraparlo aquella noche anterior para que no cambiara de opinión. ¿O sería él quien me atrapó a mí? Todo lo que recuerdo es que Sheena me corrió de la cama de un puntapié y tuve que dormir en el sillón...

—Siéntate —Sir Clive se puso de pie cuando Emma llegó hasta la mesa. Ella no tuvo otro remedio que sentarse donde le indicaba, entre los dos hombres. Se dio cuenta que Frazer no se levantó y le dedicó un frío movimiento de cabeza por todo saludo mientras el camarero se apresuraba a retirarle la silla.

—Pensé que estabas ofendida —le murmuró él.

—¿Perdón? —la voz de Emma salió fría para resaltar que nunca haría tal cosa.

—Si me ponía de pie ante tu femineidad, me imaginé que te sentirías ofendida ante tal gesto de desigualdad sexual. No pretendí ser grosero.

—Ni siquiera lo noté —respondió con el mismo tono de voz frío y despectivo. ¿Cómo se atrevía a leerle la mente? Frazer sonrió. Incluso sus dientes eran tan perfectos como los de un actor cinematográfico, fuertes, blancos y parejos. Probablemente postizos, pensó con acidez.

—Ordenemos, después hablaremos de negocios —Sir Clive ni siquiera miró el menú—. Yo comeré lo de siempre, Wallace —indicó al camarero—. Frazer, tú quieres un filete, ¿no es así? Después de tantos años de comida enlatada y cosas de maíz, será bueno para tus dientes hundirse en una carne *de verdad,* quizá un delicioso y saludable filete Kiwi. Término medio, Wallace.

—La mía término inglés —aclaró Frazer mientras el camarero empezaba a escribir la comanda.

—¿Emma? ¿Filete? —le preguntó Sir Clive invitándola a mostrar que era tan carnívora como cualquier hombre.

—Yo pediré un John Dory —respondió, negándose a la invitación.

No tenía necesidad de probarse a sí misma a través de su estómago.

Sir Clive abrió la carta de vinos.

—Supongo que el vino tinto no va con tu pescado.

—Ordene sólo para ustedes, Sir Clive. Yo tomaré agua fría. Tengo una reunión esta tarde y debo tener la cabeza despejada.

Sir Clive ordenó una botella de claret sin consultar a su hermano y después le dijo:

—Recuerdo que te pedí que dejaras de usar el "Sir".

—Así lo hizo —respondió Emma—. Pero, si lo recuerda, yo decliné el honor. No me haría sentir bien.

—Supongo que porque soy lo bastante mayor como para ser tu abuelo —dijo con aspereza.

—Por eso y por el hecho de que creo que *se merece* su título nobiliario —admitió, con calma, sabiendo que Sir Clive usaba su aspereza como patrón de comportamiento. Si podía intimidar, lo haría. Mostrarle indecisión equivalía a mostrarle un paño rojo a un toro—. Es también una forma de respeto a su posición con relación a la mía...

Sir Clive rió de buena gana y mostró admiración por la sutileza.

—¿Tratas de saber cómo cambiará tu posición? Lo siento, Emma, esa es una decisión que tendrá que tomar *todo* el consejo, y no tendremos otra reunión de trabajo hasta dentro de tres semanas.

Emma se esforzó por mantener oculto el hecho de que no lo creía. Todo el mundo sabía que el consejo *era* Sir Clive.

—¿Todo este estirado respeto significa que a mí te dirigirás como "señor Conway"? —murmuró el hombre a su izquierda.

—El respeto tiene que ganarse, *Frazer* —le respondió con dulzura mirándolo a los ojos por vez primera.

—Cuando yo obtenga mi título nobiliario, ¿me llamarás "Sir"? preguntó con mirada burlona.

—Entre otras cosas.

Era tanto el poder que tenía sobre sus sentidos, que Emma se olvidó momentáneamente de Sir Clive. Él reía entre dientes jugando con su habano. Emma contuvo el aliento mientras una nube de humo le pasaba por el rostro y deseó tener el valor de poder decirle que lo apagara. Pero la valentía tenía sus límites.

Frazer se inclinó sobre la mesa y le quitó de la mano a su hermano el ofensivo objeto, apagándolo.

—Ya sabes lo que dice Dot respecto a fumar en la mesa... eso sin mencionar que nos estás poniendo verdes.

—Tú también fumas como chimenea —dijo Sir Clive quejándose con petulancia mientras Frazer ordenaba con una seña que quitaran el cenicero de la mesa.

—Lo hacía, Clive, lo hacía. ¿No te has dado cuenta que ya lo dejé?

Estos días soy espantosamente saludable...

Mirándolo de reojo, Emma tuvo que admitir que su condición física era insuperable. Su traje gris claro y su camisa rosa le iban de maravilla, revelando su físico de primera. Lucía muy... varonil.

—Supongo que también querrás que cancele el vino —protestó Clive.

—No soy tan extremista. Ahora lo disfruto mucho más que cuando fumaba. De hecho, pensándolo bien, los recuerdos más perturbadores de mi vida se han creado después de unos tragos que han resquebrajado mis inhibiciones...

Miraba a Emma y ella supo que no padecía de amnesia en cuanto a la experiencia nocturna en la isla con Steven, Frazer recordaba todo, estaba escrito en aquellos ojos azules, muy azules. Emma sintió un estremecimiento recorriéndole el cuerpo y se esforzó por no dejarlo salir a la superficie. No quería recordar la forma en que sus labios acariciaron los suyos, la forma en que él los había probado, la sensación que le provocaron aquellos dedos moviéndose sobre su pecho...

—Pensé que no tenías ninguna —le dijo ella con severidad, tratando de recuperar las propias.

—¿Inhibiciones? —los ojos azules brillaron—. Tengo treinta y siete años, dulzura... cuando tengas mi edad, te darás cuenta del valor de los límites. Por supuesto, no negaré que he perdido una o dos inhibiciones en el camino, pero también he ganado algunas más, pero no en el terreno de la inmoralidad práctica. Clive atestiguará el hecho de que durante los cinco últimos años, he sido un modelo digno de alabanza de ciudadano inconstante.

No creerás que le permitiría hacerse cargo de mi compañía si no confiara en él —sin su habano, Sir Clive se veía forzado a señalar a Emma con un dedo—. Le confiaría mi vida. Demonios, claro que sí.

Y tiene las investigaciones de seguridad para probarlo —dijo Frazer con resequedad—. Tal como yo lo hice contigo.

Sir Clive explotó.

—¿Me hiciste investigar? ¡Vaya arrogancia! He sido un padre para ti. Te crié y te soné la nariz. ¿Por qué demonios desconfías de mí? Yo soy el responsable de todos esos jugosos dividendos que te han ayudado a hacer todas esas malditas construcciones. ¿Crees que trataría de perjudicarte? —su voz estaba llena de rabia y se ponía alarmantemente rojo.

—Cuidado con tu presión arterial, viejo —Frazer le hizo un guiño —, o tendrás que retirarte antes de lo que esperabas. No puedes culparme de querer saber si estabas ocultándome algo, ¿o sí? ¿Cuál fue tu pretexto?

El enrojecimiento de Sir Clive se suavizó un poco y empezó a reír.

—Pensé que estabas metido en algún lío, y que ese era el motivo por el cual querías regresar a casa. Has pasado todos estos años construyendo tu empresa y, de repente, decides venderla a tu socio y desaparecer. Pensé que él tendría algo contra ti.

—Pudiste habérmelo preguntado.

—Probablemente me hubieras respondido que me ocupara de mis propios asuntos. Nunca te ha gustado pedir ayuda.

—Nunca la he necesitado. Siempre se ha confiado en mi, Andrew me pagó un buen precio por mi parte de Freeman Conway.

—Lo sé —Sir Clive no podía ocultar su afecto—. Aunque sigo pensando que pudiste haberle sacado más beneficios. Mejor aún, pudiste… No habría sido malo evadir el capital estadounidense…

—Quizá podamos discutirlo después. Estoy seguro que estamos aburriendo a Emma —señaló Frazer cuando llegaron sus platillos.

Pero Emma estaba fascinada. Era otra panorámica de las complejas relaciones familiares de los Conway. Frazer parecía estar resignado, aunque divertido, de que Sir Clive hubiese invadido su intimidad. Parecía que los Conway disfrutaban de las manipulaciones maquiavélicas y no tenían reparo en mezclar los negocios con los motivos personales. Emma, que había pasado toda su vida profesional asegurándose de que los dos aspectos estuviesen perfectamente separados, se sintió como si tuviera los pies en arenas movedizas.

—La razón por la cual te pedí que vinieras, Emma —le indicó Sir Clive de pronto—, es que quiero que trabajes con Frazer durante las próximas semanas. Espero que le muestres todos los detalles.

—Pero creí que Steven…

—Oh, lo sé, Steven ha estado trabajando con él, pero su mente no está en el trabajo, sino en sus malditos muebles. Así que le dije que si quería marcharse, era mejor que lo hiciera ya. Todo lo que Frazer necesita es una guía temporal, alguien que sepa todos los ires y venires y quien pueda detenerlo, discretamente, de ponerse en ridículo ante alguna eventualidad…

—Gracias, Clive —protestó Frazer.

—Sabes a qué me refiero… no lo has hecho durante años. Un asesor, eso es lo que él necesita, y tú eres el hombre, Emma.

—Lo dijo como halago —aclaró Frazer con rostro duro.

—No necesito que me lo traduzcas, gracias —respondió Emma, confundida—. Pero, Sir Clive, tengo un departamento a mi cargo. No puedo dejarlo a un lado para actuar como nana…

Una mala cara.

—Frazer es ya un chico grande. No te estoy pidiendo que lo alimentes…

—Lástima —murmuró Frazer dejando caer la mirada hacia su senos y ella se indignó ante la burla.

Por fortuna, Sir Clive no pareció darse cuenta del intercambio.

—No te necesitará todo el tiempo...

—Esa es sólo una opinión...

—Si no puedes contribuir a la conversación con algo constructivo, Frazer, ¿te importaría guardar silencio? —le espetó Emma, explotando.

Frazer cruzó los brazos. Sus ojos se reían de ella...

—Sólo deberás estar a la mano si te necesita —siguió Sir Clive—. Habrá reuniones... contratos... con los cuales aún no está familiarizado Pero pronto estará al tanto. Mientras eso sucede, Shriver podrá sustituirte, Emma; es un joven muy competente, ¿no?

—Yo misma lo contraté —aclaró Emma.

—Bueno, entonces, ¿no crees que sea capaz de tomar las riendas unas cuantas horas al día?

Estaba atrapada. Si protestaba, Sir Clive pensaría que tenía miedo de delegar responsabilidades.

—Podrías considerarlo como una inversión —dijo Sir Clive con una mirada inocente—. No te estoy prometiendo nada, ya te lo dije, eso lo decidirá el consejo. Pero el hecho de que Frazer te haya pedido a ti, y no a ninguno de los otros, bien, eso te daría un punto extra...

Emma ignoró el chantaje.

—¿*Pediste* que fuera yo? —preguntó, suspicaz.

Frazer cortaba el último pedazo de su filete. Encogió los hombros.

—Me pareció una buena idea —murmuró como toda respuesta.

—¿Por qué?

—Ya te dije por qué —interrumpió Sir Clive—. Bueno, no puedo estar sentado aquí todo el día. No, no te des prisa, Emma... —le dijo mientras ella retiraba su plato vacío—, quédate aquí y ponte de acuerdo con Frazer —la instintiva protesta de Emma murió en sus labios—. Y no más falsas modestias, o empezaré a pensar que no tienes la suficiente seguridad en ti misma como para merecer la promoción...

—El miserable y viejo diablo nos ha dejado solos para que paguemos la cuenta —dijo Frazer cuando partió Sir Clive—. ¿Tienes tarjeta de crédito?

—¿Pretendes que pague *yo*? —por alguna razón, aunque tenía una tarjeta de crédito ilimitada de ConCorp, se sintió ofendida—. Tú fuiste el que organizó este numerito. *Paga tú.*

—¿Qué tal si vamos a medias?

—Esta no es una cita de amigos. Ponlo en tu cuenta de gastos.

—¿Cómo qué?

—Estoy segura de que pensarás en algo. Pareces ser muy... —buscó una palabra adecuada para señalar su suspicacia y eligió una de la cual se arrepintió al instante—, imaginativo.

Frazer bajó los ojos y sus labios se curvaron sensuales.

—Eso me han dicho —dijo con voz sedosa mientras ella suspiraba imaginándose quién y en qué circunstancias se lo habría dicho... ¡Tenía que refrenarse!

—Mira, si crees... si te imaginas... no creas que manipularme en esta posición te da derecho a... —su voz se debilitó cuando notó el extraño brillo en los ojos de Frazer que ahora apoyaba la espalda contra el respaldo de la silla.

—¿Cómo te atreves a tratarme así? —agregó, furiosa.

—¿Tratarte? ¿Cómo? —sus ojos hablaban de otra cosa.

—Como... la manera en que hablaste delante de tu... de Sir Clive. La manera en que me miras...

—¿Cómo si te encontrara demasiado excitante y deseable?

—Yo... sí... ¡no! —protestó entre dientes mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie de la oficina la estuviera escuchando.

—Pues sí, así te encuentro —respondió él jugando con el vino en su copa—. ¿Habrías preferido que fingiera que no te tomaba en cuenta?

—¡Sí! —si alguien pudiera escucharlos, se percataría de su confusión.

—¿Por qué? ¿Te avergüenzas de ser mujer?

—¡Por supuesto que no! —protestó—. Estoy orgullosa de ser mujer.

—Entonces, ¿por qué no actúas como si lo estuvieras?

—Estar orgullosa de ser mujer no significa que deba aceptar cualquier proposición indeseable de Perico de los Palotes...

—Estoy de acuerdo. El meollo del asunto radica en esa palabra, "indeseable" —le dijo con suavidad—. Alabo tu actitud honesta. Pero quizá seas una de esas mujeres que les gusta jugar a esquivarla los hombres, o peor, que tratan de negar que el sexo existe. Me niego a ignorar el hecho de que eres mujer, Emma. Si eso te parece una dificultad, lo siento, pero el problema es más tuyo que mío y debes enfrentarlo de la mejor manera posible. Ahora, respecto a nuestra agenda...

Con una facilidad que quitaba el aliento, cambió el tema dejando a Emma perturbada mientras hacía una lista de lo que esperaba mientras la invitaba a hacer lo mismo. La trataba exactamente como ella exigía que la trataran siempre, así que, ¿por qué de repente le era tan difícil responder con su calma profesional acostumbrada?

Durante los siguientes veinte minutos, recibió una lección sobre los peligros que representaba perder la objetividad. Sabía por supuesto, que era un ingeniero de éxito y su antagonismo se debilitó momentáneamente gracias a sus habilidades, Frazer Conway demostraba una desconcertante rapidez mental mientras planteaba sus

opiniones acerca de lo que había observado en tan poco tiempo en ConCorp. Sus aptitudes intelectuales tenían una habilidad de mando mucho mayor del que ella habría supuesto. Su mente era muy compleja y analítica. Se perturbó aun más al darse cuenta que, en ocasiones, le era difícil seguirle el pensamiento. Su orgullo era desafiado. El se las arreglaba para hacerla sentir sosa, tibia... ella, que era considerada una radical en Con-Corp por sus ideas vanguardistas. Su resentimiento, encadenado a aquella endemoniada presencia física, le hizo un nudo en el estómago.

La charla se alargó. Frazer convino que ella necesitaba un cierto número de horas para sí misma, pero dejó tan claro como un cristal, que, en caso de crisis, él tendría que ser su prioridad máxima.

—Si tienes problemas con la carga de trabajo, podemos redistribuirlo. Pero ten en mente que sólo será temporal...

El orgullo de Emma se hizo presente.

—Puedo hacerlo perfectamente, no necesito ayuda.

—Estoy seguro de que así será. He oído que eres eficiente, a pesar de tu rudeza.

—¿Sí? ¿Qué más has escuchado? —se preguntó cómo habrían logrado Edward o Charles encontrar tiempo para murmurar algo en su contra.

—Nada que contradiga lo que yo mismo sé.

—¿Y qué es lo que tu sabes? —su curiosidad alcanzaba el nivel máximo.

—Puedes leerlo en mi reporte al consejo —pidió la cuenta.

Esa actitud abierta, ese uso franco del lenguaje, esa masculinidad perturbadora... todo se combinaba para que cualquiera se sintiera un tonto a su lado. Pero Frazer Conway, empezaba a descubrir Emma, tenía todos los atributos de un témpano gigantesco. Lo que se veía era mucho menos sustancial que lo que había dentro.

Frazer notó su mirada.

—Y ahora, Emma, ¿quieres que actúe sin profesionalismo y te dé un punto extra sobre los demás, sólo porque quiero obtener tus favores?

—¡Claro que, no! —le espetó, negando que estuvo tentada a hacerlo.

-Difícil, ¿no?

—¿A qué te refieres? —cuando lo demás fallaba, había que jugar a la rubia tonta.

—A tratar de resistirse a la tensión macho-hembra existente entre nosotros. No tienes por qué luchar tanto, Emma. No tengo ningún problema con la idea de combinar el trabajo con el placer...

—No eres mujer. Es siempre la mujer la que resulta despedida —dijo Emma con rigidez viendo repentinamente una manera de

deshacerse de él—. Sin embargo, me alegra que pienses así. Porque Marc Fletcher y yo... bueno, tenemos que ver... —sonrió tímida mientras se inspeccionaba las uñas y sin darse cuenta que jugar a la timidez era lo último que debió hacer, Frazer no tendría la menor duda de que era verdad. Supo por instinto, desde la primera vez que se vieron, que en ella había una mujer apasionada capaz de superar los límites de los convencionalismos si éstos se interponían con sus poderosas necesidades.

—En la isla te esforzaste por asegurarme que sólo eran jefa y empleado —le dijo Frazer envolviendo su tarjeta de crédito en la cuenta que el camarero le presentó.

—Es que... aún no había sucedido... nos dimos cuenta que nosotros... que nosotros estábamos...

—¿Hechos uno para el otro? ¿Compatibles? Confío no haber sido yo quien dio a mi rival el ímpetu para confesarte sus deseos secretos. Odiaría sentir que mi reacción lo haya empujado a tus brazos, de rebote...

—¿Que *demonios* pretendes decir?

—Tu amante. Al principio pensé que me tenía... afecto —ahora fue el turno de Frazer de inspeccionarse las uñas mientras ella se quedaba mirándolo. Por supuesto no se refería a... *¿Marc?—*. Yo habría pensado que, en estos días, él se sentiría moralmente obligado a informarte de los riesgos de involucrarse con... con una pareja... cambiante.

—¿Estás diciendo que Marc te hizo una proposición? —no podía creerlo.

—La discreción me prohíbe decir...

—¡Mentira! ¡Estás mintiendo! ¡Marc jamás haría una cosa así! —declaró Emma con salvajismo esperando que fuera verdad. Si Marc lo *hizo,* lo mataría, ¡Lo *mataría*!

—Un hombre no siempre puede controlar sus inclinaciones...

—¡No estoy hablando de eso! Lo que menos me preocupa son sus preferencias sexuales —su impaciencia era devastadora—. Lo que quiero decir es que Marc jamás comprometería mi ascenso por el bien de... de... Oh, ¡esto es ridículo! —su sentido común le recordó su propensión a provocarla—. Marc *no* es homosexual.

—Yo no dije que lo fuera...

—Entonces, bisexual. No lo creo. Tiene toneladas de novias...

—Pero nunca te ha propuesto nada a *ti*.

—Eso no prueba nada —protestó con calor, considerando que pisaba terreno más firme—. El hecho de que no se sienta atraído por mí no significa que no se sienta atraído hacia las mujeres. De hecho, él y Trudy están... —se detuvo abruptamente y se lo quedó mirando.

—Oh, cariño —Frazer puso expresión de pena—. Pobre Emma.

Atrapada en el rincón solitario de un triángulo amoroso.... eres...

—¡Oh, cállate! Fue una mentira, ¿no es así? ¡Marc nunca te hizo ninguna proposición! —había caído en su trampa.

—Eres demasiado ingenua, Emma —confirmó con una mueca—. Pensé que tu mentira merecía otra en respuesta. Me di cuenta que Marc y Trudy asumían actitudes muy íntimas y dudé que tu orgullo te permitiría aceptar que un amante te fuera tan abiertamente infiel. Pero debo admitir que nunca esperé que cayeras tan profundo.

—Si no era Fletcher quien estaba en tu habitación la otra noche, en la isla, ¿quién era? —continuó.

El flujo de sus palabras fue tan suave, que Emma abrió la boca para contestar antes de que se diera cuenta que se trataba de otra trampa. Le dedicó una mirada iracunda y permaneció en silencio pero éste sólo duró lo mismo que la paciencia de Frazer.

—Me alegra ver que cumples tus promesas, Emma —le dijo con suavidad—. La integridad de mis ejecutivos es muy importante para mí...

Emma se mordió la lengua negándose a continuar por el camino que él la conducía.

—Te gratificará saber que tienes los votos de la liga menor del clan Conway firmemente a tu favor. La mejor fiesta de media noche que ha tenido la pandilla en años, según entiendo.

Emma cerró los ojos. ¡Alguien había abierto la boca!

—¿Perdón?

—El hijo de Miriam. Miriam cree que él está pasando por su primer enamoramiento. En la escuela escribió un ensayo sobre ti. Con el cual consiguió la más alta calificación. El primer diez que saca en su vida. La familia está extasiada.

Emma volvió a cerrar los ojos.

—Oh, Dios... —suspiró.

—Y la parte cuando te colocaste la manta de lana sobre la espalda y te enredaste el cabello a manera de unicornio para representar al Horroroso Horacio... Con razón me pareciste extraña, cuando abriste la puerta —se inclinó sobre la mesa para murmurarle al oído—: Me temo que George te ha incrustado de buena fe el calificativo de *querida.* Miriam cree que ya sabe lo más gracioso del asunto, pero yo mantuve una charla con el chico, sólo para familiarizarlo con las leyes referentes a la difamación, tú sabes, pero él jura que todo eso pasó. Y, es gracioso, los demás testigos confirmaron su historia.

Emma se sobresaltó, iracunda al saber que él estuvo interrogando a los niños.

—Miriam dice que te pedirá que vayas a cenar una de estas noches, ¿Harás parecer como un mentiroso al niño, Emma, sólo para preservar tu imagen rígida de *robot* corporativo? Estoy seguro de que

no podrás romper el corazón de un hombre joven... eso sin mencionar sus sueños...

—Por supuesto que no lo haría —respondió de mala gana ansiando que el ensayo no hubiese llegado a manos de Sir Clive—. George es un niño muy agradable...

—Yo no hablaba de George, hablaba de mí.

Emma se quedó mirando, estupefacta, a aquellos ojos azules.

—No sólo te gustan los niños, Emma, sino que los *amas, y* ellos también te aman. No es un esfuerzo consciente, es sólo una extensión de tu naturaleza. Ellos sienten que no vas a juzgarlos o a ser condescendiente con ellos, los dejas ser como son y eso es algo que los adultos casi nunca hacen. Lo que no entiendo es por qué te esfuerzas tanto por fingir lo contrario. ¿A qué le temes? O, mejor, ¿quién te hace temer?

—¿Terminamos ya nuestra discusión de negocios? Si es así, tengo cosas que hacer. Cosas mucho más importantes que sentarme aquí a escuchar tu psicoanálisis de aficionado. Nuestra relación es puramente profesional. Puedes disfrutar mezclando los negocios con el placer, pero yo creo que es fatal.

Y con ese anuncio se puso de pie.

—Eso es muy admirable, Emma, pero creo que te darás cuenta que es irreal dadas las circunstancias.

—¿Cuáles circunstancias?

—Yo —se puso de pie—. Estoy muy interesado en ti, Emma, de una manera personal, y creo que el sentimiento es mutuo porque de otra manera, no habrías involucrado a Fletcher. En la oficina aceptaré tus reglas de limitarme estrictamente a los negocios. Pero fuera de allí, me reservo el derecho a sacar el mejor provecho de mis oportunidades.

—Que lo disfrutes. Sólo que no esperes que eso te lleve a alguna parte —asentó Emma, sin poder evitar el temblor de su voz.

—Persistencia es el nombre del juego —el sonrió—. Hay un viejo dicho que aprendí en alguno de mis viajes: "Las mujeres, algunas veces, perdonan a aquellos que fuerzan una oportunidad... pero nunca a aquellos que la desperdician". Puedes tener muchas municiones, dulzura, ¡pero te darás cuenta de que yo tengo todas las armas grandes!

CAPITULO 5

EMMA, aquí tengo a un joven caballero preguntando por ti. Impaciente, Emma oprimió el botón de su intercomunicador mientras revisaba la agenda de citas.

—¿El señor Grayson? Dile que pase.

—Bueno, no, Grayson aún no está aquí.

—Sabes que no puedo atender a nadie sin cita, Marc. Es imposible —le sorprendió incluso que Marc tomara esa actitud y, además, por el intercomunicador, que permitía que el visitante escuchara la conversación. Sabía que sus ausencias de la oficina durante los pasados días colocaron a Marc bajo presión adicional, pero ya con anterioridad él se había enfrentado a mayores crisis que ponían a prueba a su habilidad.

—Creo que en este caso tendrás que hacer una excepción. Es de la familia...

La nota divertida en la voz de Marc le dijo que aquello no se trataba de algo estrictamente de negocios. ¿Sería uno de sus hermanos? Ellos casi nunca viajaban a Auckland, y cuando lo hacían, siempre la visitaban en su casa, nunca en la oficina, pero no conocía a ningún otro familiar masculino quien pudiera aparecerse sin cita.

Emma suspiró. Hermano o no, tendría que esperar su turno si lo que quería era más de cinco minutos de su atención. Las pocas horas para sí que negoció con Frazer, estaban totalmente ocupadas. Creía saber todo lo necesario acerca de ConCorp, pero sólo le tomó un par de días con Frazer para descubrir lo contrario. Odiaba que le preguntara algo que ella ignoraba. La hacía sentir inadecuada, aunque él nunca sugería que pensara que fuera otra cosa que eficiente. Por eso era que dedicaba sus ratos libres a revisar los archivos y ponerse al día aunque no cayeran dentro de su jurisdicción. Por lo menos, eso le permitía alejarse del camino por donde transitaba Edward. Él estaba furioso de que la hubiesen asignado como consejera de Frazer y le dificultaba las labores lo más que podía. Hasta entonces, Emma había logrado mantener a raya su temperamento, pero tarde o temprano sabía que explotaría. Y antes que lo hiciera, quería consolidar su posición ante Frazer.

¿Consolidar su posición? Debía tomarse un tiempo para considerar la pregunta. La semana anterior resultó tensa e insatisfactoria. Tuvo que enfrentarse con la arrogante presunción de Frazer de que ella tendría que estar disponible a cada momento. Emma intentó pensar en todo tipo de golpes a su ego masculino, pero él no le dio oportunidad de practicar ninguno. La chica empezaba a creer que el

comportamiento de Frazer era alguna clase de maldición ejecutiva, una típica maniobra maquiavélica estilo Conway para probar su temperamento. Debía estar complacida de haber aprobado airosa el examen, pero en lugar de hacerlo, se sentía frustrada. Ansiaba encontrar un par de pretextos.

Se abrió la puerta de la oficina y ella empezó a ponerse de pie, fingiendo una sonrisa. Si permitía que su hermano viera que estaba menos que extasiada, lo tomaría como una configuración de lo que todos en Tirau sabían desde el día en que ella subió al autobús que la conduciría a la universidad: Emma nunca sería feliz en la gran ciudad. No pertenecía a ese lugar. Un día, cuando hiciera realidad sus sueños profesionales y se diera cuenta de cuál era el sitio al que realmente pertenecía, regresaría a casa y continuaría con su vida real.

Pero la figura en la puerta no era la de un granjero de uno noventa de altura. Ni siquiera medía uno veinte.

—Hola, "sssseño" Rainer —con las manos en la espalda, el niño cerró la puerta con cuidado y avanzó, decidido, hacia el escritorio. Sabía que era un niño porque usaba traje, de otra manera, su belleza la habría hecho pensar que se trataba de una niña. ¡Un niño vestido de traje cuando apenas y rebasaba la altura de su escritorio!

—Hola —devolvió el saludo sentándose en su sillón ejecutivo tras el escritorio. El niño lucía como el perfecto mini-ejecutivo. Emma luchó por controlar su sonrisa porque sabía que él se sentiría herido en su dignidad. La voz de Emma resultó cálida y natural a pesar de que había invertido sus últimos años tratando de refinarla hasta convertirla en una voz fría y autoritaria—. Supongo que ha venido a solicitar trabajo, jovencito. ¿Qué tipo de conocimientos tiene?

—Le traje esto, "sssseño" Rainer —le presentó un ramo de violetas que colocó sobre el escritorio.

—Oh —se sintió realmente halagada. Se trataba de violetas africanas que, con toda seguridad, pertenecían al enorme y cuidado jardín que era el orgullo y delicia de su madre. Las violetas, además, eran las flores favoritas de Emma.

—Espero que le gusten, "sssseño" Rainer.

—¿Hay una abeja por aquí? —Emma miró a su alrededor.

El niño rió. No fue una risa infantil, sino una carcajada. Emma lo miró con las cejas levantadas. ¿A quién le recordaba ese chico?

—A algunas mujeres no les gusta que las llamen señora o señorita,

Emma lo miró con aprobación. Quien fuera que lo estuviese educando, hacía muy bien su trabajo. Alguien lo había enseñado a decir "mujeres" en lugar de "damas" o "chicas", una buena distinción para que alguien tan joven lo entendiera, sin embargo, su respuesta fue automática.

—Bien, no estoy casada, y no me importa que la gente me llame

señorita, pero tú puedes llamarme Emma —le dijo—. ¿Cómo debo llamarte?

Imaginó su respuesta tomando en cuenta el traje y su comportamiento impecable, pero, en lugar de adoptar una actitud pomposa, el chico respondió:

—Tommy.

—Bien, Tom —pensó que ese apelativo le iba mejor que el otro tan infantil—. Me encantan las violetas —se acarició las mejillas con los pétalos—. Son pequeñas, dulces y adorables —no pudo resistir el añadir en broma—: Como tú.

El no se ruborizó pero sus ojos azules se oscurecieron.

—Los chicos no pueden ser hermosos —anotó con serenidad y con un ligero movimiento de labios que denotó su autoridad masculina.

Oh, oh, su educadora feminista había cometido un error allí.

—Quise decir bien parecido. Si lo quieres, el trabajo es tuyo. Cualquier hombre que lleve flores a una entrevista de trabajo tiene algo a su favor, aunque sea un sobornador imberbe.

—No quiero un empleo. No tengo edad suficiente para trabajar. ¿Qué es sobornador?

Se preguntó si no sería peligroso añadir aquel término a su vocabulario.

—¿Cuántos años tienes, Tom?

—Cinco —la miró con timidez, para ver cómo lo tomaba. El escepticismo de Emma hizo que se acercara más a la verdad—. *Casi* cinco. La mayoría de la gente cree que tengo cinco porque soy "pre-coso". Eso significa listo —no había falsa modestia en su aseveración. ¿A quién le recordaba?

—Sobornar es cuando le ofreces algo a alguien a cambio de que ese alguien haga lo que *tú* quieres —sonó demasiado sencillo—. Casi siempre se trata de algo ilegal o deshonesto.

—Como chantaje —la cabeza rizada se movió en señal de entendimiento—. Es cuando haces que alguien haga lo que no quiere hacer. Como cuando le quitas los juguetes a alguien y lo amenazas con que le dirás a su papi que mojó al gato.

—¿Cómo puedes mojar a un gato? —preguntó intrigada.

—Poniéndolo en la fuente. Pero podía tocar el fondo sin que el agua lo cubriera —añadió con rapidez al notar la expresión desaprobadora—. Y, de cualquier forma, él quería que lo metiera para comerse un pez —su voz se elevó en una imitación inconsciente de alguien con autoridad máxima—. Era necesario que alguien le diera una lección.

—Mmm —allí había un toque de incipiente autocracia—. Bien, Tom, eres muy amable por visitarme. Pero tengo mucho trabajo pendiente...

—Lo sé. Eres una mujer *muy* ocupada.

Por un instante Emma pensó que el niño era sarcástico, pero después le pareció ridículo hasta suponerlo. Un niño de cuatro años era incapaz de ser sarcástico. Desde el fondo de su cerebro le llegó una señal. Frunció el ceño.

—¿A qué viniste, Tom?

—A ver si puedes ayudarme a encontrar un hogar.

—¿Perdón? —Emma parpadeó.

—Un lugar donde vivir.

—¿No tienes hogar? —le preguntó, sorprendida.

—No. Y quiero uno grande. Con jardín y piscina —los enormes ojos azules se la quedaron mirando, expectantes, como si Emma fuera capaz de sacar un hogar como ese de uno de los cajones del escritorio. La idea de tener que desilusionarlo, le resultó desagradable.

—¿Por qué crees que puedo ayudarte?

Su respuesta fue una sonrisa. Hermosa, adorable… y practicada. Se quitó un rizo rubio de la frente y apoyó un codo sobre el escritorio mientras se detenía el rostro en una mano y daba golpecitos rítmicos con un pie sobre el otro, en lo que bien podía ser la parodia más sensual que Emma hubiera visto. Tuvo que reprimir la carcajada mientras observó que, con la mano desocupada, jugaba con el ramo de violetas como si tratara de recordarle que él se las llevó. Lo miró a los ojos. Con la mirada, el niño le preguntó cómo podría resistirse a una personalidad de tiburón. ¡Un tiburón en miniatura vestido de traje!

Emma estaba encantada. Le hizo un guiño y el niño se lo devolvió. Como todos los hombres de su tipo, él tenía una confianza excesiva. Al final la convencería… ¡Dios! De repente supo a quién le recordaba.

—Tom… ¿cuál es tu nombre *completo!*

—Thomas Clive Conway.

—Mi hijo —el orgullo cálido y grave en la voz profunda resultó una conmoción. Emma ni siquiera había notado que la puerta fue abierta.

¡Demonios!, Fue su primera reacción mientras se ponía de pie, sobresaltada. Ella le respondió con naturalidad al niño, sería cruel adoptar ahora una actitud fría.

¡Está casado!, Fue su segunda reacción.

—¿Tu *hijo!* —una nota de amargura se hizo presente en su voz cuando se quedó mirando a Frazer acusadora. Ni en mil años se habría imaginado que estuviera casado. ¡Y con un niño! ¿Cómo se atrevía a perturbarla?—. ¿Tom es *tu* hijo sólo —le preguntó para asegurarse de que su rabia estaba justificada.

—De mis pecados —se llevó una mano al corazón.

—Apuesto a que tienes muchos —le dijo con acritud.

—Creo que Emma está demasiado ocupada como para ayudarnos a

buscar casa —intervino Tom poniéndose de pie y alisándose el traje mientras caminaba hacia su padre. Sus trajes combinaban, notó Emma con incredulidad. ¡Padre e hijo vestían igual!

—¿Se lo pediste con la suficiente propiedad? —preguntó Frazer.

—Creo que no se lo *pedí por favor* —Tom frunció el ceño—, pero quise hacerlo. Como Emma tampoco dijo gracias por las flores, pero yo sé que quiso hacerlo. Sus ojos brillaron y su cara se puso color de rosa. Tampoco me abrazó —añadió con un destello de satisfacción.

Emma simpatizaba con el hijo, aunque no con el padre.

—Tú lo mandaste aquí —lo acusó.

—Él quiso venir. Quería conocerte.

—¿Y qué me dices de tu esposa? ¿También ella quiere conocerme? —preguntó con fingida dulzura.

—Desearía que pudiera hacerlo. Murió hace cuatro años en un accidente aéreo. Tom ha estado con mi cuñado durante las últimas semanas mientras yo arreglo las cosas aquí. Andrew lo trajo antes de ir de viaje.

—Yo... lo siento —avergonzada, miró al niño—. Lo siento mucho, Tom.

—Está bien, Emma —suspiró—. Si yo tuviera una madre, no necesitaríamos que nadie nos ayudara a buscar casa.

Emma devolvió la mirada de Frazer. Él estaba esperando, sonriendo.

—No está tan afectado, Emma. Para él, Sally es sólo la fotografía de una mujer hermosa y un recuerdo muy, muy vago. Y tiene razón. Si ella estuviera aquí, no permitiría que yo, mucho menos otra persona, buscara la casa en la que vivirá —la miró con bondad—. Mucho menos a una mujer como tú. Amé a mi esposa, pero he tenido cuatro años muy intensos... —sus ojos se entristecieron—, tratando de superar la pérdida.

Emma no supo cómo tomar aquellas palabras. O casi, pero se negó a admitirlo. ¿Qué habría querido decir con "una mujer como tú"?

—Elegir casa es algo muy personal. Estoy segura de que no te gustaría que un extraña te la buscara.

—Para mí no eres extraña, y confío en tu buen gusto —miró su vestido cuyo cuello y puños de encaje contrastaban con el color de su tela.

—No tendría tiempo...

—No tenemos prisa, ¿o sí, Tommy? Hay suficientes habitaciones en casa de Dot y Clive, pero me gustaría que estuviéramos instalados antes que Tommy empiece a ir a la escuela. Eso nos da un par de meses más. No tienes que sentirte presionada, Emma. Lo tomaremos con tanta calma como quieras... con tanta calma como *yo* pueda soportar...

Emma colocó las manos sobre el escritorio, y apretó los labios. *No* se involucraría en eso. Tom levantó el rostro para mirar a su padre y la enorme mano paterna se posó protectora, sobre el hombro del niño. A pesar de su ropa sofisticada, a pesar de que sabía que Frazer Conway era un hombre rico y poderoso, había algo vulnerable en aquella imagen padre-hijo. Los dos contra un mundo cruel y despreocupado. Emma sintió un repentino anhelo de protegerlos. Aquellos dos necesitaban protección como... ¡como ella necesitaba sentar cabeza con un granjero y tener hijos!

—Lo siento —dijo ella con firmeza—. Ya que esta situación nada tiene que ver con los negocios de la compañía, no veo por qué involúcrame en el asunto. Un buen corredor de bienes raíces es lo que necesitas...

—¿Estás sugiriendo que un *extraño* lo haría mejor? —Frazer levantó una ceja, divertido.

—Bueno, yo... —Emma apretó los dientes.

—¿No quieres ayudarnos, Emma? —preguntó Tom con curiosidad.

Emma se las había arreglado durante años para deshacerse de las exigencias de los niños. ¿Por qué ahora se ablandaba? Sabía que era manipulada.

—Creo que Emma nos tiene miedo, capitán —le respondió el padre.

—¿Miedo? ¿*Emma*?—Tom parecía perturbado, como si su padre, de repente, hubiese sugerido que la Mujer Maravilla pudiera ser un fraude. ¿Qué demonios le habría dicho Frazer al niño?—. ¿Por qué nos tiene miedo?

—Ella te lo explicará. Dile por qué temes sucumbir a nuestro encanto fatal, Emma.

—¡No digas tonterías! ¡Por supuesto que no tengo miedo! —reaccionó mal ante la provocación deliberada.

—Tú eres la que dices tonterías, Emma. No te pasará nada si pasas algunas horas en mi compañía. ¿Y si prometo que Tommy estará siempre con nosotros? Después de todo, él también debe opinar. ¿Qué podría suceder si llevamos un acompañante de cuatro años de edad?

Exactamente lo que sucedía en ese momento. Los ojos de Frazer, la suave sonrisa y el tono meloso, le decían cosas que ni siquiera un niño precoz podría entender.

—Seguramente Lady Conway...

—Dot es un encanto, pero no coincidimos en cuestiones de arquitectura —Frazer empezó a rodear el escritorio—. Mi familia es bien intencionada, pero se inclinan a interferir y no he regresado para renunciar a mi independencia. Te necesitamos, Emma. ¿Crees que no me habría tragado mi orgullo o viniendo aquí y suplicarle a una mujer que sé que sentiría gran placer en despreciarme, si no se tratara de un

asunto que tiene gran importancia para mí? Tom ha vivido toda su vida en Estados Unidos, sufrirá una conmoción cultural, tiene que adaptarse a su nuevo ambiente, hacer nuevos amigos y enfrentar la curiosidad de la familia. Además, tendrá que enfrentar la escuela...

—Deja de tratar de convencerme de que eres un hombre indefenso —le dijo, temblorosa y en voz tan queda, que el niño no pudiera escucharla—. Recuerda que te he visto en acción. Si eres capaz de llevar las riendas de una compañía como ConCorp, puedes organizar tu casa...

—Ah, pero no seria capaz de manejar la empresa sin la ayuda de un equipo de asistentes experimentados, como tú. Y sé que puedo confiar en ti, Emma. Cualquier cosa que te prepongas, la realizas. Y, por la menos, puedo confiar en que no te aprovecharás de la situación. Algunas mujeres que conozco... no tú, por supuesto... se aprovecharían y supondrían que se trata de una invitación abierta, que estoy a la búsqueda de nueva esposa tanto como de casa nueva, y usarían la oportunidad para tratar de mostrarme lo maravillosas amas de casa que son...

Emma sonrió con sarcasmo mientras él continuaba.

—Pero tú no caerías en la trampa, Emma. Después de todo, sabes que soy un libertino. Tienes experiencia de primera mano. Es sorprendente que me haya casado, y más que haya sido feliz. Si te aseguro que no alimento ninguna mala intención hacia ti, y que podrás seguir desconfiando de mí y sintiendo que no te agrado, ¿eso te haría sentir mejor?

Emma sintió que caía por tercera vez. Frazer deshacía sus objeciones, haciéndola parecer mezquina. Mientras mantuviera su fortaleza y esperara lo peor de él, estaría segura. Le buscaría una casa con su eficiencia característica y se liberaría del asunto en una semana. Además, ¿por qué no darle a Edward un nuevo motivo de rabia?

—Creo que puedo disponer de algún tiempo para...

—¡Perfecto! Podemos empezar este sábado. Tengo una lista preliminar que me proporcionó una agencia de bienes raíces —Frazer estaba complacido.

—Esperaba tener tiempo para hacer el aseo en mi casa esta semana... —debía dejarle claro que no estaba dispuesta a que dispusiera de todo su tiempo.

—De acuerdo —dijo Frazer con suavidad—. Tommy y yo podemos ir a ayudarte para que así tengas más tiempo para nosotros. Lo haremos en un abrir y cerrar de ojos.

—Quizá deje pendiente el aseo para el domingo —se apresuró a decir Emma. Lo último que quería era que Frazer metiera la nariz en sus cosas. El hogar era un santuario. No permitiría una influencia

insidiosa en su vida privada tal y como parecía tenerla en la oficina.

Él le hizo un guiño y ella sintió la necesidad de darle un puntapié en las espinillas. Estaba muy equivocado si esperaba más de ella.

¡Tendría mucho que aprender acerca de Emma Rainer!

—Vamos a la iglesia los domingos, con la tía y el tío —señaló Tom rompiendo el pesado silencio.

—¿De verdad? —alcanzó a decir Emma desconcertada, tratando de imaginarse a Frazer en una iglesia.

—Hay que poner el ejemplo —aclaró mientras el brillo de sus ojos hacía que Emma volviera a sentirse perturbada—. ¿Y dónde, un pecador como yo, podría tener una bienvenida más cálida?

Una pequeña llama en los ojos de Emma dio a Frazer la pista de lo que ella pensaba, pero la respuesta de la chica, censurada en beneficio del niño, fue interrumpida por la voz de Marc por el intercomunicador.

—Emma, el señor Grayson está aquí.

—Mi cita de las once —dijo con alivio, pidiéndole a Marc que le dijera a Grayson que esperara un momento.

—Bien, supongo que Tom y yo debemos marcharnos —Frazer revolvió el cabello de su hijo—. Le mostraré el edificio y después lo llevaré a comer. ¿Tendrás tiempo para acompañarnos, Emma?

—¡No!

—Ah —se hizo un pequeño silencio y Emma se aclaró la garganta buscando un tema neutral y cortés para despedirlos.

—¿Dónde te llevará papá, Tom? A algún lugar impresionante, si tomamos en cuenta lo bien que luces con ese traje —no pudo resistir la tentación de ver el original de mayor tamaño. Para su sorpresa, Frazer se encogió de hombros con algo parecido a la timidez.

—Él quería verse como yo —le murmuró con una actitud que más que agresiva parecía defensiva—, ¿Por qué no darle gusto? Puedo pagarlo —con los ojos la advirtió de no hacer un comentario desagradable.

—Los dos lucen muy bien —señaló Emma decidida a no mostrarle lo encantador que lo encontraba en ese momento—. La corbata es preciosa.

—Vamos a un restaurante donde sirven hamburguesas y filetes.

—Déjame adivinar, el filete es para ti y la hamburguesa para tu papi —bromeó Emma curvando su boca en una gran y tierna sonrisa que sólo unos cuantos de sus colegas habían visto.

—¿Cómo supiste que a papá le gustan las hamburguesas? —Tom estaba sorprendido y Emma tuvo que reír.

Frazer se sintió un poco celoso de que su hijo pudiera hacerla reír con tanta facilidad, cuando él sólo obtenía un gesto de frialdad de ella.

—Es tan sofisticado que algunas veces me aterroriza —señaló el

padre—. La próxima vez me quitará a la novia.

—Ya lo hace —dijo Emma con sequedad, tomándole una mano al niño y acompañándolo hasta la puerta—. Me encantó conocerte, Tom. Espero volver a verte el sábado —extraño, pero era cierto. Frazer Conway ya había adivinado el motivo de su inquietud con los niños, así que no tenía objeto fingir con su hijo—. Además, por lo menos, el niño no era una amenaza para su paz mental. Era el padre, no el hijo, del que tenía que cuidarse.

—Tienes una oficina muy linda —dijo el pequeño—. Quizá pueda venir en otra ocasión… cuando no estés ocupada.

—Quizá sí —concedió ella.

—No me gustaría ser una molestia —su cortesía era más que mera formalidad y contrastaba con la ansiedad que normalmente mostraban los niños. Emma estaba sorprendida. De repente, se inquietó aun más al considerar que Tom difícilmente podría recordar a su madre, pero debía percibir que había algo incompleto en su pequeño mundo. Impulsiva, Emma se puso en cuclillas y le tomó su pequeño rostro.

—Los amigos nunca son una molestia —le dijo con suavidad—. Pueden ser irritantes o aburridos algunas veces, pero nunca una molestia. Un amigo que te necesita, es un amigo de verdad.

—¿Qué significa eso?

—Significa que si me necesitas, siempre tendré tiempo para ti.

—¿Porque somos amigos? —sus ojos se iluminaron.

—Amigos —le confirmó volviendo a ponerse de pie—. Ahora, márchate, amigo, tengo trabajo pendiente.

—¡De acuerdo! —con una exuberancia que traspasó los confines de su pulcra apariencia, Tom salió por la puerta satisfecho.

—Esa es una promesa muy difícil de cumplirle a un niño. Espero que nunca lo decepciones —le dijo Frazer tratando de ocultar la emoción que sentía. Emma no se dio cuenta, pero fue ese regalo impulsivo de sí misma hacia su hijo, lo que sellaba su destino.

—Por supuesto que, no —Emma levantó la barbilla. Era demasiado tarde para arrepentirse.

—Me alegro —ahora estaba muy cerca de ella pero su orgullo le impidió dar un paso atrás—, porque amo a ese niño. Es mi corazón y mi alma, y lo que lo hiere a él, me hiere a mí —levantó una mano y con un dedo recorrió la línea de la mandíbula de Emma—. Lo que es parte de él, es parte de mí. Esa promesa me hace tu amigo también, Emma. Y yo tomo con *mucha* seriedad las exigencias y las responsabilidades de la amistad.

La presión de aquel dedo hizo que levantara el rostro y él se inclinó para besarla.

Frazer sabía diferente. Esta vez no a alcohol, sólo a esencia masculina pura. Un brazo fue hasta su cintura, envolviéndola,

atrayéndola mientras su boca la exploraba y ella se conmocionaba ante su carencia de resistencia. El erótico movimiento de su lengua estaba calculado para estremecerla de pies a cabeza. Emma trató de deshacerse del contacto y se sorprendió de la fortaleza con la que él se lo impidió. Sintió el hambre de Frazer a través de los dedos que le recorrían la espalda, el latido de su corazón contra sus senos, los músculos duros de sus muslos contra la estrechez de su falda que le impedía separarle las piernas.

—Frazer, no... no puedes hacer esto —logró decir cuando su boca se separó de la suya para posarse sobre su garganta—. En mi oficina no, ¡por todos los cielos!

—Me alegra que lo hayas dicho —señaló tensando los brazos mientras intentaba recuperar el control. Ella lo había excitado, pero hasta entonces, Frazer no se había dado cuenta de lo vulnerable que lo hacía. Con un suspiro, la separó de él, tratando de ignorar la provocación de aquella boca grande, hermosa, besable. La débil protesta de Emma logró hacerlo sentir, le dio el placer de saber que tenía el poder de robar ese cerebro inteligente, traspasar su lógica para convertirla en una mujer apasionada.

—Lo siento, dulzura, estaba fuera de mis cabales —le dijo con voz ronca, con el sabor dulce de sus labios aún en su boca—. La próxima vez, ¿qué tal si ejercitamos un poco tu prerrogativa...?

—*¿Mi...?* —¿estaba acusándola a *ella* de tener control sobre la situación?—. ¡No tengo nada que ver con eso!

—¿No? No me excité yo solo —le dijo con seguridad—. Tuve un poco de ayuda. No tenías por qué responder a mi beso. Eres perfectamente capaz de lograr lo que deseas. Pudiste haberme clavado tus letales tacones en los pies, incluso pudiste haberme mordido. Si de *verdad* hubieras querido detenerme, lo habrías hecho. Puedo estar loco por ti, pero no soy un animal. Estoy excitado por tu respuesta, no por tu resistencia.

Él tenía razón, por supuesto. Era tonto excusarse aduciendo su mayor fortaleza física. Sus esfuerzos por separarse habían sido menos que convincentes. Sintió curiosidad *y* la satisfizo muy bien.

Abrió la boca para decir algo pero sólo consiguió ruborizarse, en especial cuando vio, sobre el hombro de Frazer, las muy interesadas y sorprendidas caras de su asistente y del hombre con quien tenía su siguiente cita. La puerta abierta les brindó una vista espectacular.

—Sal de mi oficina —le ordenó con ferocidad, y esta vez logró ser convincente.

—Sí, señorita —Frazer salió recogiendo a su hijo en el camino, ignorando a los otros dos.

Emma los vio marcharse, preguntándose cómo iba a persuadir a Stuart Grayson de que mantuviera la boca cerrada. El trabajaba para

una firma de abogados de Auckland, que llevaba algunos de los casos de ConCorp.

De alguna manera tendría que hacer que ese beso fuera asunto de privilegio entre cliente-abogado. Eso, o aceptar una cita para salir con él. Stuart había estado insistiendo durante meses... Emma sospechaba que era alguna especie de apuesta. Y el brillo triunfante en sus ojos de chantajista le daba la razón.

CAPITULO 6

LOS techos son demasiado altos.

Si Emma hubiese sido del tipo de mujer que diera puntapiés en el suelo, lo habría hecho. Pero se limitó a cruzar los brazos.

—No hay nada malo en los techos, ni en la casa —anotó ella—. La casa que estás buscando, la perfecta, no existe. Tendrás que conformarte con lo que puedas conseguir.

—Estoy seguro de que puedo conseguir algo mejor que esto —Frazer se inclinó sobre la pared, le dio un golpecito y escuchó el sonido.

—No me lo digas: humedad —dijo Emma con sarcasmo.

—Mala acústica. Si toses en la habitación, se escucha en la cocina.

—Entonces tendrás que cuidarte de no pescar un resfriado —dudaba que lo que él hubiese querido decir era toser. A lo que le temía era a que Tom escuchara sus encuentros pasionales. Frazer debía ser un amante ruidoso, lo mismo que un desinhibido sexual y mental. Podía imaginárselo en la cama, con ese cuerpo largo, esbelto, bronceado, flexionándose sobre una mujer, disfrutándola, urgiéndola, manifestando en voz alta su placer con palabras que igualaban el exquisito erotismo del acto...

—¿Emma? ¿Te sientes bien?

Abrió los ojos de inmediato y se lo quedó mirando horrorizada y ruborizada. Lo había hecho otra vez. Se perdió en una fantasía sexual adolescente.

—Por supuesto que sí —le espetó culpable—. Solo estaba pensando...

—¿En qué? Debió ser desagradable, a juzgar por tu expresión.

—Lo fue —mintió. Era culpa de él que se estuviese volviendo loca. Era imposible agradarle. Durante los últimos tres fines de semana la había arrastrado por toda la ciudad buscando casas que no tenía la intención de comprar. El primer sábado, rechazó la sugerencia lógica de Emma de llevar una lista de opciones. "Una casa debe *sentirse* bien", le había dicho él revisando su lista. "Ese es el único criterio por el que me guiaré; todo lo demás puede ser arreglado". Entonces, por qué cada vez que encontraban una casa que se *sentía* bien, él le encontraba alguna falla de ingeniería? Emma apretó los labios. Era tiempo de ponerle fin a tantos caprichos.

Frazer fue rápido para interpretar aquel gesto agresivo de sus labios. Salió de la habitación.

—Regresemos abajo, hay dos cosas que quiero volver a ver.

—No sé para qué molestarnos. Ya te has decidido. No te gusta —le

respondió Emma siguiéndolo por la escalera hasta la enorme y vacía sala. Por la ventana vio a Tom jugando en el jardín.

—A Tom le gusta —señaló ella, esperanzada.

—No tiene piscina.

—Eres ingeniero... ¡construye una! Por Dios, Frazer, es una casa linda, has visto otras igualmente lindas... ¿por qué no te decides? No eres tan indeciso en la oficina.

—Así que te gusta. ¿Es esta la casa en la que querrías vivir?

—Bueno, personalmente no —respondió con honestidad—, pero creo que te conviene a ti... —supo que cometió un error cuando notó que tensaba los hombros y no le cupo la menor duda de que detrás de las gafas, sus ojos se estrechaban—. Quiero decir, es el tipo de casa en la que cualquiera podría sentirse cómodo...

—Cualquiera excepto tú.

—Yo... prefiero las casas antiguas. Casas con carácter.

—¿Y yo no? ¿Te parezco un desalmado modernista?

¿Era así como él veía aquella casa? ¿De la misma forma que ella?

—Yo... no, pero dijiste que querías una casa nueva.

—Quizá me equivoqué.

—Pero les dijiste a los de la agencia de bienes raíces que básicamente incluyeran casas nuevas...

—Soy lo bastante inteligente para admitir que cometí un error...

—¿Quieres decir que hemos perdido todo este tiempo para nada?

—Yo no diría exactamente para nada, Emma. Y no olvides que esta casa no estaba en la lista —conducían de una casa rechazada hacia la siguiente, cuando Frazer vio el letrero de "Se vende" e insistió en detenerse—. Por lo menos, ahora sé qué es lo que no quiero, y Tom ha disfrutado de los paseos... de hecho, ambos disfrutamos de tu compañía, aunque algunas veces eres un poco impaciente...

—¿Me culpas de eso? Se supone que no estábamos jugando, ¡sino buscando casa!

—¿Y quién dice que no es divertido buscar casa? Relájate, dulzura, el mundo no se va a acabar si tenemos que ver algunas más.

Emma tenía su propia opinión al respecto y estaba a punto de informársela, cuando llegó la corredora de bienes raíces.

—Bien, señor Conway, ¿qué le parece?

—Encantadora, señora Foulkes, pero no es exactamente lo que tenemos en mente.

—¿Oh? —la voz se le quebró. ¿Algo específico?

Emma ya había tenido suficiente.

—La acústica no es la adecuada. El señor Conway teme que sus actividades en el dormitorio puedan asustar a los vecinos.

La mujer se sorprendió. Frazer tosió.

—Bien, señora Conway, creo que eso se arregla cuando la casa se

alfombra, se le ponen cortinas y muebles, con todo eso, el sonido se apaga y hace que... bueno, que... las habitaciones no tengan tanto eco —murmuró la mujer.

¿Señora Conway? Emma apretó los labios. Empezaba a cansarse de que la gente imaginara que ella era un apéndice de Frazer.

—Nosotros no...

—Vamos, dulzura, no perturbemos a la señora Foulkes con más revelaciones de nuestra vida íntima —la interrumpió Frazer colocándose a su espalda y abrazándola, deslizándole una mano sobre la garganta mientras, inclinando la cabeza, le hacía sentir su aliento sobre la piel—. Emma tiende a ser un tanto desinhibida respecto a ciertas cosas —confesó él.

Era exactamente lo que ella pensaba momentos antes y se ruborizó al recordarlo, Pobre señora Foulkes.

—Yo... Tengo a otra pareja en la cocina... Iré a ver si quieren subir al primer piso —murmuró y se alejó a una velocidad poco profesión.

Emma supo que tenía que salir de aquellos brazos pero se detuvo, culpable. Sintió los dientes de Frazer sobre su hombro, la blusa se había deslizado dejándolo al descubierto, y al sentir su lengua sobre la piel, todos sus sentidos se alertaron.

—¿Qué demonios le hizo pensar que estábamos casados? —preguntó ella deshaciéndose del abrazo. —No tengo la menor idea —Frazer la dejó ir con satisfacción—. Quizá por la forma en que me regañas.

—Yo no regaño —anotó con frialdad.

—Que me contradices, entonces. O quizá por tus miradas lascivas.

La mirada de Emma era todo menos lasciva. Abrió la ventana y llamó:

—¡Tom, hora de marcharnos!

Se disculparon con la señora Foulkes y empezaron a caminar hacia el auto. Cuando llegaron, Emma se lo quedó mirando.

—Vamos, Emma, es sólo un coche —murmuró Frazer mientras ayudaba a Tom a subir al asiento trasero.

—Ciertas revistas tienen otra palabra para definirlo —declaró Emma.

—Nunca leas esas cosas —le aconsejó Frazer fingiendo ser virtuoso.

—¿Qué palabra? —preguntó Tom, incapaz de mantenerse mucho tiempo fuera de la conversación. Frazer sonrió,

—Olvídalo —murmuró Emma mientras se colocaba en el incómodo asiento del Ferrari rojo.

—Es una frase que significa que este auto es un símbolo de mi masculinidad. Es largo, suave, atrayente e increíblemente excitante para las mujeres.

—¡Frazer! —el frío exterior de Emma estaba en peligro de desintegrarse por completo al saber que aquellas provocativas palabras estaban dirigidas a ella, no a su hijo—. ¡No es forma de hablar delante de un niño!

—¿Qué dije? —preguntó con aire ofendido.

Emma le dirigió una mirada tan amenazante, que equivalía a la advertencia de un huracán. Sólo Frazer era lo bastante tonto como para incitar su temperamento en lugar de suavizarlo. Parecía que le *gustaba* verla enojada. Él rió y puso el motor en marcha, dándole unos acelerones extra mientras dedicaba a Emma una inquietante mirada de reojo. Para su sorpresa, Emma pensó que el sensual auto le iba muy bien a Frazer.

—Este no es un auto adecuado para llevar pasajeros, especialmente niños —le echó ella en cara.

—¿Qué me habrías comprado tú?, ¿Una camioneta?

—La próxima a la derecha lo interrumpió notando su furia mezclada con admiración mientras consultaba la lista que llevaba sobre el regazo— . La siguiente casa está aquí cerca... ¡Allá, Frazer! Debiste haber dado vuelta a la derecha. Dije derecha, Frazer, ¿a dónde vamos?

—A comer. ¿Tienes hambre, Tom?

No merecía la pena que Emma protestara diciendo que sólo les faltaban dos casas, y ambas muy cercanas. Había aprendido que no tenía poder sobre dos machos hambrientos. El primer sábado comieron en el zoológico de Auckland. La segunda semana Emma dejó claro que no permitiría ser sacada del pequeño radio donde se localizaban las casas y Frazer estuvo de acuerdo... y los llevó a la cafetería del Mundo Marino lo cual también resultó una experiencia inolvidable para el niño.

—Te dije que no quiero jugar al turista hoy, así que tendrás que esperar a dejarme en mi casa —le recordó—. Tengo una cita con una amiga para ir de compras esta tarde.

—Bien —aceptó Frazer—. Visitaremos el resto de las casas otro día, pero no puedes ir de compra con el estómago vacío —como siempre sucedía con Frazer, sus instrucciones claras y precisas eran limpiamente trastocadas por una corriente de razones dulces, indiscutibles y sensatas.

Frazer viró en las puertas de piedra del Parque Cornwall y condujo con lentitud.

—Un día de campo —confirmó él ante las sospechas de Emma cuando estacionó el auto bajo la sombra de un roble—. Fue idea de Tom. Quería ir a la playa, pero pensé que el parque estaría más fresco, más tranquilo...

—¡Como si alguna mujer pudiera sentirse tranquila con Frazer

Conway mirándola de aquella manera! Emma ayudó a Tom a sacar su pelota mientras Frazer llevaba una canasta hasta un árbol localizado a prudente distancia de los otros paseantes. Tom corrió a jugar y Emma estaba a punto de seguirlo cuando Frazer le entregó un mantel blanco,

—Extiéndelo, ¿sí, dulzura?

—Es mejor que vaya a vigilar a Tom —le respondió con rapidez.

—Él estará bien, siempre y cuando lo tengamos a la vista. No te preocupes, Emma. Siéntate y relájate. Mereces un descanso —le ofreció una copa de vino blanco frío y ella, sentada en el césped con las piernas recogidas, la aceptó mientras observaba a Frazer colocar platos, cubiertos y alimentos.

—¿Lo prepararon en casa o lo compraste?

—¿Qué te agradaría más? —Frazer se sentó a su lado.

—¿Te importa?

—¿Agradarte? Definitivamente sí. Prueba un durazno —se lo ofreció y ella se imaginó mordiendo su carne jugosa. Negó con la cabeza. Tenía que mantener su dignidad intacta ante Frazer... ¡Empezaba a perder lo demás!

—Tiene una cantidad horrible de energía, ¿no te parece? —murmuró Emma refiriéndose a Tom y evitando mirar a Frazer a los ojos. El se había quitado la chaqueta, sus ojos atentos a cada uno de los movimientos de Emma.

—Una tonelada, Sally era así, toda diversión.

Por alguna razón, Emma se sentía incómoda cada vez que Frazer mencionaba a su esposa, y lo hacía muy a menudo. Ella no quería sentir curiosidad por Sally Conway, pero Frazer lo hacía imposible.

—Debiste amarla mucho.

—Mmm. Sólo me casé con ella por su dote...

—¿Qué? —se escaparon unos mechones del pulcro moño de Emma.

Frazer sonrió, recostándose sobre un costado y apoyando la cabeza en la mano—. Sally era hermana de mi socio, Andrew Freeman. Sally puso parte de su dinero en el negocio cuando empezábamos y trabajó para nosotros como secretaria y recepcionista hasta que pudimos pagarle a alguien más. Creo que la proximidad tuvo algo que ver en que nos enamoráramos. Eso y el hecho de que Sally era una mujer muy fácil de amar. No era hermosa, pero si muy afectuosa. Era rubia, también, y pequeña... —parecía comparar sus recuerdos con Emma y ella se sintió enferma. ¿Se interesaba Frazer en ella porque se parecía a su esposa?

—Cuándo contrataron otra secretaria, tu... ¿tu esposa siguió trabajando para ti?

—No. Sally era ama de casa de corazón. Nos ayudaba ocasionalmente, y si depués de casarnos hubiésemos necesitado

dinero, ella habría estado dispuesta a trabajar, pero su vocación era la de "mujer casada" —la aprobación era evidente. Un ama de casa... ¡El ideal de todos los hombres!—. Se volvió loca de gusto cuando descubrió que estaba embarazada. Quería docenas de hijos. Yo, por otro lado, era más egoísta. No quería que ella dividiera su atención entre tanta gente. Sally era tan desbordada y poco egoísta en el amor, que era una lucha constante al protegerla de los impulsos de su corazón. Tom será como ella... indulgente y hasta peligrosamente generoso con aquellos que ama.

—Parece que fue la madre y esposa perfecta —anotó mirando su vaso.

—Oh, no, perfecta no. Tuvimos nuestras diferencias. Sally tenía un temperamento endiablado. Podría parecer un bombón, pero cuando se apasionaba por una de sus causas, había muchas fricciones. Podía no tener una carrera, pero estaba muy lejos de ser un felpudo.

—No estaba sugiriendo que lo fuera.

—Pero cruzó por tu mente —dijo él con frialdad—, deberías conocer el peligro de etiquetar a la gente. Estoy seguro de que hay cosas que puedes enseñarme, Emma, acerca de mí mismo, y estoy endemoniadamente seguro de que haya algunas cosas que necesitas aprender de mí...

—¿Cómo cuáles?

—Confianza.

—¿Confianza? ¿Cómo puedo confiar en ti, si no te conozco?

—Me conoces mejor que hace tres semanas. Pero estoy de acuerdo, no puedes confiar en mí hasta que no confíes primero en ti. Pareces temer que puedas ser coaccionada a hacer algo contra tu voluntad...

—*¿Que puede ser?* ¡Ya he sido! —chilló Emma.

—Eso fue persuasión, no-coerción; Como abogada, debes saber la diferencia.

La sabía, y lo enfurecedor de ello era que Frazer tenía razón. Estaba allí porque quería, aunque de mala gana. Sin embargo, no se daría por vencida sin pelear.

—Tienes unos métodos de persuasión muy raros. ¡Algunas personas lo llamarían hostigamiento!

—¿De qué manera? ¿Porque quiero saber el motivo de tu actitud?

—Por besarme en la oficina...

—Lo disfruté —le confesó—. Y tú también, Emma, lo cual es, supongo, lo que te inquieta tanto. Dejé que escaparan algunas emociones humanas de tu santuario. Pero eso fue semanas airas y me he mantenido alejado desde entonces. Debes admitir que he sido muy circunspecto en ConCorp. Quizá sea eso lo que realmente te está molestando...

—Tú... volviste a besarme en la casa... —insistió.

—Eso no fue un beso, fue un mordisco, ¿quieres que te muestre la diferencia? —Frazer no se movió, pero ella sintió la amenaza como si fuera una caricia y derramó buena parte del vino sobre el mantel

—¡No! Y esa es otra forma de hostigamiento. Las cosas que dices.

—¿Qué clase de cosas?

—¡Las sabes muy bien!

—¿Te refieres a que actúo corno un hombre vivo y espero que tú reacciones de acuerdo a eso? Vamos, Emma, disfrutas peleando conmigo, aguijoneándome, perturbándome. Se te nota en el brillo de esos maravillosos ojos...

—El punto es que yo... yo no tengo por qué... por qué...

—¿Por qué actuar como mujer?

—Deja de poner palabras en mi boca. Y deja de comparar mi sexualidad con mi identidad como mujer... —se detuvo. ¿Qué demonios se suponía que significaba eso? Sonaba como una colegiala inocente—. Quiero decir...

—Sé perfectamente a lo que te refieres, Emma. Tienes miedo del sexo... no *per se,* sino porque requiere una relación emocional de tu parte para la cual no estás preparada.

—No sabes de qué estás hablando.

—¿Ah, sí? Entonces, explícamelo. Dime que significa ser mujer para Emma Rainer.

—No tengo por que continuar con esto...

—Pensé que no desaprovecharías la oportunidad de atacar mi actitud. Te estoy pidiendo que hables conmigo, no que me acompañes a la cama. Deja de actuar como una virgen atemorizada... —dudó, como si el pensamiento lo hubiera golpeado con fuerza—. No lo eres, ¿verdad?

—¿A mi edad? —se rió—; ¡No!

—¿Sufres de alguna disfunción sexual...?

—¡No! —aunque no la sorprendería tomando en cuenta el desastre con Phillip—. ¿Cómo te atreves? —ella se enfurecía a cada momento, mientras él se relajaba, sobre el césped.

—Pero no tienes mucha experiencia...

—¿Qué te hace decir eso? —le espetó.

Los ojos de Frazer brillaban, divertidos.

—Oh, pequeñas cosas... como la manera en que te sorprendes cuando ambos nos inflamamos ante el menor roce. A decir verdad, también a mí me sorprendió al principio, pero hay cierta reserva en ti que me dice que aún no te has liberado de tu moralidad pueblerina.

—No lo ha hecho ni quiero hacerlo —siseó—. No tiene nada de malo elegir el celibato. ¡Estoy en mi derecho!

—Estoy muy de acuerdo —le respondió con delicadeza, aunque sintió el fuerte impulso de ponerse de pie y bailar, gozoso, ante su

admisión inadvertida—. ¿Significa eso que te estás guardando para el matrimonio?

La expresión de horror de Emma hizo que él se contuviera y diera marcha atrás.

—Es el temor al matrimonio, no al sexo, lo que hace que no desees mantener una relación, ¿no es así?—murmuró. De todas las explicaciones a su hostilidad, aquella era la que más contaba.

A pesar de su frialdad superficial, percibía que Emma era mucho más mujer que aquellas fingidas criaturas femeninas que se habían cruzado por su camino.

—Por eso el saber cosas de Sally y de Tommy te ha hecho preocuparte más por tu sentimientos hacia mí —adivinó—. Porque eso me eleva de la categoría despreciable en la que me habías colocado para darme un grado infinitamente más peligroso, el de varón domado. Peligroso, eso es, para una mujer alérgica a las ataduras del hogar —rió sin humor—. ¡Y yo que creí que eso te mostraría que soy seguro, confiable, honorable y respetable! Eres más compleja de lo que pensé...

—¿Porque no quiero casarme con el primero que me lo proponga?

—No, porque has decidido dejar a un lado el matrimonio y así tratas a todos los hombres como si fueran tus enemigos —dijo con tal gentileza, que el orgullo de Emma se sintió herido—. ¿Están divorciados tus padres?

—Por supuesto que no. Tienen un matrimonio muy feliz. Lo mismo que mis hermanos y hermanas.

—¿Y tú divorciada?

—Nunca he estado casada —dijo con orgullo.

—Ni siquiera un pequeño "aquí-hoy-nada-mañana" de adolescente?

—¡No!

—¿Ninguno se interesó alguna vez?

—Muchos —estalló Emma sin mentir, y después se ruborizó. Aquello sonó, oh, tan arrogante.

—Háblame de ello —le pidió él, fascinado, colocándose para estudiar su rostro ruborizado.

—No hay nada que decir. Sólo que de donde vengo, la gente se limita a asumir que mi destino, por no decir mi deber, es casarme. Las madres empujan a sus hijos hacia mí porque estoy "aprobada". Yo sería una espléndida esposa para un granjero —seducida por su paciente silencio, dibujó una imagen poco reconocible de sí misma como una hija dulce y obediente, como una chiquilla de corazón bondadoso—. Recuerdo que cuando le mencioné a mi consejera vocacional que estudiaría leyes, se rió de mí. No creyó que tuviera facultades.

—Pero de cualquier manera lo hiciste.

—Tenía cerebro y quería usarlo. Me molestaba que me trataran como si cualquier carrera que eligiera, sólo fuera un pasatiempo temporal.

—¿Y tu familia?

—También estaban horrorizados. Yo era lo bastante fuerte para ser la esposa de un granjero, pero demasiado débil para sobrevivir en la gran ciudad. Mis primeros meses en la universidad sentía añoranza por mi hogar, pero no me atrevía a ir allá los fines de semana. No estaba segura dé lo que pretendía, pero estaba decidida. Hubo ocasiones en las que quise huir de las presiones de la necesidad no sólo de tener éxito, sino de hacerlo mejor que todos... *Debía* graduarme con honores. Era cuestión de principio.

—Ya veo. Y lo lograste. Eso debió haber silenciado a tus críticos.

—No lo creas —Emma rió—. Siguen esperando que me caiga para poder decirme: "Te lo dije".

—¿De verdad crees que tu familia y tus amistades sean así de desleales?

Emma se irguió ante el dejo de crítica, pero después se obligó a admitir con honestidad.

—No, en realidad no. Por lo menos, no lo ven como deslealtad. Sólo quieren que yo sea feliz... a su manera.

—Pero deben estar orgullosos de tus logros...

—Oh, claro, y presumen en el pueblo, pero... Tengo esta sensación de que los he decepcionado de alguna forma. No... No puedo explicarlo.

—¿Y tú? ¿Te has decepcionado a ti misma?

—¡Por supuesto que no! He hecho todo lo que he querido hacer, y lo he hecho bien, mejor que bien. Estoy muy orgullosa de lo que soy.

—Eso es todo lo que cuenta. Mientras te respetes a ti misma, puedes obtener el respeto de los demás. Quizá sigas viéndote de la misma forma en que te ve tu familia. Quizá seas tú quien te estés poniendo barreras. Puedes estar muy a la defensiva en lo que a tu carrera se refiere, supongo que tiene algo que ver con una necesidad el pasado. ¿No es tiempo de que aceptes la realidad de tu éxito? Nadie puede quitarte tus logros, Emma. La ambición es loable, pero si permites que te sofoque, pasarás el resto de tu vida tratando de alcanzarlo todo y jamás te sentirás satisfecha con lo que tienes. Eso puede hacer que una persona se amargue, que se quede sola.

—Qué extraño, eso fue lo que dijo Phillip... —¡maldición, ¿por qué la hacia perder su confianza?

—¿Quién es Phillip? —allí estaba, husmeando.

—Nadie que tú conozcas —respondió con todo el sarcasmo que pudo—. ¿Y cómo piensas que debo aceptar "la realidad de mi éxito"?

—Relajándote. Huele las rosas. Deja de pensar que todos los hombres, mujeres y niños están acechándote para impedir tu gloriosa determinación. Deja salir tu personalidad. ¡Ten un romance tumultuoso!

—¿Contigo? —preguntó con desdén.

—¡Ciertamente no con cualquier idiota! Sí, conmigo. ¿Por qué no permitimos un rayo de luz en esta oscura atracción que existe entre nosotros? Quién sabe, quizá comprobemos que, después de todo, sólo se trataba de una ilusión. Debes darte cuenta de que a lo único que debes temer, es al miedo en sí...

Vaya... él deseaba una relación que los curara, a ambos, de una atracción física no deseada. Emma se puso de pie y, furiosa, empezó a recoger las cosas del almuerzo regresándolas a la cesta. Había experimentado la devastadora sensación que Frazer había notado... la posibilidad era seductora. Se estremeció ante el descubrimiento; había *querido* caer. De hecho había estado estudiando su boca mientras hablaba preguntándose qué se sentiría acostarse con él sobre el césped y sentir su piel sedosa, sus deseos, sus necesidades.

Debía saber que eran las necesidades de *Frazer* las que estaban en su mente. Emma debía dejar claro que no estaba interesada en los lazos, ¡pero él no debía mostrarse tan complacido con ello!

Y lo más intimidante era que dormir con él era la sencilla solución a todos sus problemas... Pero...

Frazer no era la solución; *¡era el problema!*

CAPITULO 7

ESPECTACULAR, ¿no? La palabra entró en el oído de Emma como si fuera una serpiente.

—¿Quién? —fingió no entender, pero la sonrisa de Edward le decía que no le creía.

—La linda pelirroja colgada del brazo de nuestro amo y señor.

Los ojos de Emma recorrieron la concurrencia como si momentos antes, no hubiese estado mirando a esa pareja.

—Sí, es muy bonita.

—Tu sabes quién es, por supuesto...

Emma se encogió de hombros.

—Stuart y yo acabamos de llegar, no he tenido tiempo de enterarme.

Sabía que aquello lo aturdiría y se olvidaría de su perversidad.

—¿Stuart? ¿Te refieres a *Grayson*? ¿Viniste con Stuart Grayson?

Emma sonrió ante el disgusto que mostraba Edward. Él había supuesto que una vez que Stuart consiguiera salir con ella, se olvidaría de su capricho. Emma había pensado lo mismo, pero Stuart resultó ser un hombre mejor de lo que ambos creían. No sólo confesó abiertamente el asunto de la apuesta, sino que le pidió volver a verla antes de que su primera cita hubiese concluido. La hizo reír... y no trató de ponerle trampas ni físicas ni mentales. Ella no fue capaz de resistir la tentación de invitarlo a la fiesta de fin de año fiscal de ConCorp. Normalmente se llevaba a cabo en un hotel, pero ese año Sir Clive los atendía en su propia casa.

—Él asegura que la pelirroja es la niñera de su hijo en Estados Unidos, pero ambos parecen demasiado amigos como para ser estrictamente jefe y empleada, ¿no te parece? Y tú últimamente eres una experta en amistad... Quiero decir, ¿qué clase de hombre lleva a la niñera de su hijo a una reunión de la empresa?

—¿Es Jennifer? —murmuró Emma, aturdida. Tom le había dicho que "Jen" iría a Nueva Zelanda cuando tuviera vacaciones. Le habló de lo linda que era, de lo lista y de que sabía muchos juegos, y de que ella lo cuidaba cuando su papi no estaba en casa. Emma se había imaginado a una dama de edad madura, agradable y cariñosa.

—Pobre Emma —se conmiseró Edward—. ¿No sabía nada de Lolita? Todo el tiempo que has tratado de congraciarte con Conway él ha tenido eso escondido en casa, esperándolo...

—Trata de controlar tu babeo, Edward —le dijo con frialdad—. Dudo que Frazer sea tan valiente como para mantener una relación de ese tipo frente a Sir Clive y Lady Dorothy, más sabiendo lo que ellos

piensan al respecto… —se preguntó por qué se molestaba en defenderlo. Tenía a la pelirroja abrazada por la cintura y la miraba con la misma expresión tierna que lo había visto usar con Tom. Era una expresión tan posesiva como amorosa. ¡Oh, *Dios*…!

—Ahora sé por qué estaba tan ansioso de que le encontraras casa. Quiere reestablecer su nidito de amor. Y tú lo estás ayudando, Emma. ¡No sabía que fueras tan romántica!

—¡Oh, cállate, Edward! ¿Por qué no te guardas tus especulaciones?

—¡Demonios, especulaciones! Mírala, Emma. ¡Mírala y dime si algún hombre con sangre en las venas podría vivir con esa hembra, sin sucumbir!

Emma experimentó una sensación desagradable y desconocida en el estómago… Celos, celos galopantes. Y ella que pensaba que Frazer, a su estilo agresivo, estaba cortejándola. Después del abrupto final del paseo la semana anterior, él le estuvo enviando flores cada día. Sin mensaje, sólo las flores, frescas, hermosas a manera de un acercamiento exquisito, y las enviaba no sólo a su oficina, sino a su casa estimulando una serie de conjeturas entre sus colegas acerca de la identidad de quien las enviaba.

Una vez que vertió su veneno, feliz, Edward, dio una ronda por el salón esparciendo el rumor, probablemente con un encanto extra: la relación de Emma con Stuart a quien, por cierto, ni siquiera había visto marcharse; estaba demasiado ocupada tratando de aclarar la situación.

—¿Era ese Edward? Me habría gustado saludarlo —era Stuart con dos copas de champaña, y por el brillo de sus ojos, ella supo que su acompañante habría disfrutado de ver el desconcierto del otro hombre intercambiaron una mirada larga, midiéndose, lo cual hizo rabiar a Emma.

—Stuart no tiene nada que ver con esto. ¿Por qué no me preguntas a mí si me importaría? —Se dijo ella con agresividad—. Soy yo quien decido lo que quiero hacer, dónde y con quien.

Frazer hizo un guiño.

—¿Nos golpeamos por ella?

Para furia de Emma, Stuart le devolvió el guiño.

—No, gracias. Creo que la dama es perfectamente capaz de golpearnos a ambos.

—Mujer, Grayson, no dama. A Emma no le gusta que la etiqueten como dama, ¿no es así, dulzura? —y antes que ella pudiera soltar toda su rabia en una respuesta, Frazer añadió con humildad—: Todo lo que quería era presentarte a Jenny. Ella se muere de ganas por conocerte.

Emma tuvo que echar mano a todo su entrenamiento como abogada para poner una cara de jugador de póquer.

—¿Es Jenny la pelirroja? No me importaría presentarme yo mismo

—murmuró Stuart apreciativo.

—Es demasiado joven para ti, Grayson, —la expresión de Frazer era divertida.

—Pero no para ti, obviamente —le dijo Emma con sarcasmo.

—Está bajo mi protección —Frazer se dirigió con suavidad a Stuart —. Y cualquier hombre que le ponga una mano encima, tendrá que responderme a mí. Es mejor que pienses en alguien más experimentada y me dejes a mí con lo mío.

Emma no tenía razón para creerle a Edward. Sabía que él disfrutaba causando problemas, como lo hacía ahora mirándola con esa sonrisa Emma no había querido creerlo, pero ahora Frazer admitía en público que la chica era suya, amenazando a cualquiera que quisiera acercarse le. No le gustaba la sensación de ser hecha a un lado por los dos hombres.

—En ese caso, no tendrás objeción en que me quede con Emma —Stuart inclinó la cabeza graciosamente—. Creo que ella es un vino tinto con más cuerpo que tu rosado espumoso. Emma, ¿bailamos?

Aunque sus principios fueran ofendidos por la metáfora burlona, Emma sintió un placer malévolo ante el desagrado de Frazer,

—Encantada, Stuart —con un giro, Emma se deshizo de la mano de Frazer le dio su copa vacía y mientras el primero la conducía a la pista de baile, ella sonrió sobre su hombro a la mirada azul que la seguía y dijo con dulzura—: Corre la voz, Frazer, antes que algún lobo con fijaciones juveniles se engulla a tu pequeña Caperucita Roja.

—¿Hay un puñal en mi espalda? —murmuró Stuart mientras llegaban hasta el centro de la pista de baile.

—¿A qué te refieres? —Emma decidió hacerse la inocente.

Stuart inclinó la cabeza para poder observar mejor su rostro.

—No puedes jugar con un experto, Emma. Me gustas, pero tengo un sentido de sobrevivencia muy refinado. Me temo que tendrás que sacarme de tus batallas privadas de ahora en adelante —su mirada era de desagrado y reproche—. Además, me parece que, en este caso, la dama prefiere al dragón y no al caballero armado...

—Ah, pero como Frazer dijo, no soy una dama —respondió, molesta y decidida a no darse por vencida.

—Quizá no tenga los personajes bien ubicados —se rió Stuart—. Tal vez tú eres el dragón. ¡En verdad estabas echando fuego!

Y también echó fuego después, cuando Frazer interrumpió la conversación que mantenía con Sir Clive y Lady Dorothy. Sir Clive le agradecía que se hubiese esforzado tanto en trabajar con su medio hermano y le decía que, aunque sabía que era un hombre difícil, le pedía que no fuera "tan espinosa" con el pobre chico. ¿Qué demonios les habría estado diciendo el *pobre* chico?

—¡No quiero bailar contigo! —le espetó a Frazer cuando él la

condujo hasta la pista de baile.

—Qué mal —mientras ella se erguía entre sus brazos, le dijo con suavidad—: Sígueme, Emma, o te juro que te *arrastraré* por el suelo. Y sonríe. Sonríe como si tu vida dependiera de ello. Porque, en este momento, es muy posible que así sea —la condujo con facilidad, presionando su muslo duro entre los dé ella mientras Emma gimió—. ¿Así? —preguntó, perverso—. Lo de verdad es mucho mejor.

—De verdad que eres un enfado —le dijo, temblorosa, sintiéndose débil mientras él retiraba su pierna.

—Soy brusco, Y no me gusta que usen a otros para molestarme.

—Yo no...

—Tú sí. No estás interesada en Grayson. ¿Cómo puedes confiar en un hombre que apostó a que saldría contigo? ¿Cómo sabes que no apostó dinero a que pronto te tendría en su cama?

Emma se ruborizo de rabia, sabiendo que podía ser verdad ahora que Stuart se retiraba de la palestra.

—Porque él sabe que no tengo la menor intención de ir a la cama con él —ignoró el suave rugido de satisfacción de Frazer—. Nos entendemos bien y sucede que disfrutamos de nuestra compañía.

—¿Y necesitabas esconderte tras alguien? —Adivinó—. ¿O pretendías darme celos?

—¿Por qué habría yo de querer darte celos? —le espetó.

—Para probar mi sinceridad, quizá. Bueno, funcionó. Estuve tan celoso como el diablo. Como tú...

—¿Cómo yo qué?

—Oh, Emma, dulzura... no le hagas al tonto, no te va —su diversión hizo que se estremeciera—. La Caperucita Roja, ¿recuerdas? ¿Usando tu lengua afilada con una jovencita a la que ni siquiera conoces? Los celos tuvieron que ver algo en ello, estoy seguro.

—¡No creo que ella sea tan inocente si pasa tanto tiempo a tu lado!

—¿No? —colocó su mejilla sobre el cabello de Emma—. ¿Por qué?

Era rara le contraposición de la intimidad entre sus cuerpos y la guerra verbal. Rara y... excitante. Para horror de Emma, sintió que sus pezones se erguían al sentir el calor de aquel cuerpo. El sostén negro de encaje que usaba era de menos de un cuarto de copa y sintió miedo de que si se movía de más, sus pezones se hicieran obvios bajo el apretado corpiño del vestido.

—Sólo dije lo que otros piensan —se defendió Emma.

—No todos, de eso estoy seguro. Esa gente que de hecho le ha dado la bienvenida al presentarla como mi cuñada, encontrarían ridículo sugerir que una chica que durante los últimos ocho años me ha llamado "tío" y que se ha comportado como una hija cariñosa, podría tener algún interés sexual en mí, o yo en ella.

Emma sólo escuchó la primera parte de la segunda oración.

—¿Tu... tu cuñada?

—Jenny Freeman.

—Pero... ¡es pelirroja! —fue todo lo que Emma pudo pensar,

—También Andrew lo es. Sally fue la única diferente, gracias a su bisabuela sueca.

—Pero... es tan joven...

—No tanto como parece. Tiene diecinueve años, Jenny nació muchos años después que sus hermanos y fue Sally quien prácticamente la crió cuando sus padres murieron. Vivió con nosotros cuando nos casamos. Es una buena chica, pero no estudiosa, y no hubo forma de que no dejara la escuela en cuanto pudo hacerlo. Su mejor asignatura fue la economía doméstica y así fue como decidió que esa era la solución perfecta para el problema de su trabajo y para mi dificultad para cuidar a Tom. Me convenció de emplearla como ama de llaves y niñera de tiempo completo. Y hasta ahora ha funcionado a la perfección. No hay nadie en quien confíe más que en Jen. Puede parecer una mariposa hermosa, pero tiene los pies muy bien puestos en la tierra. A los diecisiete años de edad tenía más sentido común en uno solo de su pequeños dedos, de lo que tienen la mayoría de las madres que conozco.

—¡Deliberadamente me dejaste pensar...! —exclamó Emma.

—¿Te dejé? —se burló de su excusa—. No tuve alternativa. Te esfuerzas mucho por pensar lo peor de mí.

—Edward dijo...

—Oh, ya veo —era una defensa pobre y ambos lo sabían—. Cleaver, un hombre al que consideras un ser capaz de vender a su abuela con tal de salir adelante, de repente te parece una fuente impecable para creer en ella. Su sarcasmo, por cierto bien merecido, lastimó su orgullo.

—Ella estaba colgada de tu brazo, ¿qué querías que creyera?

—Eres abogada. Debes saber mejor que yo que no es posible hacer un juicio antes de tener toda la evidencia. Pero, por supuesto, uno debe esperar esta clase de juicios emocionales por parte de una mujer. Esto es lo que ha restado puntos al movimiento feminista, esa odiosa tendencia a tomarlo todo tan *personalmente*...

Si hubiese sido cualquier otro hombre, Emma le habría dado un puntapié en las espinillas. Pero era Frazer, sabía que no creía en toda esa basura de la que hablaba. Permaneció en silencio hasta que él le espetó:

—Supongo que el querido Phillip era de la misma opinión...

—¿Quién te habló de él? —era el tipo de cosas que Phillip le había reprochado durante su última discusión. Pero, hasta donde ella sabía, nadie en ConCorp se había enterado de su exnovio.

—Tú. Durante el *picnic* —sonrió ante aquella expresión llena de

duda.

—No dije nada de él.

—Lo sé, fue precisamente lo que *no* dijiste lo que me intrigó. ¿Fue él quien te hizo "temer al matrimonio?

—Ya te lo dije. Es sólo que no quiero casarme.

—Pero, ¿quisiste casarte con Phillip?

Emma trató de dejar de bailar pero la fortaleza de Frazer la manejaba como una muñeca.

—Seguiremos bailando hasta que no me lo digas —la amenazó Frazer sin dejar de sonreír, sin embargo, su mirada indicaba que estaba decidido. Emma había aprendido que no debía instigarlo y, además, no creía tener la energía suficiente para retarlo. De cualquier manera, ¿qué importaba? Volvió a mover los pies, aunque de tal forma, que manifestaba lo desagradable que le resultaba.

—Phillip y yo estudiamos juntos. Durante los primeros años sólo fuimos amigos, siempre luchando por obtener el primer lugar de la clase... lo cual casi siempre conseguía él. Teníamos mucho en común Nos gustaba lo mismo, ambos pretendíamos especializarnos en derecho corporativo, y ambos tuvimos ofertas de la misma firma al finalizar nuestro último año de estudios. Parecíamos... la pareja perfecta.

—¿Estabas enamorada de él?

—El... yo... él me parecía perfecto —Emma no notó su evasión, pero Frazer sí—. Nos hicimos novios a mitad del último año de la carrera.

—Mencionas mucho la palabra perfecto. Eso suena ominoso para definir el inicio de una relación —murmuró Frazer, seco—, La perfección casi nunca es lo que parece en un principio.

—No pude creer la forma en que cambió durante los primeros meses. Quiero decir, Phillip sabía lo mucho que las leyes significaban para mí, sabía lo buena que era como profesional. ¡Dios, en los exámenes finales logré el primer lugar y él obtuvo el segundo!

—Aaaah —suspiró Frazer ante la revelación.

—Durante todos esos años en la universidad él motivaba, feliz, mis ambiciones, y entonces, de repente, cuando trabajamos juntos, cambió y pareció querer algo completamente diferente. Ya no quería una socia, una colega, quería una *esposa*... el tipo de mujer que se queda en casa y ayuda a que el marido suba la colina del éxito. Yo podría trabajar los primeros años de nuestro matrimonio, pero después de eso, quería que me quedara en casa, con los niños... y no sólo hasta que entraran en la escuela... ¡sino hasta que terminaran la preparatoria! —su voz alcanzó una nota de rabia—. Él decía que los niños necesitaban de la presencia constante en el hogar de por lo menos uno de los padres. Bien, esa era su opinión, pero nunca se le

ocurrió que *él* podía sacrificar unas horas de su carrera para convertirse en la "presencia constante"... oh, no, esa era una labor estrictamente femenina. Después de todas las discusiones que tuvimos sobre la igualdad, ¡era capaz de dar marcha atrás y decir aquello! ¡Era tan... inflexible!

—¿No serías tan inflexible como él?

—Por supuesto que yo habría dedicado algún tiempo a mis deberes como madre —respondió, erguida—. Pero él quería más que eso. Buscaba precisamente lo que yo dejé atrás al ir a la universidad...

—Todo eso me suena a que él no pudo enfrentar la competencia, pero no tuvo las agallas para admitirlo —señaló Frazer con suavidad.

—¡Eso es ridículo! —declaró—. Una de las razones por las que nos llevábamos tan bien, era porque compartíamos las mismas metas, porque yo era tan inteligente y coherente como él...

—No *tan,* sino más —la corrigió—. Respetaba tus aspiraciones, claro, pero siempre y cuando no resultaran una amenaza para él. No sólo obtuviste mejores calificaciones, sino que trabajarías al parejo de él, retando constantemente su posición. Eres una estrella muy brillante, Emma... belleza, cerebro, dedicación... sólo un hombre muy seguro de sí puede soportarlo. Si realmente te amaba, debió haberse esforzado por superarlo. Si no, debió buscar una manera que no lastimara su ego... tratar de hacerte responsable a ti de su propia debilidad. Supongo que no se lo permitiste, ni personal, ni profesionalmente. ¿Fue entonces cuando empezaste a trabajar para ConCorp?

—Yo... sí —aceptó impactada por su análisis tan perceptivo. Pensándolo bien, Phillip, deliberadamente, provocó el problema que los hizo romper su compromiso. Siempre había parecido tan seguro de sí, incluso obstinado, pero, ¿y si su confianza en sí había sido deteriorada? Todo ese tiempo Emma se había reprochado no haber sido capaz de conocerlo a fondo, pero si Phillip había ocultado su debilidad, tanto a los demás como a él mismo, ella no tenía por qué autocastigarse. De repente, se sintió más relajada y no por el champaña.

—Su pérdida, nuestra ganancia —dijo Frazer lacónico—. Tengo la impresión de que los hilos de ese romance, eran de tipo intelectual. Muy bueno para colegas, incluso para amigos, pero insuficiente para un *affair,* mucho menos para un matrimonio.

En ese instante, Emma se dio cuenta hacia dónde la llevaba Frazer. Bailando, habían salido de la enorme pista internándose por un pasillo.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—No creo que quieras que alguien se entere de la naturaleza íntima de nuestra conversación.

—No era muy íntima... —protestó Emma tratando de resistirse.

—No, pero lo será —con un movimiento rápido abrió la puerta que estaba a su izquierda y la condujo dentro. Cerró.

—¿Qué haces? —preguntó, furiosa, mientras él encendía una luz ambarina—. ¡Esta es una alacena, por Dios!

—Él depósito de blancos —la corrigió soltándola. Emma se apoyó contra una pared—. Y Dios no tiene nada que ver en esto. Cualquier lugar pequeño y cerrado, contigo dentro, significa un sinnúmero de posibilidades pecaminosas. Dime que no quieres que te bese, Emma... Lo dijo en un tono tan dulce que era imposible negarlo. Emma dudó al recordar las ocasiones en que él la había besado... tocado... y lo que sintió. Los ojos de Frazer parecían oscuros y cálidos, tan cálidos como sus besos, tan oscuros como el deseo. Emma sintió la boca seca y le costo trabajo respirar. El guardarropa era amplio, sus paredes tenían estanterías y cajones. No había ningún sonido excepto el de la respiración agitada de ambos. Emma fue incapaz de protestar cuando Frazer empezó a acariciarle los hombros. —Me gusta tu vestido.

—Es... —la voz le falló. Sus caricias hacían que la piel le ardiera. Emma se olvidó de la fiesta, del mundo exterior—. Es nuevo...

—Casi nunca te veo con vestido. Casi siempre usas trajes... tu arma dura preferida. Eres tan pálida... —su dedo descendió hasta la parte alta de sus senos.

—Yo... no suelo tomar mucho el sol. Estoy... demasiado ocupada...

—Tienes una piel muy delicada. Es probable que te quemes fácilmente —murmuró observando los progresos de su dedo—. Es tan suave y rica como la crema. Apuesto a que es igual en todo tu cuerpo —la miró a los ojos mientras su dedo llegaba a la zona que separaba sus pechos—. Pero no debe saber igual en todas partes... en algunos sitios debe ser suave y dulce, y en otros fresca y agridulce. ¿Quieres que te pruebe toda?

—¡Estaba a punto de desfallecer! Sentía la cabeza pesada y mareada al mismo tiempo. Su respiración era rápida y superficial y hacía que sus senos subieran y bajaran con la caricia. Nunca se sintió así...

—Frazer... —Emma sabía que tenía razón para protestar, pero no podía recordar el motivo por el cual debía hacerlo.

—No tienes que fingir conmigo, Emma —le dijo él con voz ronca— Yo no te temo. Conmigo siempre estarás en libertad de ser tú misma. ¿Usas algo bajo el vestido?

Emma abrió los labios. Sus ojos eran oscuros con apenas algunos destellos dorados. Aceptó con un movimiento de cabeza.

—¿Puedo ver...?

¿Quería Frazer que ella se quitara el vestido? ¿Allí? Emma se estremeció de placer al pensarlo. Siempre se consideró como una

mujer tan fría como sofisticada, pero Frazer le estaba mostrando lo inocente que realmente era… inocente, mojigata… y secretamente perversa. Emma quería quitarse el vestido, quería que él viera su cuerpo… quería… que la amara.

—Yo… No puedo —murmuró ella tratando de recuperar el control. Frazer sonrió y había tal ternura y compasión en esa sonrisa, que ella volvió a estremecerse. Con la otra mano, le rodeó suavemente un seno.

—Déjame… no temas. Confía en mí, Emma. No voy a hacerte el amor, no aquí. Todo lo que quiero es una pequeña promesa de lo que vendrá…

Se lo quedó mirando mientras los dedos le deslizaban la parte alta del vestido que se detuvo a la altura de su cintura. Ella observó, fascinada, cómo se endurecía su rostro bien parecido y bronceado, cómo su aliento siseaba entre sus dientes mientras miraba lo que había descubierto. Las pupilas de Frazer se dilataron.

—¿También esto es nuevo? —preguntó él con suavidad pero con voz ronca mientras recorría con un dedo los costados de su delicado sostén.

—Yo… sssí… —si tan sólo la tocara en lugar de atormentarla con sus ojos pertubadores.

—¿Lo usas para mí?

Inclinó la cabeza, no sabía si decir la verdad.

—¡Sí! —cuando compró el vestido y la ropa interior, se dijo que lo hacía porque le gustaba a ella. Pero se engañó, ahora lo sabía. Quería lucir sensual para Frazer. No sólo lucir sino sentirse sensual. Molestarlo con lo que le negaba… atraerlo sólo para alejarlo. Pero esa noche no podía seguir negándoselo, como tampoco podía negárselo a sí misma. El ataque de celos que tuvo momentos antes dejó libre algo que su corazón guardaba con esmero. Ella necesitaba aquello, tanto como él… más…

—Entonces supongo que puedo pedirte que no lo uses —mas detuvo la mano de Emma cuando la chica la levantó para desabrocharlo—. Pero no ahora… todavía no… Oh, Dios… Me encanta cómo estás hecha, cómo luces, cómo te mueves, cómo piensas… me encanta todo lo tuyo, dulzura…

Él acariciaba el suave material siguiendo su delicado diseño, recorriendo una y otra vez los extremos del sostén hasta que ella sintió que agonizaba con un dolor tan intenso como si sus senos estuviesen aprisionados en acero en lugar de la suavidad del encaje francés.

—Por favor…

Frazer actuó generosamente al aceptar su súplica. Introdujo su dedo pulgar en el escote del sostén y le acarició un pezón erecto. Emma gimió y la boca de él cubrió la de la chica sin dejar de

provocarle placer con aquel dedo que daba vueltas sobre el pezón hasta sacarlo y dejar que rozara contra su camisa. Movió a Emma hacia un lado mientras su boca seguía devorándola al tiempo que liberaba el segundo pecho, acariciándolo con dedos que se sentían fríos sobre el calor que emanaba de su propia piel.

Frazer inclinó la cabeza y gimió al verla desnuda hasta la cintura, inflamada por una pasión que incrementaba la suya, la amplia boca de Emma, llena de placer, era todo un sueño erótico en sí misma. Entonces la movió hasta colocarla de espaldas a una estantería baja y se colocó entre sus piernas, presionando fuerte y cada vez más cerca, murmurándole placeres prohibidos mientras la urgía para que sintiera lo que le hacía a él, ya no era el amante lento, sino un hombre apasionado que tomaba todo lo que podía y queriendo aun más...

Ahora sentía su boca sobre sus senos. Emma gimió cuando él mordió los pezones erectos y los succionó. El sonido que provocaba era agudo y penetrante. Hizo que ambos se estremecieran.

Con un gemido bajo y ronco. Frazer la obligó a enderezarse mientras la atraía con violencia. Se quedaron mirando, sin aliento, conscientes de lo que casi sucede. Emma gritó suave y presionó las manos contra sus senos, ruborizándose ante la expresión de satisfacción intensamente masculina.

—Te dejé marcada —murmuró él con voz ronca.

Emma siguió su mirada y notó el ligero enrojecimiento de sus senos.

Era una evidencia de la pasión de Frazer, y también de la suya.

—Pero no te lastimé, ¿verdad? Te gustó que fuera un poco rudo...

—Oh, Dios, ¿qué he hecho? —murmuró ella, temblorosa, esforzándose por subirse el sostén y el cuerpo del vestido, casi desgarrándolo con la prisa.

—Actuaste con espontaneidad, Emma. Ambos lo hicimos. Sólo que el momento y el lugar no fueron los correctos. La próxima vez, será diferente... mejor... A ver, permíteme —la ayudó a vestirse con manos expertas. El lo había logrado y ahora Emma tendría que aceptar las consecuencias. Esa noche daba un giro en la vida de ambos. Después de esa noche ella ya no podría negar que había momentos en su vida cuando las necesidades de la mujer rebasaban las de la abogada, y que él era un hombre más que capaz de sacar a la superficie esas necesidades. Y después de esa noche él ya no podría convencerla de la seriedad de sus intenciones, ya no podría fingir que la amaba profundamente.

—¡No hagas eso! —dijo Emma entre dientes mientras Frazer pretendía abrir la puerta que los devolvería al mundo real—. ¡Alguien podría vernos salir! —evitaba mirarlo a los ojos mientras se alisaba el cabello y el vestido que, de repente, le pareció demasiado estrecho.

—Te ves bien, Emma —le dijo él con gentileza—. Un poco... ruborizada y achispada, pero así se supone que debes estar en una fiesta.

Emma le dedicó una mirada de pocos amigos.

—Déjame salir primero. Y arréglate un poco antes de que salgas —le ordenó ella. Frazer hizo una mueca como si le recordara lo sucedido.

Pero parecía que Emma aún no había alcanzado el fondo de su humillación. Después de abrir la puerta tomó aire y salió... justo en el momento en que Sir Clive, acompañado de Edward y Jasper, aparecieron por la puerta opuesta.

Los tres hombres la miraron y, fatalmente, su sensación de culpabilidad la hizo dudar. Y mientras lo hacía, la puerta a su espalda se abrió de nuevo revelando, además de los blancos, a un Frazer muy sensual.

¡*Qué humillación!*

CAPITULO 8

ESPERO que la casa que encontraste para los Conway tenga muchos armarios.

—¡Marc! Si haces un chiste más, sólo uno más… —empezó Emma con voz amenazadora.

—Lo siento —su asistente le hizo un guiño que nada tenía que ver con el arrepentimiento.

—Además, ya he oído decir eso hasta la saciedad —dijo Emma—. No creo que haya alguien en la ciudad que no haya escuchado la historia.

—Agradece que no haya llegado hasta los diarios. No me extrañaría nada que Edward telefoneara a algún periódico…

Emma se estremeció. Era probable que Edward lo hiciera si no creyera que el daño a su reputación ya estaba echo.

Nunca le perdonaría a Frazer que se alejara, dejándola sola para que diera explicaciones al trío sonriente. Habría sido mejor que hubiese seguido a Frazer a la fiesta con el último destello de dignidad que aún le quedaba. Su débil excusa acerca de que estaba revisando los blancos con los que contaría Frazer para su nueva casa, sólo sirvió para que dudaran más de ella. Tiempo después, Edward la arrinconó en el comedor, seguro de que sus más oscuras sospechas, hubiesen sido confirmadas.

—Por supuesto que te darás cuenta que nadie en la empresa podrá seguir tomándote en serio… una tonta que juega en los armarios durante las fiestas —terminó con satisfacción salvaje—. Nunca pensé que podrías ir tan lejos, Emma. Puedes haber sido arrogante, pero nunca atrevida. Quizá te dio pánico ver a la pelirroja coqueteando con Conway. Espero que hayas conseguido lo que querías, porque es tan seguro como el infierno que no podrás salir de eso. Si alguien tuvo dudas de tus métodos cuestionables para lograr la promoción, ahora dejaron de ser dudas para convertirse en certeza. Puedes despedirte de cualquier dirección mientras Clive tenga algo qué decir en la empresa. ¿Viste su rostro? Casi le da un ataque cardiaco… Tendrás mucha suerte si logras mantener tu empleo en ConCorp, pero despídete de cualquier puesto de responsabilidad en toda la ciudad…

Emma lo escuchó pálida, sin decir palabra. No intentó disculparse porque no tenía excusa. No estuvo usando a Frazer para lograr una promoción, pero era preferible que Edward lo creyera y que no se enterara de la verdad… que, tuvo un ataque de locura, temporal. Que Emma Rainer perdió la cabeza por un hombre. Estaba más aterrorizada que él, respecto a lo sucedido. Comprometió su

integridad profesional y personal en nombre del amor. ¡*Amor,* el gran error!

Permaneció en la fiesta sólo el tiempo suficiente para encontrar a Lady Dorothy y darle una excusa, para retirarse temprano. Tomó un taxi a casa olvidándose de Stuart, quien resultó excesivamente diplomático cuando ella lo llamó al día siguiente, por teléfono para ofrecerle una disculpa. El no le hizo ninguna pregunta, sin duda, porque ya conocía las respuestas. Edward debió correr la voz en cuanto ella salió de la fiesta. Al día siguiente, cuando Emma llegó a la oficina, las sonrisitas estaban a la orden, y su siguiente encuentro con Frazer añadió gasolina a los ardientes rumores.

Durante toda la mañana temió que Frazer la mandara llamar a su oficina, no le permitiría que escapara a las consecuencias de su atrevimiento la noche anterior. Pero el llamado no llegó hasta entrada la tarde.

Tan pronto como entró en la oficina de Frazer, se dio cuenta que su mal humor era injustificado. Debió haber tranquilizado sus emociones. Cuando Frazer trató de abrazarla y se disculpó por el retardo inevitable, ella reaccionó explosiva, empujándolo y acusándolo de mil cosas, incluyendo la sugerencia de que con deliberación la puso en evidencia durante la fiesta con el propósito de sabotear su ascenso.

—No me confundas con Phillip, Emma —protestó Frazer—. Te dije que no tenías nada que temer de mí...

—¡*Nada que temer*! —repitió Emma, enfurecida—. Has destruido mi reputación profesional, me has convertido en el hazmerreír entre mis colegas y has dejado mi integridad a cualquier cuestionamiento. ¿Qué *más* puedo temer?

—Actúas como si sólo fuera culpa mía, Emma. Para bailar un tango se necesitan dos. Bien, nos descubrieron actuando como amantes, ¿Y qué? Pudo resultar un poco vergonzoso, pero no veo por qué reaccionas como si hubiésemos cometido algo inconfensable. Hasta donde sé, no hay ninguna ley que prohíba que los colegas tengan una relación personal. Y si la hubiera, no funcionaría. Los amantes ignoran las reglas y las leyes... El amor establece sus propias reglas...

Emma estaba desconcertada ante el calor de sus palabras y el contraste de fría decisión en sus ojos azules. Amor... ¿No murmuró Frazer la palabra prohibida la noche anterior durante el momento más cálido? ¿Y no se preguntó ella qué sentiría al darle a ese hombre algo más que su cuerpo? La barrera de acero que rodeaba su corazón se estremeció ante la fuerza del conocimiento. Se estremeció, pero no se dio por vencida. No, amor no... no con Frazer. *Especialmente* no con Frazer. Sería un error. Él tenía a Tom... él admiraba a las mujeres dedicadas al hogar, como Sally. Había una gran cantidad de razones

por las cuales no podrían amarse. Sintió pánico y fortaleció sus barreras.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que podemos dormir juntos porque todos *creen* que ya lo hacernos? ¿Que como mi reputación ya está arruinada. ya no hay ninguna diferencia? —preguntó con desagrado profundo.

—No, no digo eso. Lo estás tomando demasiado en serio. Será el tema de conversación durante los próximos nueve días...

—¡Nueve días son demasiados! —le espetó Emma—. ¿Por qué no habría de tomarlo en serio? ¡Es mi vida! ¡A ti no te perjudica! Todos sabemos que tú no tomas tu trabajo en serio. No lo pediste y no te lo mereces. Muestras un interés serio sólo cuando se trata de algo referente a la construcción. Puedes dirigir esta empresa con la cabeza, ¡pero no creo que sea suficiente! La mitad de las veces que asistimos a juntas, tengo la sensación de que en tu mente sigues construyendo puentes...

—Presas.

—¿Qué?

—Sólo he construido un puente —respondió con tranquilidad—. Me especializo en presas y en proyectos de irrigación.

Qué poco sabía de él. ¡No era posible que amara a un extraño!

—Por lo que a mí respecta, ya sabes lo que puedes hacer con tu especialidad...

—¿Debo tomar tus palabras como una indicación de que te resulta imposible trabajar como mi directora ejecutiva?

Emma se heló. Después de todos los insultos que ella le espetó, no podía creer que fuera cierto lo que acababa de escuchar. Había enojo en sus ojos, pero, a diferencia de ella, lo mantenía bajo control.

—¿Me estás ofreciendo el puesto *antes* que duerma contigo? —presunto ella con sarcasmo.

—Sólo si eso te hace sentir mejor y aceptas —él alzó las cejas—. De esa manera tú y yo, por lo menos, podemos tener la certeza de que tu actuación en la cama no es lo que estoy juzgando para ofrecerte el puesto.

—Emma casi se conmociona ante el sarcasmo de su aseveración. Estaba tratando de ponerla a prueba, de seguro eso era.

—Sabes que no puedes hacer eso... el consejo...

—Es un consejo fantasma y lo sabes bien. Estoy dirigiendo esta empresa y si te quiero, te consigo.

—Pero Sir Clive...

—Clive hará cualquier cosa para que yo siga aquí, incluyéndote a ti.

—No es tan fácil —Emma rió, rencorosa—. De hecho, es demasiado *tarde.* No puedo aceptar. No tendría ninguna credibilidad en ese puesto. La gente diría que lo obtuve sólo porque me acosté

contigo…

—¿Y te hace feliz sacrificarte por una mentira?

—No tengo alternativa…

Frazer maldijo, rabioso ante el necio orgullo de Emma.

—Eres una tonta. No seas tan endiabladamente escrupulosa. Te estoy dando lo que dijiste que querías.

—Bien, ¡quizá ahora ya no lo quiero! —le gritó odiándolo por hacerlo sonar como si fuera un regalo de su parte en vez de una recompensa por su desempeño—. ¡Quizá considero demasiado alto el precio por trabajar con un retrasado mental tan arrogante y egoísta! Así que consigues lo que quieres. Bien, amigo, ¡pues esta vez conseguiste un *no*!

Salió cerrando la puerta con violencia sorprendiendo a dos secretarias que se quedaron tan heladas, como fascinadas. A mitad del camino que separaba la oficina de Frazer de la suya, escuchó su voz.

—¿Qué demonios quiso decir con eso, señorita Rainer?

—Quise decir, señor Conway, que puede quedarse con su puesto —le sonrió siniestra—. ¡Dónelo a alguna obra de caridad! ¡Renuncio!

La sangre hacía tanto ruido al circular que no escuchó más. Las orejas le ardían cuando pasó hecha una furia al lado de Marc y se derrumbó ante su escritorio. Acababa de quemar sus naves, ¡inmoló el puerto entero! Y todo porque no pudo enfrentar el deseo de arrojarse en los brazos de Frazer y aceptar, con agradecimiento, todo lo que él le ofrecía; poner su corazón, su confianza, su honor, en él, para siempre… La sensación de pánico resurgió mientras analizaba sus acciones momentos después. Había hecho el amor en un armario y un berrinche en la oficina. La Emma Rainer que era un par de meses antes, ni siquiera hubiese *soñado* con hacer algo como eso. Estaba cambiando, y tenía mucho miedo de que el cambio fuera para lo peor.

Después, por supuesto, la lógica regresó acompañada de la cómoda ilusión de autocontrol, ayudada por los valientes esfuerzos de Marc para convencerla de que su estallido era comprensible, aunque no prudente. Si ella renunciaba en ese momento, su actitud sería una confirmación de los rumores. Le daría a Edward la victoria en bandeja de plata. Por otro lado, si se quedaba, tendría que arrastrarse ante Frazer para que le devolviera el puesto. Tendría que enfrentarse a los burlones y sobrevivir a los rumores… enmascarar lo que sentía como catástrofe para hacerlo aparecer como una broma divertida. Y, más que cualquier otra cosa, debería mantenerse lejos de Frazer, de otra manera, habría otras noches, otros armarios… Por lo que a Frazer Conway se refería, su resistencia a la tentación, era nula.

Con amabilidad, Marc la dejó sola cuando se aseguró que Emma había recuperado un poco de estabilidad. La chica se quedó mirando al aparato telefónico con disgusto. ¿Sería capaz de ofrecer disculpas?

Se encendió la luz de una de las líneas internas y ella tomó el auricular. Quizá se trataba de algún problema legal... algo que pudiera hacerla olvidar lo que debía hacer...

—¿Emma? Habla Frazer —no sonaba furioso, pero tratándose de él no podía asegurar nada. Algunas veces podía ser suave como la crema y cortante como una navaja—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió Emma aclarándose la garganta antes de añadir con mayor firmeza—. Estoy bien.

—Mentirosa —Emma *escuchó* la sonrisa. Le dolió el corazón. Oh. Frazer, no seas amable... no ahora... no podría soportarlo...

—Vaya espectáculo que armaste.

—Mmm —fue un "Mmm" peligroso. La clase de sonido que podía significar una cosa o la otra, dependiendo de la respuesta.

—No hablabas en serio cuando dijiste que renunciabas, ¿verdad?

Emma asió el auricular con mayor fuerza.

—Debí haberlo hecho... —se hizo un silencio y ella suspiró—. Hubo una cantidad tremenda de testigos...

—¿Quieres que esos testigos sepan que abandonas la batalla sin luchar?

—Frazer... —sabía muchas cosas de ella, estaba al tanto de los rumores de la oficina. Si quería, podría chantajearla para hacerla decir..

—Emma —la manera suave en la que pronunció su nombre hizo que se aligeraran sus pensamientos enfebrecidos—. Me doy cuenta que para ti, tu trabajo es más importante que cualquier otra cosa en el mundo. No quiero ser el responsable de que lo pierdas. Y estoy seguro de que no permitirás que tu sueño se desvanezca debido a las actitudes de un arrogante y egoísta.

—Yo... no debí haber dicho eso...

—Pero lo hiciste. Y es verdad. Y también es cierto que Clive y yo tenemos perspectivas muy diferentes acerca de mi papel en ConCorp. El y yo somos muy distintos y no disfruto mucho la enorme confianza que tiene depositada en mí. Tengo planes, pero no son, necesariamente, del tipo que Clive aprobaría. Necesito a alguien como tú, confiable, leal y completamente dedicada a la compañía, para que me ayude a llevarlos a cabo. No huyas de mí ahora, Emma, y no me permitas que te presione...

—Yo... no iba a hacerlo —respondió Emma con voz grave, conmovida ante la sinceridad de Frazer. Una hora antes estaba maldiciendo hasta su nombre, y ahora, allí estaba él, regresando inexorable a sus sueños. ¿Cómo lo lograba? Hablaba como si ella fuese vital para su supervivencia. Y decía que sabía que su trabajo era lo más importante en el mundo para ella. Puesto en palabras, sonaba a soledad.

Emma tragó saliva, aspiró profundo y dijo, temblorosa:

—Por supuesto, me quedaré. Yo... perdí el control —era una disculpa pobre, pero no estaba segura de sí la situación ameritaba algo más.

—Suenas rara. ¿Estás llorando? —preguntó él después de una pausa.

—No, por supuesto que no—aseguró secándose las lágrimas.

—Claro que no —concedió él con ternura—. Después de todo, ¿por qué habrías de llorar? Un poco de pena por un pleito, nunca te ha vencido. Eres una luchadora, Emma, no vuelvas a olvidarlo. Sólo... ocasionalmente y para tu propio beneficio... deberías detenerte y asegurarte de saber con quién luchas... y por qué...

Oh, eso ya lo sabía. Sabía exactamente con quién y por qué. Si Frazer la presionaba un poco más, se quebraría y después de eso, ¿qué? ¿Un *affair?* Eso sólo arreglaría sus problemas profesionales. ¿Matrimonio? Aunque él se lo propusiera, sólo había una respuesta posible Había visto a Frazer entre sus sobrinos nietos. Por Tom, sabía que era un padre amoroso. Frazer tenía la apariencia del soltero más impetuoso, pero su esencia era la de un hombre hogareño. La paternidad lo demostraba. La disfrutaba, la necesitaba. Casarse con Frazer significaría bebés para la mujer que compartiera su futuro. Emma no permitiría verse atrapada de esa manera, a ningún precio.

Pero, aun así... ¿no era más amenazante la alternativa? Estar siempre sola, libre... pero, ¿para hacer qué? ¿Para nunca confiar en nadie que no fuera ella misma? Para ser la más lista, la más fuerte, la más independiente de todas sus contrapartes masculinas? Tenía veintiséis años de edad, y de repente, se le ocurrió que seguía tratando de seguir la línea que se marcó a sí misma cuando tenía dieciséis años. ¿Qué podía saber del mundo una ¡nocente pueblerina de dieciséis años? Una década la había hecho diferente a la jovencita idealista que se arrojó ansiosa a la libertad de la vida universitaria. Había alcanzado muchas de aquellas metas doradas, aunque la amenaza del reto hizo palidecer la sensación de éxito. Siempre consideró que algo más la esperaba, fuera de su alcance. Nunca supo con exactitud de qué se trataba. ¿Qué más necesitaba en su vida a los veintiséis años que no hubiese necesitado a los dieciséis, o a los veinte, o incluso a los veinticinco...?

Y en la neblina incómoda de su introspección, Frazer decidió de pronto que ya no necesitaba de sus fines de semana. Le anunció que había hallado su casa perfecta, que la pagó al contado y que se mudaría a ella en las próximas cuarenta y ocho horas. Emma se sofocó cuando descubrió que la casa era una de las que vieron el primer día de su búsqueda. A ella le encantó, pero, por supuesto, Frazer encontró defectos en cada fina de sus habitaciones confirmándole su convicción

de que sus gustos, como todo lo demás, eran incompatibles. Y ahora, como si tal cosa, ponía de cabeza su convicción. ¿Alguna vez se comportaría él como ella esperaba?

Dos días después de mudarse a su nueva casa, Frazer voló a Wellington para asistir a un seminario de la industria de la construcción y, sin la distracción de su presencia, Emma redescubrió su confianza en sí misma. Fue capaz de enfrentarse a Edward, a la desaprobación evidente de Charles Scott y al sorprendido Jasper con más humor que vergüenza, incluso sobrevivió, sin ruborizarse a la presencia de Lady Conway y Tom, acompañados de la encantadora y simpática Jenny Freeman, en su oficina.

Emma comió con ellos, atenta a cada una de las expresiones que cruzaban por el rostro de Lady Conway, sin atreverse a tener la esperanza de que Sir Clive no le hubiera dicho nada a su esposa acerca del incidente. Sin embargo, parecía que Lady Conway no hacía juicios sucios y, cuando la invitó a cenar unas noches después, Emma supo que no habría manera de negarse. Aunque la invitación hubiera partido de la ignorancia del incidente, era la oportunidad de recuperar su confianza. Marc se aseguró que el mundo supiera que Emma atacaba de nuevo.

Se desconcertó un poco, pero no se inquietó, al descubrir que no se trataba de la cena formal y amistosa que esperaba, sino de una celebración familiar en la cual ella era la única "extraña", Sheena había descubierto que estaba embarazada... Era una Sheena radiante y relajada a la que Emma difícilmente habría reconocido. Steven también estaba feliz. Mostró sus encallecidas manos casi con orgullo infantil y con la confianza de que él y Sheena conseguían por fin, lo que estuvieron buscando durante años.

—Ya fuera porque la familia actuaba con tacto, o porque realmente estuvieran preocupados por el desarrollo del menor de los Conway, nadie mencionó a Frazer. Ni siquiera Tom, quien de inmediato se acercó a ella para que le contara uno de sus famosos cuentos.

Emma envidió la atmósfera de felicidad de los Conway, y añoró su propia familia cuando regresó a su silencioso apartamento. A pesar de las apariencias, de las expectativas, de la educación o del dinero, su familia seguía siendo *su* familia. No tenía que competir para pertenecer a ella, no tenía que luchar por conseguir un lugar. Era Emma, simplemente *pertenecía* a ella.

Frazer estuvo fuera una semana y, extrañamente, todo el edificio de ConCorp parecía carecer de algo durante su ausencia. Su impacto en la empresa fue más sutil que dramática. Su manera casual de conducir los negocios, al principio desconcertante, se infiltró rápido entre todos, derribando algunas de las barreras creadas por la rígida jerarquía que tenía poco contacto real con los empleados. La

comunicación alguna vez restringida a los canales formales, era ahora más abierta y, aunque Emma alguna vez se habría horrorizado de que un subalterno la llamara por su nombre de pila, ahora lo veía como una señal de aceptación. Edward seguía insistiendo en que lo llamaran "señor Cleaver" en tono respetuoso, mientras Charles sólo respondía si lo llamaban "Sir". Sólo ella y Jasper se habituaron con facilidad al nuevo ambiente.

El día anterior al esperado regreso de Frazer, Emma tenía una reunión con un consorcio de inversionistas para discutir una operación en la industria minera. Su oficina había elaborado el trabajo legal inicial señalando un buen número de áreas que requerirían de cláusulas especiales que separaran los intereses de la compañía de los del consorcio. Con el gerente general del área de minería de ConCorp y con Jasper, Emma sería la encargada de negociar el acuerdo y las nuevas cláusulas. El incierto clima económico había puesto nerviosos a los inversionistas y Emma supo que aquella reunión era vital para devolverles la confianza. Si ConCorp lo lograba, significaría millones de dólares de beneficios extras al año, por lo menos, durante una década. Por eso fue que no se alegró cuando a los ocho y cuarto de la mañana, con una rara sensación en las piernas y con el cabello aún húmedo, fue a abrir la puerta de su apartamento para encontrarse con una Jenny angustiada que llevaba de la mano al pequeño Tom que lucía realmente sonrojado y de mal humor.

—Lo siento, Emma, de verdad, odio hacerte esto, pero. Tom está enfermo y no puede ir al jardín de niños. Yo tengo que regresar a Estados Unidos...

—Tienes, ¿*qué*? —Emma dio un paso atrás cuando ellos entraron.

—Las cosas de Tom están aquí —Jenny dejó caer una maleta al suelo—. Odio hacerte esto... pero tengo un taxi esperando...

—Pero... ¿qué es esto? ¿Qué sucede?

—Es Tracey... la esposa de mi hermano Andrew... tuvo un aborto y Andy está desesperado. Está inmovilizado en Dubai sin manera de ir a casa por lo menos en una semana. Me telefoneó para pedirme que fuera a cuidarla y por supuesto no pude negarme. Tracey no tiene familia y lo último que necesita es estar encerrada en un hospital sin nadie que la visite. Telefonee a las aerolíneas tan pronto como mi hermano me llamó esta mañana y conseguí un sitio en el vuelo... —miró su reloj y gritó—: ¡en cuarenta minutos! Dios mío, debo marcharme. ¿Puedo dejarte a Tom? Está enfermo, pero no es algo serio. Lo llevé ayer al médico y me dijo que sólo se trata de un resfriado. En la maleta hay algunos antibióticos, y el número telefónico del médico... —se dirigía a la puerta mientras hablaba. Emma estaba conmocionada.

—Pero... tengo una reunión por la mañana... ¿Y Lady Conway.. ?

—Le telefonee... pero no obtuve respuesta. No podía esperar. Además, Tom dijo que quería quedarse contigo. ¿Podrías hablar más tarde con la tía Dot? ¿O con Julie o Miriam? Por favor... ¡no sé qué otra cosa puedo hacer!

La siempre tranquila Jenny estaba a punto de llorar y Emma se enfureció consigo misma. Lo primero era lo primero: darle confianza a Jenny, después ¡aterrorizarse!

—Por supuesto, lo haré. Márchate, Jenny. Yo cuidaré a Tom, te lo prometo. No te preocupes por nada —le aseguró con firmeza.

—Gracias. Dile a Frazer que le telefonearé desde Los Ángeles tan pronto como pueda.

En cuanto Jenny se marchó, llevó a Tom a su cama para vigilarlo mientras terminaba de vestirse.

Se peinó con su moño acostumbrado sin molestarse en secarse primero el cabello. Tom regresó y la vio maquillarse mientras Emma volvía a intentar con el teléfono.

—¿Qué haces?

—Me maquillo.

—¿Vamos a salir?

—*Yo* voy a salir. Tengo una reunión de trabajo —por fin se escuchó una voz dudosa al otro lado de la línea. Era la mujer de la limpieza. Lady Conway había salido. Y no, ignoraba dónde estaban los otros miembros de la familia... excepto la señora Sheena, que había acompañado a su suegra.

Consciente del paso de los minutos, Emma se puso las medias y llamó a Marc. El vivía más cerca de la oficina que ella, y tenía la esperanza de que todavía no se hubiese marchado. No lo había hecho. Cuando le planteó la situación, su tono de voz se levantó más de lo usual.

—¿Quieres que llame a una agencia?

Emma podría ser horrorosamente práctica, pero no era inhumana. No dejaría a Tom con una desconocida.

—No. Quiero que vengas y te quedes con él —ignoró todas sus protestas—. Trudy puede tomar las notas de la reunión y yo me sentiré tranquila al saber que Tom está en buenas manos. Y no me digas que no puedes hacerlo... lo mantuviste perfectamente divertido en la oficina cuando fue a esperar a su padre. Le simpatizas y eso es lo más importante...

—¡No quiero a Marc, te quiero a ti! —exploto Tom cuando Emma colgó—. *Tú tienes* que cuidarme. ¡Le dijiste a Jenny que lo harías!

—Lo sé. Pero no me refería a quedarme en la casa a cuidarte. Esta reunión...

—¡No puedes marcharte! ¡No puedes! —parecía que el niño empezaría a llorar en cualquier instante. De hecho, ya lo hacía.

Enormes lágrimas escapaban de sus ojos azules. Conmovida Emma lo abrazó con fuerza.

—Oh, Tom, no llores...

—¡Entonces te quedarás! —las lagrimas parecieron desvanecerse con una rapidez sospechosa y Emma entrecerró los ojos.

—Tom, ya te lo dije, esta reunión es muy importante...

—¿Más importante que yo?

—No. Pero importante, aunque de diferente forma. Tengo responsabilidades, Tom, no puedo deshacerme de ellas porque tú estés enfermo.

—Pensé que eras mi amiga. Dijiste que tendrías tiempo para mí si yo te necesitaba, pero no era cierto... —le echó en cara sus propias palabras.

Emma sabía que era manipulada pero no pudo evitar sentirse culpable. Si ella fuera la clase de mujer que Tom y su padre querían que fuera, probablemente se quedaría sin pensarlo dos veces. Pero no lo era. Aunque amaba a los niños, no era una hada madrina sin necesidades propias y dispuesta a cumplir todos los deseos. Su generosidad tenía límites. Los padres hacían sacrificios por sus hijos, pero había ocasiones en que también los hijos tenían que hacer sacrificios. No era la madre de Tom, pero el principio era el mismo. Percibió que si daba por vencida fácilmente esa vez, sentaría un peligroso precedente para el futuro.

—Tom, cariño —le acarició el cabello mientras elegía con cuidado las palabras—. Si pensara que realmente me necesitas, por supuesto que me quedaría. Pero hay una diferencia entre querer y necesitar y creo que eres lo bastante mayor como para notarlo. *Quiero* quedarme contigo. No quiero marcharme y preocuparme por ti, pero no es tan fácil hacer lo que tú o yo queremos. Mucha gente depende de mí, quiero que las personas sepan que Emma Rainer no los dejará solos sin una razón muy buena. Si fuera *yo* la que estuviera enferma, aun así iría a la oficina... porque hoy es un día muy importante para mí...

El labio inferior de Tom temblaba.

—Tom, si realmente te sientes mal y realmente me necesitas, entonces supongo que no tengo alternativa —le dijo, desesperada—. Pero debo ser honesta. Creo que estás tratando de hacerme sentir mal para que haga lo que tú quieres.

—Tú me odias —le dijo con una voz pequeña y dura. Y esta vez las lágrimas fueron genuinas.

En lugar de consolarlo, le preguntó con suavidad:

—Si voy a trabajar, Tom, ¿me quitarás tu amistad?

El niño habría querido responder que sí, Emma lo vio en sus ojos, pero entonces desvió la mirada y movió la cabeza mientras le murmuraba, entrecortado, rodeándole el cuello con los brazos.

—Te amo, Emma.

Emma tuvo que luchar por contener sus propias lágrimas.

—Bien, eso significa que estamos ligados uno al otro, porque yo también te amo —admiró su sonrisa y después dijo con seriedad—: Y yo no dejaré de amarte sólo porque discutamos algunas veces. No es fácil para mí tener que decir no y marcharme sabiendo que estoy decepcionándote. Gracias por no hacerlo más difícil de lo que es. Estaré pensando en ti y te prometo que regresaré tan pronto como pueda. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —no estaba feliz, pero Emma no esperaba milagros.

Tom lloró un poco cuando ella se marchó pero fue una señal más de resignación que de protesta, y la dotación de videos de dibujos animados que llevó Marc, hicieron el resto.

Emma seguía sintiéndose culpable, pero también orgullosa de la manera en la que solucionó una situación tan difícil... y también orgullosa de Tom. ¡Tan orgullosa como si él fuese su propio hijo!

CAPITULO 9

NOS haces dar muchas vueltas en esto, Dyson —señaló Emma con impaciencia al hacer referencia a una de las contrapropuestas que Trudy distribuía alrededor de la mesa. El consorcio, dirigido por un Harold Dyson belicoso, había dificultado los esfuerzos de Emma para conciliar los términos de la proposición original.

Emma empezaba a retomar el control de la sesión cuando la puerta de la sala de juntas se abrió repentinamente y Frazer llegó. No usaba traje. Parecía cansado, y completamente fuera de lugar en el silencioso salón de juntas. También estaba furioso.

Sentada al otro extremo de la enorme y pulida mesa, Emma intentó disminuir el impacto de su violenta llegada diciendo con suavidad:

—Frazer... no te esperábamos hasta mañana.

—Me lo imagino —respondió sin amabilidad.

Emma estaba sorprendida. ¿Ponía en duda su habilidad?

—¿Quieres sentarte y tomar parte en la reunión? —le preguntó fría

—No. Quiero hablar contigo, Emma. Afuera.

Emma no podía creer lo que escuchaba. Le hablaba como si ella tuviera una posición muy inferior en la empresa, y no como a una colega respetada. Trató de asirse de su profesionalismo.

—Tendremos un receso para comer dentro de media hora...

—*Ahora.* Quiero hablar contigo *ahora* —la máscara de piedra desapareció para mostrar toda su furia. Los asistentes se movieron inquietos. Frazer se volvió hacia Trudy sin quitar la mirada del cuerpo rígido de Emma—. Sírveles café a todos, Trudy. Tómense cinco minutos, caballeros. La señorita Rainer regresará con ustedes en un momento.

Frazer puso una mano en la perilla de la puerta y le hizo un gesto a Emma para que saliera. Ella lo hizo rígida, sin mirarlo yendo hasta el final de la oficina lateral, y se volvió, preparada para el ataque.

—Fui a tu apartamento. ¡Pensé que estarías cuidando a mi hijo!

El corazón de Emma se detuvo ante el salvajismo de su tono.

—¿Sucedió algo? ¿No está Tom en mi apartamento?

—Oh, sí. ¡Tom estaba allí! Muy contrariado...

—¿Quieres decir que Marc lo dejó...?

—¡Tú lo dejaste! —la acusación se clavó como si fuera un cuchillo.

—Pero, ¿no te explicó Marc...?

—¡Oh, sí, me lo explicó a la perfección! —se burló—. Me explicó cómo, después de aceptar la responsabilidad de cuidar a Tom, alegremente se lo endosaste porque no podías distraerte...

—Yo no se lo endosé, ¡y por supuesto tampoco alegremente! ¿Esta

todavía allá...?

—Está en mi auto. Lo llevaré a casa. Sólo quería escuchar tu excusa...

—No necesito excusarme, tuve una buena razón. Tú sabes lo importante que es esta junta. Y Tom lo entendió... le dije...

—Le dijiste esa basura acerca de que él no te necesitaba sí, Tom me lo dijo. Que conveniente para ti —la hirió el sarcasmo—. ¡Tiene cuatro años! ¡Puede ser más inteligente que los chicos de su edad, pero su corazón y sus emociones siguen siendo los de un niño! Está enfermo; la persona más parecida a una madre para él desapareció y la mujer a la que se dirigieron para que tomara su lugar, también lo abandonó...

—¡Las cosas no sucedieron así! —la voz de Emma se elevó para luchar contra aquella furia, sus ojos echaban chispas ante la injusticia de los comentarios de Frazer. Lo había visto furioso en otras ocasiones, pero nunca así.

—Tom comenta que le dijiste que lo amas. ¡Dios! ¿Ese es tu concepto del amor? Tom no es un juguete al que se le pueda dedicar sólo el tiempo que quieras, y después guardarlo en un armario, al que puedas sacar de tu mente cuando tienes mejores cosas qué hacer...

Fue muy desafortunado que usara la palabra *armario*. Alertó los mecanismos de defensa de Emma.

—No lo saqué de mi mente. Exageras con deliberación.

—Nadie dijo jamás que el amor era poco complicado o fácil. Pero le sucede naturalmente a la mayoría de la gente que no escurre el bulto ante la responsabilidad...

—No me hables de responsabilidad, no es un terreno seguro para ti, Frazer —le advirtió con acritud—. Tuve que hacer mi trabajo pero no olvidé a Tom. De hecho, le telefonee hace un par de horas. Parecía estar bien...

—Pues no estaba bien cuando llegué a tu apartamento. Estaba llorando...

—¡Habrá llorado cuando te vio a *ti*! —la expresión en los ojos de Frazer le confirmó su sospecha. Tenía suficiente experiencia con los niños para saber lo fácil que puede ser manipulado el sentimiento de culpa en los adultos por un niño enfadado.

—El punto es que traicionaste su confianza. Le mostraste lo poco que él significa en tu gran esquema de vida...

—¿Por qué tratas de hacerme sentir culpable? Hice lo mejor que pude dadas las circunstancias. ¿Por qué no le reclamas a Lady Conway o a tus sobrinas por no estar presentes cuando las necesitas? ¿Y qué me dices de ti? ¿Cuántas veces has escurrido el bulto de tu responsabilidad hacia Tom por asuntos de negocios? Tú también te fuiste, recuérdalo. Pero, vaya, tu eres hombre, eres *importante*... ¡lo

que tú *haces es* importante! Un hombre tiene el derecho de equilibrar sus actividades personales y profesionales. ¡Pero una mujer tiene que ser suave, compasiva y siempre, estar dispuesta! —se alegró de estar vestida con su traje más formal, azul oscuro y con poderosas hombreras.

Estaba de pie en la actitud del vencedor, con los pies firmemente plantados, las manos sobre las caderas, la barbilla levantada. Entonces, ¿por qué se sentía como si estuviera perdiendo? Él tenía razón al decir que el amor no era fácil. Amarlo era lo más difícil que jamás hubiera hecho.

—Tom no estaba enfermo cuando yo salí... —protestó Frazer.

—Y no está enfermo ahora. Tiene un resfriado, eso es todo —la voz de Emma se suavizó inconscientemente ahora que él estaba a la defensiva—. Estás exagerando, Frazer...

—¡No me digas cómo actuar! —la furia de Frazer explotó.

—¡Entonces deja de decirme cómo debo actuar yo! —la furia de Emma alcanzó el mismo nivel que la de él—. Lo que soy nunca ha sido lo bastante bueno para ti, ¿verdad? No soy muy buena en los zapatos de otra persona. No soy tu esposa, Frazer. No me parezco en nada a tu esposa —dolía admitir que ella no era lo bastante buena para él— ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Lo sabes? ¡Yo no! Quisiste que me relajara... lo hice, y casi me cuesta el empleo. Quisiste que te buscara una casa... y después tomaste una decisión arbitraria por tu cuenta.

—Quisiste que aceptara que podemos mezclar el trabajo con el placer sin problemas... ¡y ahora haces esto!

Con cada palabra rabiosa Emma se sentía un poco más libre. Fue un bendito alivio estar de repente tan furiosa como para no preocuparse por los sentimientos de nadie. Se lo quedó mirando.

—¿Cómo te atreves a actuar como si yo fuera de tu propiedad? ¿Cómo te atreves a darme por sentada? ¿Cómo te atreves a insultarme por ser yo misma y no tu inmaculada y fantasiosa imagen de dulzura maternal? Te dije que no lo era. Una y otra vez te dije lo que es importante en mi vida. Pero no escuchaste. Pensaste que lo sabías mejor que yo. No eres diferente a mis familiares, ni a Phillip, o a cualquier otro que asuma que puedo ser moldeada para llenar las carencias de sus vidas.

—¡No pienses que ignoro por qué insistes en acercarnos a Tom y a mí! Desde el principio lo usaste para conseguirme. Trataste de presionarme a que "me diera cuenta" de cuál era mi verdadera vocación. Tu verdad, Frazer, ¡Nunca la mía! No me necesitas como amante, mucho menos como esposa... después de todo, ¿cómo podría yo igualar la perfección de Sally? No, lo que quieres es que yo sea una *madre.* Una vez que te diste cuenta de mi afinidad con los niños, fue todo lo que viste. Todo lo que quisiste ver. El resto de mi persona no

contaba para nada a pesar de tus lindas palabras. ¡Pues vuelve a mirar, Frazer Conway!

La miró. Estaba magnífica: furiosa, orgullosa y remota... intocable en su autosuficiencia.

—Ahora sal de aquí y déjame hacer el trabajo por el cual me pagan —le espetó—. Y nunca, *nunca* pretendas usurpar mi autoridad de la manera en que lo hiciste. Todo lo que quiero de ti en el futuro, Frazer Conway, es el respeto que se merece mi posición en esta compañía, el respeto que me *debes.* Mi vida es *mía.* ¡Busca a otra mujer a la que no le importe estancarse como tu sirvienta!

La respuesta fue tan repentina como devastadora.

—*¿Otra?* —una sonrisa burlona curvó sus labios—. Estás tan ocupada pensando, actuando y vistiéndote como hombre, que me pregunto si aún puedes recordar a qué sexo perteneces. Quizá te gustaría que ConCorp pagara tu operación. Así, nadie volvería a confundirte otra vez con una mujer...

Emma jamás había golpeado a nadie en su vida. Las palabras habían sido su única arma. Ahora estaba allí, mirando, apabullada, las marcas que le dejó a Frazer en la mejilla. Sintió la sangre llegar de nuevo hasta las yemas de sus dedos y notó la sonrisa cruel y sardónica de aquel hombre mientras le decía con suavidad y sin remordimiento:

—Sin embargo, en algunos aspectos, sigues peleando como mujer, ¿no es así, Emma? Segura de que mi caballerosidad hipócrita y pasada de moda no me permitirá agredirte. Puedes relajarte. No lastimo a las mujeres, niños o animales tontos. De hecho, trato de no herir a nadie. Que lástima que no seas lo bastante "hombre" como para decir lo mismo...

Dyson y su equipo debieron ser tomados por sorpresa por la tigresa que volvió a reunirse con ellos varios minutos después. Había desaparecido la negociadora fría y calculadora que paciente había tratado de conciliar cada uno de los puntos del debate, y en su lugar estaba una adversaria ceñuda, implacable, sedienta de sangre. Dyson debió adivinar que su repentino cambio era resultado de las instrucciones específicas de Frazer para que jugara fuerte y tratara de forzar al consorcio a aceptar las cláusulas... quizá porque ConCorp tuviera una oferta más favorable de otro consorcio o porque sus estudios geológicos les hubiesen revelado que los beneficios económicos serían dramáticamente más elevados. De repente, Dyson se mostró más de acuerdo con las sugerencias de ConCorp, y para el final de la tarde, Emma había logrado un acuerdo mucho más favorable de lo que ella misma esperaba.

Pero su orgullo personal por el logro era bajo. De no haber sido por la interrupción de Frazer, las cosas habrían sido diferentes y, sospechaba, mucho menos exitosas. Una vez más, Frazer lograba

sabotear su confianza.

Marc estaba en su escritorio cuando Emma y Trudy llegaron de la sala de juntas y, en lugar de saludarlas con su acostumbrada sonrisa, parecía estar inquieto ante su jefa.

—Frazer fue el apartamento...

—Lo sé —lo interrumpió Emma—. También vino aquí.

Marc se quitó las gafas y jugó con ellas.

—No habló mucho, pero no parecía feliz.

—Eres un maestro de la suposición, Marc —la voz de Emma era tan seca y furiosa, como su mirada. Frazer había puesto nervioso a su asistente. Marc, el imperturbable, estaba encogido.

—Traté de explicarle, pero parecía que él pensaba conocer todas las respuestas —murmuró Marc, volviendo a colocarse las gafas para mirar la expresión controlada de Emma—. ¿Se puso violento?

—Sí. Y yo también —Marc parecía alarmado y, sabiamente, decidió que ya bastaba de ser curioso. Salió con rapidez acompañado de Trudy.

Y con un tacto aun mayor, Marc se aseguró que, hasta el final del día, Emma estuviese muy ocupada, y fue sólo cuando ella llegó a su apartamento cuando se permitió pensar en la horrible escena con Frazer.

Lo enfrentó, sí, pero, ¿a qué precio? Ahora él la consideraba una autómata fría y sin corazón. Debería sentirse aliviada. Así la dejaría en paz. Sus problemas desaparecerían y todo volvería a ser como antes.

Como siempre, había llevado a casa su portafolio lleno de papales para trabajar en ellos, pero el sólo mirarlos la hizo sentirse cansada. Se forzó a cenar bien y aun así se sentía vacía. Trató de leer. Llenó la bañera y permaneció allí durante una hora dándose consejos.

Después del baño se mimó un poco poniéndose crema y un perfume exótico. En lugar de secarse el cabello con la pistola de aire hasta dejarlo lacio, como siempre lo hacía, se acostó boca arriba sobre la cama y con la cabeza colgando a un extremo, se lo secó hasta hacerlo lucir grueso y alborotado. Se miró al espejo. El estilo despreocupado iba bien con su estado de ánimo. Miró su cuerpo. Estaba demasiado pálido debido a que tenía mejores cosas que hacer que perder el tiempo tendiéndose al sol, pero Frazer parecía haber estado fascinado con su palidez. No cabía duda de que estaba acostumbrado a las tontas chicas bronceadas de California, pensó con desagrado.

Deslizó una mano desde el pecho hasta la cadera. Era placentero saber que ella era diferente... única, aunque eso fuera parte de lo que los hacía imposibles como pareja. Sabía que, aparte de lo demás que andaba mal entre ellos, sexualmente, ella y Frazer habrían resultado dinamita juntos; él se lo demostró. Sus senos le dolieron al recordar

aquella sesión secreta y pecaminosa en el armario y, con rapidez, se volvió de espalda al espejo, horrorizada por la ansiedad de su cuerpo que traspasaba la frontera de su cerebro.

Encontró la larga y gruesa bata blanca de Givenchy, que se compró en un momento de debilidad, y se cubrió con ella. Después tomó el diario y fijó la atención en la película que transmitirían por la noche. *Brief Encounter.* La original, no la versión posterior. Más lágrimas, pero por lo menos esa vez no serían vertidas por ella misma. ¿O sí? El título de la película parecía sugerir su propio destino. Si no lograba confiar en algún hombre, su vida estaría destinado a encuentros breves.

Acomodó las almohadas, dispuso las golosinas y colocó un litro de leche en una hielera. Abrió una caja de pañuelos desechables y los colocó sobre la mesa de noche.

El primer paquete de golosinas duró hasta el tercer corte comercial. Ya había dado cuenta de varios pañuelos desechables, anticipándose a la tragedia y sus ojos estaban ligeramente enrojecidos cuando llevó su plato a la cocina para prepararse unos bocadillos. El paté y las lágrimas iban muy bien. Observando su rostro en la ventana del horno de microondas, sonrió, dudosa. Con el cabello revuelto y el bigote de leche sobre su labio superior, parecía haber dejado de ser la dama de hierro de ConCorp. Parecía más un profesor chiflado. Era una lástima que no pudiera inventar una supermedicina para un corazón roto.

Iba a mitad de camino entre la cocina y el dormitorio, cuando el teléfono sonó. Levantó el auricular y se sorprendió cuando escuchó la voz al otro lado de la línea.

—¿Marc?

—Lamento telefonearte tan tarde. Yo… bueno… no hay nadie allí, ¿verdad?

—No, estoy en la cama.

—Oh —tosió—. Bueno, entonces quizá sea mejor dejarte tranquila…

—Marc. ¡No me digas que sólo llamaste para saber si tenía una fiesta sin ti!

—No. Lo que pasa es… probablemente no importa, pero pensé… si tuviste una pelea… es decir, sé lo que piensas de tu intimidad… quizá no quieras..

—Marc, ¿qué estás tratando de decir? —le divirtieron sus titubeos.

—Oh… ¿te acuerdas de la llave de tu apartamento que me diste esta mañana? —hizo una pausa como esperando a que ella adivinara el resto.

—Sí —le respondió animándolo a continuar, su cerebro no alcanzaba a aceptar el reto.

—Bueno… verás, salimos todos juntos y entonces Tom recordó que

había dejado su tigre de felpa… bueno, le di la llave a Conway para que regresaran por él…

—¿Y? —Emma se negó a pensar en lo obvio.

—Se quedó con la llave. Pensé que debía decírtelo. Sólo por si quieres atrancar la puerta o algo así —remató su broma débil con una risa aun más débil—. Mira, no es nada, sólo lo recordé y pensé… bueno, uno nunca sabe lo que hará Conway. No puedes decir que sea un hombre previsible, ¿o sí? Le pediré la llave mañana para que no tengas que preocuparte tú por pedírsela. ¿Por qué no olvidas que te llamé? Probablemente pude haber esperado hasta mañana, pero supongo que quise cubrirme. Buenas noches, Emma.

Colgó con más rapidez de lo que marcaban las reglas de la cortesía y Emma seguía de pie, con el auricular en la mano, cuando escuchó que una llave abría su puerta. Dirigió hacia allá la vista con una calma fatalista y escuchó los pasos firmes y masculinos. Frazer iba vestido todo en negro, lo cual iba muy de acuerdo con el estado de su relación, pensó Emma, mareada.

—Si esa es una llamada de emergencia, es mejor que lo pienses mejor —dijo él con cuidado, alerta a la actitud de Emma—. No son muy amables con las falsas alarmas.

—Yo… no, era Marc. Él… él acaba de recordar lo de la llave —respondió con voz ronca. Colgó el auricular, sin darse cuenta que no lo había hecho bien.

—No creo que me hubieses dejado entrar si hubiera llamado a la puerta —como ella no gritó ni le arrojó algo, cruzó la sala y colgó el auricular correctamente.

—Por supuesto que no te hubiera dejado pasar —Emma intentó sonar seca, pero sólo logró mostrar su sorpresa. No sabía qué hacer. ¿Por qué habría ido? ¿Como supo que ella quería que él…?

El rostro de Frazer, con una expresión de decisión sombría, se relajó un poco.

—Por eso nos ahorré otra discusión inútil. Soy un hombre persistente. A propósito, aquí está tu llave.

Emma la tomó con mano temblorosa. Debería estar enojada. Debía exigirle que diera la vuelta y se marchara. ¿En dónde estaba su orgullo? Se lo quedó mirando con el ceño fruncido. La inquietud le recorrió las venas. ¿Por qué no? Sólo una vez… ¿Por qué no ser lo que él quería…?

—Pude haberte comprado unas flores, pero pensé que preferirías las palabras —le dijo acercándose lo suficiente como para tocarla.

Emma tragó saliva y el plato que todavía sostenía en una mano empezó a temblar peligrosamente.

—¿Cuáles palabras?

Frazer miró el plato.

—¿Es tu cena?

—No. Cené más temprano —no confiaba en sus palabras. ¿Adónde se había ido su rabia?—. Son sólo bocadillos.

—¡Me alegra no haberte estropeado el apetito —su voz suave y profunda derritió todos sus sentidos.

—¿C-cuáles palabras? —insistió, resistiendo la fuerza sensual que la hacía desear acercarse a él.

—Esta tarde perdí los estribos por muchas razones —empezó impaciente—. Había estado trabajando como endemoniado en Wellington para poder regresar temprano contigo... y con Tom... Estaba muy cansado e inquieto por las noticias de Tracey y preocupado por el breve informe de Jen acerca de la enfermedad de Tom. Supongo que puedes decir que tenía pánico —admitió encogiéndose de hombros—. No es algo que me suceda con frecuencia. Lo único que me tranquilizaba era que Jen dijo que *tú* estabas cuidándolo. Vine directo aquí, desesperado por encontrar consuelo, lleno de gratitud, y me encontré a ese chico instalado en tu apartamento. Por un momento pensé que él se había mudado contigo. Tiene suerte de que no le haya roto su linda nariz —contempló brevemente la satisfacción que le hubiese causado hacerlo—. Me sentí... abandonado. Y luego Tom empezó a llorar y entonces también me sentí abandonado por él. Fue la gota que derramó el vaso. Quería torcerte el cuello.

—Me di cuenta —se llevó la mano libre al cuello. Frazer siguió el gesto con aire ausente, y entonces pareció percatarse de lo pequeña que era su constitución. Los ojos azules se abrieron notoriamente y bajaron hasta la bata, después subió a su cabello, a sus ojos un tanto enrojecidos y a la boca. ¿Pensaría que ella era un fraude? Frazer sonrió de pronto, una de esas sonrisas tiernas que guardaba para ocasiones especiales, para gente especial. Con un dedo le limpió el bigote de leche y ella se conmocionó ante el contacto.

—¿Leche?

¡Había descubierto otro de sus secretos! Miró el plato mientras encontraba algo qué decir.

—¿En dónde está Tom?

—Con Miriam. Ella y Julie salieron hoy a uno de sus maratones de compras, por eso fue que no pudiste localizarlas. Lamento que te hayas involucrado en este lío.

Emma advirtió que sus ojos tenían un brillo extraño. Siguió observando su plato.

—¿Se siente mejor?

—Está bien. De hecho, está mejor que yo —le respondió con impaciencia—. Dejemos a Tom fuera de este...

—¡No fue eso lo que dijiste esta tarde...!

—¡Esta tarde estaba aterrorizado con la idea de que te hubieses metido otra vez en tu caparazón! El miedo tiene su propio lenguaje, la mayor parte, estúpido. Tenía miedo de que hubieras decidido que Tom y yo éramos demasiado problemáticos... que te hubiésemos dado miedo. Por Dios, Emma, estaba lastimado. ¡Quería que supieras lo que estabas haciéndome!

—Me sonó más a regaño —le hizo ver y él se tensó, inquieto, desacostumbrado a que lo criticaran, aunque lo tuviera bien merecido.

—Me confundí —aceptó, terco—. Te vi sentada allí, tan fresca como una lechuga entre esos hombres que pensé "está más cómoda aquí que conmigo". Supe que había hecho un movimiento en falso tan pronto como vi tu rostro, pero no pude detenerme. Supongo que tenía que ponerme a salvo, diciéndote lo que te dije y con ello proyectar en otra persona todas mis inseguridades. Tom fue el catalizador. Era eso, gritarte, o arrojarme a ti, en llanto, y suplicarte que no te alejaras de mí, suplicarte que me amaras. De alguna manera, dadas las circunstancias, creo que preferí gritarte. Escuché lo que lograste en esa junta... te felicito.

Si él hubiese llorado como un niño pequeño, ella no habría podido regresar a la junta y destrozar la oposición a la que se enfrentó en un principio. Sólo pensarlo la hizo estremecerse. ¿De verdad se habría sentido así? ¿Rogarle que lo amara...?

Él observaba muy de cerca los efectos de sus palabras.

—Debes saber cómo me siento por las locuras que dije e hice desde que te conocí. Eres como una droga en mi organismo, Emma, cada día necesito más y más de ti para seguir funcionando como ser humano. Necesito saber si tú también sientes algo. Así es, ¿verdad, Emma? Por eso has estado llorando... tienes los párpados hinchados. ¿Llorabas por nosotros, dulzura...?

—Celia Johnson —respondió con un hilo de voz.

—¿Qué?

—Lloraba por Celia Johnson. La película. En la televisión —Frazer frunció el ceño y ella apuntó hacia su dormitorio. Un error, porque Frazer lo tomó como una invitación. ¿O era un *lapsus* freudiano?

Frazer fue al cuarto y vio el aparato televisor, la hielera, el vaso con leche, los retorcidos pañuelos desechables sobre la cama con sábanas revueltas. Un lío. Frazer tuvo esperanza. Quizá ella lo comprendería Después de todo, le permitió llegar allí sin demasiados problemas.

—¿Duermes en cama doble? Así debe ser —le dijo él con buen humor quitándole de la mano el plato y colocándolo sobre la caja de pañuelos desechables, entonces la tomó de la mano y la llevó hasta la cama—. Bien, veamos juntos el resto de la película —dijo quitándose los zapatos y se sentó a un lado de ella—. Necesito algo que me haga

olvidar mis problemas.

Emma supuso que algo lo haría olvidar sus problemas, ¡pero no sería una vieja película!

—No me arrepiento de nada de lo que dije esta tarde —le advirtió ella separándose un poco.

—Yo sí —le respondió con suavidad, y una sonrisa.

—Dijiste que no soy mujer...

La sonrisa de Frazer pasó de dulce e inocente a sensual y perezosa.

—¿Y me lo creíste? ¿A pesar de saber que me vuelves loco con sólo mirarme con esos ojos de miel? —tomó el lazo de su bata y jugó con él mientras miraba la pantalla del televisor—. Las únicas ocasiones en las que tengo que ocultar mis inclinaciones en armarios, dulzura, es cuando no puedo tenerte a solas en cualquier otro sitio.

Emma se ruborizó. No podía concentrarse en la película, y menos aun cuando, por el rabillo del ojo, podía ver que Frazer, había desanudado el lazo. La tela que se deslizaba ya había descubierto parte de sus largos muslos y ahora la parte superior dejaba al descubierto uno de sus hombros. ¡Debía detenerlo en ese preciso momento!

Se inclinó para tomar un bocadillo y darle un sorbo a su leche, pero no la ayudó a concentrarse el que Frazer se la quedara viendo con la intensidad de un hombre hambriento.

—Frazer... —trató de quitarse un pedazo de galleta que se le había fijado en el labio inferior, pero él se le adelantó y con la lengua, cálida y húmeda, se lo quitó—. Frazer, no podemos...

—¿Sigues enojada conmigo? —le murmuró muy cerca de la boca, ofreciéndole mil promesas—. Quizás las palabras no sean suficientes, después de todo. ¿Por qué no me permites mostrarte cuánto te aprecio como mujer...?

Frazer se recostó sobre uno de sus costados, le tomó una mano y se la llevó hasta su corazón, después, al centro de su cuerpo—. Mira. Estoy en tus manos, literal y figurativamente... sé buena conmigo —le soltó la mano y puso la suya sobre el lazo suelto. La bata se abrió.

—¡Oh! —Emma retiró su mano de aquel cuerpo, pero no hizo ningún movimiento para unir los bordes de su bata. Era tan intoxicante tenerlo cerca, como un sueño, una fantasía que traspasaba las fronteras de la realidad.

—Oh —repitió él con una suave reverencia burlona. Le acarició los senos con el dorso velloso de la mano, continuó hasta su vientre y la dejó quieta en el ángulo de su cadera. Yo... no sé... —mintió Emma.

—No es un examen, no tienes que probarte a ti misma —le dijo observando cómo su piel florecía ante el contacto, sus pezones erectos por la ansiedad mientras acariciaba sobre el satén el espacio entre sus Apiernas—. Todo lo que tienes que hacer para hacer el amor es sentir

amor... y lo sientes, ¿no es así, dulzura? Lo sientes *intensamente*... —levantó la mano y la metió entre su cabello para hacerla bajar, lenta, deliberadamente, hasta alcanzar su boca. Le cubrió los pechos con las manos, éstos se las llenaban, las rebasaban y él acercó su tórax hacia ella, friccionándose.

Las rodillas de Emma temblaban con el esfuerzo de mantenerse alejada de él. Pero la sensación que le provocaba aquella boca sobre la suya, pidiéndole el placer que Frazer sabía que estaba allí, la suavidad abrasiva de su camisa de seda sobre sus pechos resultó demasiado. Ella lo cubrió, lo abrazó, lo probó, lo inhaló. El le quitó la bata y la arrojó con un movimiento impaciente para después hacer lo mismo con su camisa y sus pantalones vaqueros. Desnudo, Frazer era todo calor, firmeza y músculo ondulante revelando las diferencias entre ellos, estudiando la forma en que sus cuerpos se movían juntos hasta que el último vestigio de la conciencia de Emma se desvaneció cuando lo atacó, cuando lo cubrió con su propio cuerpo riendo de la delicia que sentía. La retribución fue instantánea, él invirtió sus posiciones con una facilidad que le demostró a Emma su dominio en esa parte de aquel juego encantador.

—Sádico... —gimió ella cuando Frazer la oprimió entre el colchón y su cuerpo, cuando sus manos, activas, y su boca, se movían con suavidad y lentitud antes de volverse rudas de una manera que la excitó mucho más allá de cualquier otra experiencia previa. La sorprendió que Frazer fuese un amante tan silencioso, pero él se entregaba devoto, sin pensar en nada más, exhibiendo una concentración que Emma no conocía. Oh, sí... Frazer Conway era un amante explosivo e inesperado. Su amante. El cuerpo masculino brillaba con una ligera capa de sudor, haciéndola sentir su aroma y su excitación mientras la conducía hacia adelante y hacia atrás, sin dejarla, esperando a que tomara el ritmo, llevándola hacia arriba y hacia abajo, cada vez más allá hasta que la inquietud final se volvió una convulsión tormentosa que parecía no tener fin...

CAPITULO 10

COMO verá. Sir Clive, dadas las circunstancias, no tengo otra alternativa que quitar mi nombre de la lista de candidatos a ocupar la dirección.

Esta era la peor entrevista en la vida de Emma. Incluso peor que aquella que enfrentó en la escuela de leyes, el graduarse, consciente de su desventajosa posición. Lo que la hacía mucho peor, era el hecho de que Sir Clive lo tomara con tanta calma. Por supuesto, Sir Clive no lo sabía todo. Emma se esforzó para que las cosas no parecieran lo que en realidad eran. Por ejemplo, al admitir que estaba comprometida por su "relación íntima" con su medio-hermano, y no le dijo que esa intimidad ocurrió sólo una noche antes... ¡y que se prolongó hasta esa mañana! No le dijo que había actuado con todas las características de una ninfómana reprimida durante diez años. Omitió que llevó a Frazer hasta el agotamiento y que, mientras él seguía dormido, ella luchaba por deshacerse de la sensación de vergüenza, dejándole sólo una cuidadosa nota diciéndole que tenía que hacer algo en la oficina. Por lo menos, Frazer no se sentiría avergonzado; el hombre demostró que nada en el campo de la sexualidad parecía avergonzarlo. La noche anterior, Emma intentó controlarse, pero cayó en una combinación entre rabia, vergüenza y deseo que la obligaron a hacer cosas que estaban fuera de su carácter. ¡Frazer esperaría que actuara así todo el tiempo! Y quedó en el aire la respuesta a dónde irían a partir de entonces. Emma lo ignoraba. Necesitaba pensar. Por eso huyó al único sitio donde se sentía segura y controlada: su oficina. Si Sir Clive se hubiese ido a la isla Tiki con su esposa en lugar de retrasar el fin de semana con el objeto de invitar a una pareja de viejos amigos a comer el sábado en el *penthouse* de la compañía, nunca habría sabido de su caída. Se encontraron en el ascensor de ConCorp y ella decidió poner en orden las cosas. Subió al *penthouse* con él y le expuso su sorpresiva decisión. Pero Sir Clive no se mostró sorprendido. Al revés, parecía casi... divertido... con su confesión.

—Entonces... deduzco que no me estás ofreciendo renunciar por completo...

Emma se sobresaltó.

—¡No! —Frazer pudo haberle robado el corazón, pero por supuesto que no le quitó también su empleo. Ya había pasado una vez por ese trauma, por una pálida imitación del amor que ahora sentía, ¡y una vez era suficiente!

—Bien, bien —Sir Clive sacó un puro de uno de sus bolsillos. Emma, sin querer le dedicó una mirada tan rabiosa, que él se apresuró

a volver a guardarlo—. Ah, por supuesto que es un problema… hombres y mujeres trabajando juntos. En mis tiempos nunca ocurría este problema, pero los tiempos cambian… los tiempos cambian —levantó las cejas y gruñó—. Frazer es un buen hombre. Obcecado. Sabe lo que quiere y lo obtiene. Un buen padre. Bien parecido, también. Con muchas oportunidades de tontear por allí, pero nunca mostró mucho interés.

Emma apretó los labios. ¿La estaba acusando de seducir a Frazer contra su voluntad? ¿O de ser una devoradora de hombres? Era cierto que Frazer había *tonteado* con ella. Se ruborizó al recordar *cómo* había tonteado. Se ruborizó aun más cuando recordó que, de alguna manera, ella se comportó como una devoradora. Para su vergüenza. Sir Clive hizo un guiño como si supiera lo que pensaba.

—Bien, es tu decisión, Emma. Pero quizá cambies de opinión si te digo que el puesto es tuyo si lo quieres. Siempre y cuando, por supuesto, tú y Frazer dejen de estar haciendo el tonto.

Por un momento Emma se vio tentada a decir que aceptaba. Todo lo que tenía que hacer era alargar la mano y tomar lo que siempre anheló.

Casi…

Estudió sus blancos nudillos. Nunca se perdonaría si lo hacía… arrojar cualquier esperanza que hubiera de construir un futuro con Frazer a cambio de una corona hueca. Movió la cabeza. No podía tenerlo todo. La vida era un asunto de hacer elecciones basada en los instintos. Frazer era el hombre equivocado para ella, pero esa elección era algo basado en fe y esperanza…

Respiró profundo.

—Habrá otras oportunidades para mí. Todo lo que estoy haciendo es posponiendo esta. No estaría aquí si no creyera en mí —le dijo con orgullo.

—¡Mmm! —el rugido pareció indicar aprobación—. No eres nada arrogante, ¿verdad? ¿Por qué no te quedas y bebes algo. Debes conocer a Doug Harmon. Se dedica al petróleo. Y Josh Masón está en el Departamento del Tesoro. Ambos pueden ser buenos contactos para ti…

—Yo… pretendía trabajar —dijo Emma con debilidad sin atreverse a rechazar su invitación. Pero parecía que Sir Clive tenía todo decidido. Ignoró sus débiles protestas y le dio un brandy en la copa más grande que jamás hubiera visto.

—Pon un poco de color en tus mejillas, Emma —le dijo Sir Clive encendiendo finalmente su cigarro—. Se necesitan muchas agallas para hacer lo que acabas de hacer, ser tan sincera —rió entre una nube de humo—. Te admiro por ello. Muchos hombres se habrían visto más enfermos que tú si hubieran tenido que exhibir tantos

principios como tú. Realmente es una lástima... que no hayas podido mantenerte alejada de mi hermano.

Por fortuna, los invitados no llegaron antes que Emma siguiera con su brandy y Sir Clive insistiera en otro trago tratándola con tanta camaradería, que Emma estaba segura de que los "buenos contactos" se llevarían una idea equivocada de la importancia que ella tenía en ConCorp.

Fue después de su tercer brandy cuando pudo tomar una decisión. Sentía la cabeza tan pesada, que supo que no merecía la pena regresar a la oficina e intentar pensar con sensatez.

Telefoneó a su apartamento. No hubo respuesta. Sintió una chispa de tranquilidad combinada con desaliento. Nunca debió huir de él de aquella manera. ¿Se habría enojado al descubrir que se había marchado? ¿Habría encontrado su nota? No se atrevió a escribir "con amor, Emma" porque habría significado una confesión. Las palabras parecían llegar muy fácilmente a los labios de Frazer, pero en ella habrían sido una promesa de la que aún no se sentía muy segura de poder mantener.

Se sentía muy mareada cuando llegó hasta su auto y frunció el ceño mientras observaba las llaves que tenía en una mano. Podría ser detenida por un agente de tránsito y obligada a soplar en una bolsa de plástico. Tres brandys dobles en un estómago vacío, eran peligrosos para su seguridad.

Prefirió tomar un taxi. A mitad de camino cambió de idea y le dio al conductor el nuevo domicilio de Frazer. El brandy corría como fuego por sus venas. Lo hecho, hecho estaba. Era tiempo de mirar hacia adelante, no hacia atrás. ¡Tiempo de que *alguien* más empezara a hacer algunos sacrificios!

La casa era moderna, pero construida a la vieja moda de solidez y estilo, en forma de U y con una piscina al centro. El tejado rojo contrastaba con la piedra gris; estaba orientada hacia el norte y las ventanas hacían que las habitaciones fueran tibias y soleadas. Era una casa con carácter, cuidada con obvio orgullo por sus anteriores propietarios. La entrada era magnífica y Emma se detuvo, nerviosa, a que su llamado a la puerta fuera atendido.

La expresión de Tom al abrir la puerta y verla, al principio fue de placer, pero después de preocupación.

—Hola, Emma.

—Hola, Tom. ¿Cómo te sientes hoy?

—Bien —tosió un poco para mostrárselo, aún precavido.

—¿Me has perdonado por lo de ayer? —le sonrió Emma.

—Papá se puso furioso contigo, ¿verdad? —dijo Tom muy solemne.

—Pensó que debí haberme quedado en casa contigo en lugar de

que lo hiciera Marc.

—Marc fue bueno —volvió a toser—. Papá no vino a casa en toda la noche.

—¿De verdad?

Emma sintió su piel elevándose de temperatura ante la mirada inocente. Aunque, después de todo, quizá no fuera tan inocente porque, de repente, Tom hizo un guiño que acentuó los hoyuelos de sus mejillas.

—Estaba contigo, ¿verdad?

—Yo... bueno —¿qué indicaba la etiqueta para esos casos? ¿Debía dejar que Frazer respondiera aquella pregunta?—. ¿Está él en casa?

Tom negó con la cabeza.

—Estuvo hace un par de horas, pero volvió a salir. Dijo que tenía que ir a trabajar.

El corazón de Emma empezó a latir con violencia. Frazer la había seguido.

—¿Estaba de... bueno, de buen humor?

Tom inclinó la cabeza hacia un lado.

—Fue *realmente* amable con la nueva niñera…

—¿Nueva? Pensé que tu… que Miriam estaba cuidándote.

—Sí, pero George iba a participar en una competencia náutica y no me quiso llevar porque estoy resfriado, y como papá no vino a casa, dijo que Trixie es un tesoro. Ella vino esta mañana. Es divertida… pero no tanto como tú —añadió apresurado al notar la expresión de Emma.

—¿Trixie? —sonaba a nombre de perro de circo. Ciertamente no era el nombre adecuado para una niñera respetable.

—Hola. ¿Puedo ayudarte?

La mandíbula de Emma cayó. Había pensado que Jenny era una mujer atractiva pero ésta casi le provoca un desmayo. El cabello abundante y negro, ojos tan verdes como esmeraldas, piel blanquísima y una figura que haría avergonzarse a Miss Universo.

—Ella es Emma —dijo Tom cuando pareció que Emma había perdido la voz.

—Oh. *Emma* —la boca rosada y sensual se curvó como si supiera de quién se trataba mientras intercambiaba una sonrisa con Tom. La presión arterial de Emma ascendió vertiginosa. Allí estaba una mujer desconocida sonriéndole como si supiera todo el lío en el que se encontraba su vida amorosa. Una desconocida *hermosa,* proponiéndose vivir con el amante de Emma—. ¿Por qué no la invitas a pasar? Entra. Yo soy Trixie.

¿Qué espera aquella mujer? ¿Fanfarrias? Emma se la quedó mirando. *Ahora, no te apresures a sacar conclusiones,* se dijo. *Recuerda lo que sucedió la última vez.*

—Tu apellido no es Conway, ¿verdad? —preguntó Emma.

Incluso su risa era sensual.

—Oh, Frazer y yo no estamos casados, si es eso lo que te preocupa.

—Sólo me preguntaba si son familiares —insistió.

—Oh, no. Me recomendó una agencia.

—¿Eres niñera profesional? —preguntó sólo para estar completamente segura—. ¿Haces esto todo el tiempo?

—Oh, no, sólo medio tiempo. Para poder pagar mis estudios.

Oh, Dios, hermosa e inteligente.

—¿Qué estudias?

—Ingeniería mecánica. Ven a la cocina, te prepararé una taza de… ¿*Ingeniería*?¡Eso lo aclaraba todo!

—Me temo que ha habido un error —dijo Emma con firmeza mientras entraban en la cocina que le había encantado cuando visitaron aquella casa por primera vez.

—¿Café? —preguntó Trixie amistosa—. ¿Qué clase de error?

—Acerca de tu empleo.

—Oh, sé que es temporal…

Más temporal de lo que supones, dijo Emma en silencio.

—Frazer sólo quería que te quedaras hasta que yo llegara.

Trixie levantó una ceja.

—No fue eso lo que me dijo él.

—Frazer suele ser algo olvidadizo. Es su edad. Tú sabes... menopausia masculina. Me pidió que te entregara tus honorarios... —Emma abrió su bolso.

La sospecha de Trixie iba en aumento.

—Pero él sabe que la agencia envía el recibo...

—Es una gratificación. Una compensación por el breve plazo de tu empleo y por haber ayudado en una crisis —improvisó dejando en la mano de la chica varios billetes.

—Pero, Emma, papi dijo que Trixie iba a...

—¡Tom! —la voz de Emma se elevó sólo la nota necesaria para apagar la del niño. Se aclaró la garganta—. Tom, ¿quieres o no, que te cuide yo?

—¿Quieres decir vivir conmigo y con papá? ¿Para siempre? —su carita se llenó de sonrisas satisfechas.

Emma no estaba preparada para entrar en esos aterrorizantes detalles. Devolvió su atención a la impresionante Trixie que contaba los billetes que le había dado Emma ¡Era una mercenaria!

—Ahora, Trixie, creo que es hora de que regreses a tus estudios —le ordenó.

—Pero... estaba preparando la cena...

—La prepararé yo. Y limpiaré. Y cocinaré. Y haré los trabajos de jardinería, cuidaré a los niños. También soy una abogada muy calificada y una ejecutiva en ConCorp. Cualquier cosa que tú puedas hacer, cariño, ¡yo *ya* la hice mejor!

—Incluyendo acostarse con el jefe...

Emma se sobresaltó ante el comentario insolente que llegó desde la puerta. Frazer estaba ahí, apoyado contra el dintel. Con los brazos cruzados sobre el pecho. Su respiración era ligeramente rápida y había una delgada capa de sudor en su cuello, en el área que dejaba ver su camisa desabotonada, pero, a pesar de eso, lucía totalmente relajado... ¿y satisfecho de sí mismo?

—¿Qué sucede aquí? —preguntó él.

—Ella intentaba despedirme —explicó Trixie señalando a Emma—. Me dijo que tú le dijiste que me pagara.

—¿Te dijo eso Emma? —preguntó Frazer con cinismo como vengándose de lo que ella le hizo esa mañana. Emma rabiosa era excitante y Emma apasionada era vulnerable.

Esta echó chispas por los ojos, pero fue incapaz de mantener a raya su deseo de explotar. Sabía que era ridículo estar celosa, pero no podía evitarlo. Eso era lo grandioso de los celos, que eran insensatos.

—O se va ella o me voy yo —dijo entre dientes con salvajismo.

—Mmm. Es una posibilidad —miró a una mujer y a la otra, como si fuera un sultán evaluando su elección para esa noche.

—Frazer... —la voz de Emma tronó.

—Frazer... —la voz de Trixie estaba llena de diversión pero ella no estaba enamorada.

—Estoy pensando, estoy pensando —dijo él con suavidad y ojos chispeantes—. ¿Te dijo que estudia ingeniería, dulzura? —le murmuró al rubio volcán a punto de estallar.

Emma explotó. Tomó a Trixie por su delgado y bronceado brazo y la condujo hasta la puerta principal. Abrió.

—¡Y no regreses! —le espetó.

—Por lo menos no durante la próxima hora —dijo Frazer empujando a Tom detrás de Trixie—. Tú y Tommy tienen que ir a jugar.

—¡Pero, papá, quiero quedarme a ver qué pasa! —protestó el niño.

—Créeme Tommy, lo encontrarías muy aburrido —le hizo un guiño—. Aquí están mis llaves, Trixie, llévate el Ferrari. Y toma, ten este dinero.

—No es necesario, Emma ya me dio algo de efectivo —respondió Trixie sonriéndole primero a Frazer y después a la ofendida Emma—. Te veré después. ¡Haremos sonar la bocina para avisar que ya hemos regresado!

—¿Dejarás que conduzca tu Ferrari? —exigió Emma, furiosa. Sabiendo lo que los hombres sienten por sus autos. Lo evaluó como el equivalente a un anillo de bodas—. ¿No le harás primero una prueba para ver como conduce? ¿O ya lo has hecho antes —añadió.

—Entremos, querida, antes de que te dé apoplejía —Frazer la llevó al interior de la casa—. Ya te lo dije, es sólo un auto. Puedes conducirlo cada vez que se te antoje, no soy posesivo con las cosas... sólo con la gente.

—¿Por qué la contrataste? —no se dejó distraer. El color de la alfombra de la espaciosa sala era casi del color de los ojos de Frazer. Quizá por eso compró aquella casa. Iba bien con su arrogancia.

—Yo no lo hice. Lo hizo Miriam.

—Entonces, ¿por qué le permitiste que se quedara?

—Porque es gloriosa.

—¡Habla con seriedad, Frazer!

—¿Me creerías que se debió a que estaba desesperado? Tú habías desaparecido y, conociéndote, sobre todo tu tonto orgullo y tu disgustante sentido práctico, sabía que harías algo de lo que después te arrepentirías. Trixie apareció en el momento de mayor pánico. Sólo aproveché la oportunidad.

—Apuesto que fue eso exactamente lo que hiciste —se burló

Emma.

—Emma, basta. Sabes que en realidad no estás celosa de Trixie, estás usándola sólo como una excusa.

—No me digas lo que pienso...

Frazer suspiró y, tomándola del brazo, la levantó. Le colocó los brazos sobre su pecho y la hizo ladear la cabeza hasta que la recostó sobre su hombro para después besarla.

Emma respiraba con dificultad cuando la soltó.

—Ese fue el beso de los buenos días que me negaste esta mañana —le dijo con voz ronca—. ¿Tienes idea de cómo me sentí cuando desperté solo? Pensé que lo había soñado todo... excepto por el hecho de estar en tu enorme y adorable cama, y me dolían sitios que sólo le duelen a un hombre cuando se excede con una mujer insaciable...

Emma se encogió y una expresión de dicha cruzó por su rostro. Se heló al comprender que, la delicada tela de su falda veraniega no significaba ninguna barrera, lo mismo que la mezclilla de los pantalones de Frazer.

—Me encanta que luches conmigo, dulzura —le dijo él—, pero nunca tendrás que preocuparte por mi descarrío. Soy un hombre de una sola mujer y tú eres esa mujer. Primero te desee, después, tú me enseñaste a necesitarte. Ya vez, *conozco* la diferencia. Y sé que un buen matrimonio requiere de ambos, a su tiempo. Tú también me necesitas, dulzura, por eso trataste de deshacerte de Trixie. Pero a diferencia de mí, temes ser vulnerable. No lo hagas. Todo estará bien, ya lo verás... nosotros cuatro lo haremos funcionar...

—¿Nosotros cuatro? —protestó—. Frazer, si estás hablando de matrimonio porque piensas que estoy embarazada, es una ridiculez. Sólo hicimos el amor anoche. Y usaste protección... —cayeron sobre el sillón y Frazer parecía satisfecho con este nuevo ángulo del asunto. La apretó contra el respaldo con un muslo duro colocado entre sus piernas.

—Me refería a ti, a mí, a Tom y a Jen... o Trixie, o cualquiera que vaya a ser la niñera.

Regresaron a ella todas sus dudas.

—Pensé que querías que fuera yo la niñera —señaló con rigidez—. Después de todo, es obvio que no me ves mucho futuro con ConCorp. Vi a Sir Clive esta mañana y...

—Lo sé. No te encontré en tu oficina y el guardia de seguridad me dijo que te había visto en el ascensor con Clive, así que subí y tuve una reunión muy interesante con él... informativa, para ambos lados, debo añadir. Yo *sabía* que harías alguna estupidez si no te alcanzaba a tiempo. ¿Por qué demonios fuiste a la oficina?

—Porque quería un lugar en el cual poder pensar.

—Habría sido mejor que discutieras tus dudas conmigo...

—¿Por qué? ¿Porque eres un hombre y yo sólo una mujer tonta?

Frazer besó aquella boca rabiosa. Volvió a besarla cuando ella lo maldijo. Y volvió a besarla cuando ella le devolvió el beso,

—Porque eres *mi* mujer y yo soy tu hombre. Cualquier problema que tengamos, es mutuo. Cualquier apoyo que necesitemos podemos pedírnoslo uno al otro. Dulzura, si hubieras hablado conmigo, si me hubieras dicho lo que necesitabas en lugar de ponerte a la defensiva, quizás habrías descubierto que no somos tan incompatibles como piensas. ¿Qué quieres, Emma?

Lo miró. Miró aquellos ojos de un azul intenso y aquel rostro perturbadoramente guapo, el grueso cabello rubio que caía, como si fuera de seda, entre sus manos las cuales, de alguna manera, parecían estar ligadas a su cuello. El corazón de Frazer latía contra su pecho, sus caderas empujaban las suyas sobre el asiento de piel.

—Todo —admitió ella con tristeza—. Lo quiero todo. Quiero mi carrera, quiero ser amada, quiero casarme y tener niños y seguir siendo libre, ser yo misma y…

Frazer apoyó la frente sobre la suya, la tomó por la cintura como si temiera que si no lo hacía, ella escaparía. Dejó que Emma siguiera hablando.

—Yo… quiero todo eso contigo —dejó que las palabras escaparan dispuesta a sufrir las consecuencias.

—Oh, Dios, no sabes cuánto tiempo he esperado a escucharte decir eso —le confesó con voz gruesa y repentinamente temblorosa—. Puedes tenerlo, dulzura, estoy en posición de darte todo eso. Te llevó mucho tiempo darte cuenta, pero todo lo que necesitabas hacer era *pedirlo.*

—Pero, Frazer, no puedo… —le dijo amándolo por intentarlo—. Es decir, es un sueño lindo, pero nadie consigue todo lo que quiere. Sé que tú no conseguirás exactamente lo que tú quieres… —Frazer colocó un dedo sobre su boca impidiéndole decir más.

—¿Quién te dijo eso?

—Nadie. No es necesario. Yo… yo sé que la mayoría de las mujeres de tu familia no trabajan fuera de sus casas…

—Tú no perteneces a la mayoría de las mujeres. Tú eres *la* mujer —le recordó, apasionado—. Por eso le dije a Clive que olvidara cualquier cosa que le hubieses dicho esta mañana. Que no tomara nada como oficial hasta que no se lo informaras por escrito…

—Fue mi decisión, Frazer, —Emma reaccionó con rapidez al sentir que sus derechos eran pasados por alto—. No permitiría que dijeran que dormí con el jefe, o que incluso me casé con él, por ninguna otra razón que… que…

—Que estás locamente enamorada del hombre que no puede vivir sin ti. Me siento halagado, cariño, pero el hecho es que el chisme bien

podría estar del otro lado.

—¿Qué...? —Emma estaba aturdida por su falta de lógica, no podía creerlo.

.—Mmm —Frazer deslizó su lengua sobre sus labios y después la introdujo entre los dientes de Emma—. Sabes a licor... —volvió a probarla—. Brandy. El mejor, si no me equivoco...

—Tu... Sir Clive... me hizo tomar un poco. Su... supongo que si no hubiese tomado, no habría venido aquí y actuado como... como...

—¿Cómo una mujer enloquecida por los celos? Eso no se debe al alcohol, sino al amor. ¡Maldito Clive! No puede dejar de entrometerse donde no lo llaman. Tendrás que cortarle las alas, cuando estés al cargo...

Estaba muy interesada en lo que aquella boca le hacía a la suya, y en lo que las manos hacían con los botones perlados de su blusa. Le tomó varios minutos antes de que sus palabras penetraran en su confundido cerebro.

—¿Qué dijiste?

—¡Ay! —Frazer protestó por el mordisco que ella le había dado en la lengua y sonrió, malicioso, ante su rostro ruborizado. Mientras la mente de Emma se enfocaba a los negocios, su cuerpo estaba fuera de todo control. Frazer podía ver sus pezones erectos bajo la seda de la blusa, y sus piernas capturaban las suyas. El que ella pudiera estar así y seguir pensando con cordura era un tributo a su capacidad mental. Frazer sabía que ese era un caso donde los negocios deben preceder al placer que, tenía la esperanza, duraría para el resto de sus vidas.

—Dije que es probable que la gente me acuse *a mí de* manipularte porque sé que no tengo el talento para dirigir ConCorp yo solo. Dirán que te manipulé para que te casaras conmigo y así hacerme del poder real que hay detrás de la compañía...

—¿De qué diablos hablas? —le sonrió.

—Estoy hablando de que tú dirijas ConCorp. Estoy hablando del hecho de que yo no quiero, ni nunca quise, dirigir la compañía. Soy ingeniero. Me gusta serlo. Es mi ambición en la vida... además de casarme contigo. Seré feliz dirigiendo el área de construcción de ConCorp, pero no quiero empantanarme con todo lo demás. Clive fue siempre muy duro respecto a que nadie que no pertenezca a la familia tenga el control de la compañía. Le presentaremos otra alternativa, la única opción real que queda. Mi esposa. Emma Rainer Conway.

Emma se quedó mirándolo como si se hubiese vuelto loco. Él le sonrió con ternura, acariciándole el cabello.

—Tenías razón cuando me dijiste que no estoy interesado en el negocio, —continuó Frazer—. Es demasiado grande y diverso para mí. Me gusta concentrar mis habilidades, ser un pez grande en una piscina pequeña. Eso es lo que quiero, Emma, y darte lo que tú quieres me

dará, por coincidencia, lo que yo quiero. *Exactamente* lo que quiero. Un trabajo que me encanta y a una mujer que amo. y todo al mismo tiempo. *Tienes* que aceptar, Emma, porque, en primer lugar, tú eres la culpable de que me involucrara en ConCorp...

—¿Qué dices? —Emma seguía separada de él por unos milímetros, como si temiera que si sus cuerpos se tocaban, ella se contaminaría de la locura de Frazer.

—Digo que la única razón por la que acepté la decisión de Clive de hacerme su sucesor, fue porque eso me daba la oportunidad de estar cerca de ti. Vine aquí por Tom, y para poner a funcionar mi propia compañía de asesoría en ingeniería. Eso es todo. Estaba fuera de toda discusión aceptar los intentos de Clive de presionarme a aceptar un trabajo que no quería. Hasta que te vi. Clive me dijo, cuando aún estaba presionándome a reemplazar a Steve, que pretendía darte a ti la promoción, pero que quería "probarte" para ver cómo reaccionabas ante la presión de la competencia.

—¡Es un...! —¡y pensar todo lo que tuvo que soportar para nada!

—Sí. Así que no tuve ningún escrúpulo a remordimiento al aceptar su juego para conseguir mis propios objetivos. Yo sabía que eras alguien muy especial, aunque me insultaras. Quería conocerte, quería que me conocieras, y sabía que no me lo permitirías a menos que te obligara a mantener la puerta abierta. La semana pasada le dije que quería casarme contigo y ofrecerte algo más que sólo un anillo. El estaba furioso, no tanto por mis planes sino por el hecho de que no fueran los suyos, aunque, por la manera en la que te trata, he empezado a sospechar...

—Ahora me explico por qué estaba tan risueño esta mañana —dijo Emma con aspereza—. Debió haber pensado que se trataba de una broma —debía estar también molesta con Frazer, por la desvergonzada forma en la que la manipuló, pero, ¿cómo quejarse de los resultados?

—Sólo para salvar su orgullo. De hecho, ya me ha transferido la mayor parte de su poder. Todo lo que puede hacer es sentarse y disfrutar del paseo. Ahora, tú tienes que elegir quién merece la promoción. Yo recomendé a Jasper. Es inteligente y lo bastante joven como para ser maleable. ¡Y pone nervioso a Clive!

—Creo que aprovecharte de Clive te emociona más que aprovecharte de mí —le reprochó.

—¿De verdad lo crees? —Frazer sonrió. La atrajo con fuerza hacia sí—. Dulzura, emociones como esa son rebasadas por las que tú y yo sentimos —onduló sus caderas para probárselo.

—¡Frazer,..! —su protesta fue débil.

—Tú eres la jefa Emma —le dijo con perversidad sobre el cuello—. Dime qué debo hacer y lo haré. Puedo ser muy obediente si quien me

lo ordena es esta hermosa mujer…

Emma rió. ¡Era una locura! ¿Podría ser tan fácil la solución a sus problemas? Su risa murió.

—¿Y qué me dices de los niños? Sé que quieres más hijos…

— ¿Te gustaría tener un hijo mío?

Había orgullo en los ojos de Emma cuando respondió:

—Sí.

—Entonces ten uno, o dos, o los que quieras. Tom y yo ayudaremos a cuidarlos. Y Jen, hasta que cambie de opinión. Si alguna vez se marcha, buscaremos a alguien conveniente…

—Una vieja fea.

—Cómoda, tipo abuelita —la corrigió, divertido—. Eres tú quien tiene ideas rígidas acerca de la educación de los niños, no yo. Mientras nuestros hijos sean amados, querida, no carecerán de nada sólo porque su madre tiene otro reino que dirigir. Estarán tan orgullosos de ti como lo estoy yo. Y no olvides que tenemos una familia muy numerosa cuyos miembros están siempre dispuestos a aligerar el trabajo.

—No puedo creer que sea tan sencillo. Me dijiste que amar nunca es fácil —murmuró Emma, aún mareada por las implicaciones de lo que él acababa de decirle.

—Aun así, a ti no te gustan las cosas fáciles —le hizo ver, amoroso —. Disfrutas los retos. Bien, dulzura, pues este será tu mayor reto. Te prometo que no esperaré una supermujer siempre y cuando tú no esperes un superhombre. Te ofrezco un trato de por vida, Emma. ¿Cómo puedes rechazarlo?

Se lo quedó mirando. No podía rechazarlo. Si había algunos cabos sueltos en esa proposición maravillosa que ¡e hacía, ella no quería encontrarlos. Quería creer. Quería compartir la convicción de Frazer de que se pertenecían. Sonrió.

—Ahhh —suspiró él con profunda satisfacción masculina—. ¿Alguna vez te dije que adoro tu boca?

—Creo que lo mencionaste varias veces anoche —bromeó Emma. Y para su decepción, Frazer se puso de pie repentinamente. Ella hizo lo mismo, de mala gana, con la falda de lado y la blusa medio desabotonada. No se molestó en arreglarse. Le gustaba la forma en la que él la observaba.

—Hay sólo una cosa que realmente quiero hacer desde que te conocí —le dijo abriendo la puerta corrediza de cristal que conducía a la terraza soleada.

—¿De verdad? —estaba intrigada por sus imprevisibles cambios de humor.

Frazer la tomó de la mano y la condujo hacia la piscina. El cielo era tan azul como su agua. Parecía como si cualquier lugar al que

mirara le recordara los ojos de Frazer. Se miraban, amorosos, y de repente ella se separó y empezó a reír mientras negaba con la cabeza.

—Oh, sí. Es lo que te mereces por haberme hablado como lo hiciste…

—No, Frazer, por favor. Es mi mejor falda y la blusa es de seda. ¡*Frazer*!

La tomó por la cintura y la levantó en vilo haciéndola sentir tan ligera como la brisa.

—Frazer, por favor, haré lo que quieras…

El agua estaba cálida en la superficie y fría en la profundidad. Emma emergió en el momento en que Frazer se quitaba la camisa, los pantalones y la ropa interior. Era perturbadoramente masculino y más cuando se arrojó a su lado.

—Maldito, te dije que haría cualquier cosa…

En su bronceado rostro brillaron los ojos y la boca pareció estar hambrienta.

—Lo sé, y lo que quiero es que me hagas el amor en una piscina. Ha sido mi fantasía desde aquel primer día, cuando me miraste por encima del hombro. Quería arrojar a Su Alteza al agua y ver cómo esa ropa cara se adhería erótica a su cuerpo y entonces quitársela… lentamente… y flotar ambos en el paraíso…

Mientras el agua se cerraba sobre su cabeza, Emma se dio por vencida en su intento de conservar la dignidad. Había ocasiones en que era útil permitir que un empleado hiciera las cosas a su modo. Y, resultaba obvio, esta era una de ellas. ¡La primera de muchas, de eso estaba segura!